

Una mujer
llamada Venus

L U I S C A P D E V I L A

Una mujer llamada Venus
~~V E N U S Y L O S H O M B R E S~~

=Un prologo en el Olimpo y tres actos en la
tierra=

Personajes del prólogo

Jupiter, hijo de Kronos.
Venus, hija de Jupiter.

(Para la caracterización de Jupiter véase el busto del Museo del Louvre.
Para la de Venus Anadyomena -"nacida de la ola amarga"- el cuadro de Sandro Botticelli)

Personajes de la farsa

Maria.
Aurelia.
Salvador.
Berto.
El señor Canario.
Alacrán.
El sargento de la guardia civil.
Don Dimas, el jefe de la estación.
Domingo, el periodista local.
Don Pedro Martir, el maestro de escuela.
El cura.
Fuenmayor, el alcalde.
El helenista.
El médico.
El sabio alemán.
El sabio inglés.
El poeta francés.

Hoy, en un pueblecito de la Costa brava catalana

=====

Prologo

en el Olimpo "jamás batido por los vientos ni tocado por la nieve. Un aire puro lo envuelve. Una blanca claridad lo baña y los dioses gozan en él una felicidad que dura lo que sus dias eternos"(Homero)

Jupiter: Te mandé llamar para que hablemos. ¿Puedes dedicarme unos momentos?
Venus: Pues claro que si. ¡ El Olimpo es tan aburrido!
Jupiter: Como todos los lugares de reposo.
Venus: Como los asilos de los hombres.
Jupiter: Los dioses tenemos tambien derecho al aburrimiento. Nos lo hemos ganado.

Venus, con un bostezo: Pero el aburrimiento eterno resulta espantoso.
Jupiter: Siéntate, y atiéndeme. Seguramente no te pesará la entrevista. Seguramente aceptarás, puesto que estás tan aburrída, lo que voy a proponerte.

Venus, con amable y leve zumba: Habla, Jupiter hijo de Cronos, padre de los dioses y los hombres.
Jupiter, frunciendo el ceño: ¿ Te burlas? Me parece de muy mal gusto. La burla es una afrenta en la morada de los dioses.

Venus: En el asilo.
Jupiter, sonriendo: No se puede contigo.
Venus: Tú, si. Tú lo puedes todo: como padre y como dios. Y como don Juan. Porque, no lo olvides: has sido el primer don Juan del mundo, padre, y eso a mi, como comprenderás, me parece muy importante.
Jupiter: Te advierto que no me gustan las comparaciones.

Venus: Perdóname.
Jupiter: Perdonada. ¿ Para que estamos los dioses sino para perdonar?
-Con una transición-
Y vamos a lo importante. Ya sabes que Marte, el hijo de Juno, mi mujer...

Venus: Y tuyo.
Jupiter: Y mio, si, pero ha salido a su madre y no a mi; es, como su madre, un terremoto, una calamidad. Y como su madre, hará la vida imposible a todo el mundo, dioses y criaturas de carne mortal. Siempre riñendo con unos y con otros, como los jayanes; siempre alborotando y armando guerra. Creo que ha tenido que ver contigo.

Venus: Ha sido mi amante.
Jupiter: Poco seso teneis las mujeres. ¡ Liarse con semejante botarate! ¿ Es que el pobre Vulcano merecia que le engañases tan afrentosamente?
Venus: El marido casi nunca merece que se le engañe.
Jupiter: Menos mal.

Venus: Pero el marido casi nunca es el amor.
Jupiter: ¿ Pues entonces porque os casais?
Venus: Por seguir la corriente, porque todo el mundo se casa.
Jupiter, con desprecio: Eres tan ~~casquivana~~ frivola y casquivana como las hijas de los hombres.

-Con una brusca transición-
Y a lo que ibamos: Marte ha huido del Olimpo y se encuentra en la tierra.
Venus: ¿ Y qué quieres que yo le haga? Me tiene sin cuidado.
Jupiter: A mi, no. Los hombres, que ya son malos de sí, lo serán mucho más siguiéndole a él.

Venus: Los dioses debemos desinteresarnos de ese pobre animal, torpe y ren-

coroso, llamado hombre. Ha llenado la tierra de odio, la ha convertido en una bola de sangre y de pus que huele muy mal y el día menos pensado va a estallar salpicándolo todo de podredumbre. El odio es el más ~~explosivo~~ activo de los explosivos.

Jupiter: Hay que procurar evitarlo.

Venus: ¿Les compadesces a los hombres? ¿Sientes lastima de ellos? ¡Pobre Jupiter! La lastima es cosa de viejos.

Jupiter: No es eso. El hombre no ha sido creado para destruirlo y devastarlo todo. El hombre ha sido creado para que goce de la vida: el hogar, las fiestas, el amor, los hijos de la carne, la risa y, después del trabajo, que no debe ser un castigo, la canción. Con la guerra despierta el lobo que hay en el hombre. Y el lobo mata, roba, aniquila. Después se declara irresponsable y nos echa la culpa de sus fechorías a los dioses. Y, sin comerlo ni beberlo, somos los dioses quienes a fin de cuentas pagamos los platos rotos. ¿No te parece injusto?

Venus: La justicia ya no tiene carta de nacionalidad en la tierra.

Jupiter: Gracias, sobre todo, a la nefasta influencia de Marte, ese granuja. He decidido que vayas por un tiempo a convivir con los hombres.

-Venus calla. Una breve pausa-

¿Te disgusta?

Venus: No. Pero creo que tu hija Atenea, que goza fama de docta y sagaz, lo calificaría de impertinente, no aprobaría tu decisión.

Jupiter: Déjale en paz a mi hija. Me empalagan, me encocoran las hijas demasiado sabias.

Venus: Obedeceré tus órdenes, pero creo que te equivocas, que cometes una solemne majadería mandándome a la tierra.

Jupiter: ¿Porque?

Venus: Porque temo que va a ser peor el remedio que la enfermedad.

Jupiter: ¿Pues...?

Venus: Las guerras las desencadenan el hambre y el amor.

Jupiter: Eso era antes, en tiempos de París y Helena. Hoy los hombres están más civilizados y hacen la guerra por fanatismo, por codicia, o por vanidad.

-Con una transición-

Tu llegada a la tierra creará entre sus desgraciados habitantes un aura de amor. Tirarán las armas y empujarán de nuevo el arado y el remo; en vez de lanzarse unos contra otros para matarse se abrazarán y engendrarán hijos; al grito de odio, sucederá el cántico; al zarpazo, la caricia; en las ciudades se construirán casas, jardines, escuelas, bibliotecas y teatros para los hombres y templos para los dioses.

Venus: Eres muy optimista, Jupiter.

Jupiter: Los dioses podemos permitirnos todos los lujos, incluso el del optimismo.

Venus, que no se convence: Cuando tu lo dices...

-Con una transición-

Pero vamos a ver: ¿es que de veras crees que podré ejercer la benéfica y sedante influencia que de mí esperas? Ya no soy joven, Jupiter.

Jupiter: Espiritualmente, no, ya lo sé. Espiritualmente, los dioses envejecemos como los hombres. Físicamente, sí eres joven. La vejez física no existe para nosotros. Inspirarás el amor, despertará el amor.

Venus, con aire y acento de mujer corrida: Ya sé, ya sé...

Jupiter: Irás a la tierra, convivirás con esos animales tan desdichados y absurdos que son los hombres.

Venus: Antes, cuando conviví con ellos, no eran desdichados.

Jupiter: Hoy sí lo son. Viven una vida mezquina, amarga y dura. Como, tal vez pa-

ra evadirse de si mismos, aman la ficción y convierten en ficción su vida, puede que algunos te recuerden a los dioses. Naturalmente, la semejanza será muy debil, muy lejana y un tanto caricaturizada. Verás a Mercurio en un mercader rapaz, a Apolo en un chiquilicuatro que, inutil para empresas de más altos vuelos, se dedica a conquistar mujeres facilmente conquistables, a Orfeo en un poeta chirle, a Marte en un bru to vestido de uniforme, incluso puede que le veas a tu buen Júpiter en un tiranuelo de guardarrobia que se cree omnipotente porque tiene en sus manos un rayo de pirotecnia. No les hagas caso y piensa que se trata de burdas imitaciones.

Venus: No les amas a los hombres.

Jupiter: No mucho. Casi tan poco como se aman ellos entre si. Les compadezco. Y les desprecio. Para que su trato no te sea muy penoso haré que al descender a la tierra olvides ligeramente tu condición de diosa. Recordarás tu pasado de una manera muy vaga. No creas: perder la memoria no es, ni para los dioses, un gran mal, sino todo lo contrario. ¡ Quien pudiera olvidar!

-Venus le mira, extrañada-

Los mortales verán en ti, sin que puedan evitarlo, un algo raro y misterioso que no sabrán explicarse. Y ese aire de misterio aumentará tu encanto.

Venus: ¿Y si no doy con Marte y el viaje resulta inutil?

Jupiter: Encontrarás a Marte facilmente, no lo dudes. De todos los dioses es el que más dificilmente puede ocultarse. Mete mucho ruido, sabes? En cuanto al viaje, te servirá de distracción, de pasatiempo.

Venus: Pero será muy fatigoso.

Jupiter: Hace un instante te quejabas de que la vida en el Olimpo es bastante aburrida.

Venus: Todo es acostumbrarse. Puede que el aburrimiento sea el Nirvana.

Jupiter, con indignación de dómine: ¡ Que disparate! El Nirvana no pertenece a nuestra mitologia. ¡ Si te oyeran los helenistas!

Venus: ¡ Bah!

Jupiter, cada vez con mayor enfado: ¿ Qué significa ese "bah" lanzado con tanto desprecio? La mitologia es una cosa muy seria.

Venus: Que el hombre ha convertido en cómica.

Jupiter: El hombre vive de mitologias.

Venus: Pero no los dioses. ¿ O te figuras que todo aquel que predica una doctrina tiene forzosamente que creer en ella? Júpiter, a pesar de tu jerarquia, fuiste siempre un dios poco inteligente.

Jupiter, escandalizado: ¡ Chica! ... Mira, vamos a dejarlo, sabes? Será mejor. Las humanas criaturas, pobres animaluchos que viven en una densa tiniebla, aseguran que de la discusión nace la luz. Los dioses sabemos que eso no es cierto y, en vez de perder el tiempo discutiendo, dejamos que lo pierdan los humanos discutiéndonos a nosotros. Sin embargo, desde hace un tiempo tales discusiones han dejado de interesarles. Los pobrecillos tienen otros quebraderos de cabeza.

-Suspira-

Los dioses estamos dejados de la mano del hombre. Antes, en los pasados tiempos, no podian, no sabian prescindir de nosotros. Los poetas nos cantaban en sus odas, los comediógrafos nos hacian intervenir en sus comedias...

-Transición-

Nada, nada; lo dicho: vete a la tierra, Venus, hija, madre del amor. Ve a intervenir en la comedia de los hombres.

ACTO PRIMERO
+++++

Dramatis Personae

Venus, que será llamada Maria.
Aurelia, viuda, cincuenta años, hermana de Salvador, el patrón de la barca, más joven que su hermana.
Alacrán. No se le conoce otro nombre. Jorobado, con las piernas torcidas, los brazos muy largos, tiene horrendo aspecto de araña o de pulpo. Entre los doce y los quince años.
Berto, al que Venus llama Adonis. Un adolescente.
El señor Canario. Cincuenta, cincuenta y cinco años. Alto, flaco, mal vestido con gran elegancia -si, si; no han leído ustedes mal: mal vestido, vestido de andrajos, pero con gran elegancia-una barba rubia de chivo, una dulce mirada de loco.
El sargento de la Guardia civil
Don Dimas, el jefe de estación.
Domingo, el periodista local.
Don Pedro Martir, el maestro de escuela.
Fuenmayor, el tendero alcalde al que Venus llama Mercurio.
El señor cura.
Don Valentín el médico.
El helenista.
El poeta.
El sabio alemán.
El sabio inglés.

En un pueblecito blanco a la orilla del mar azul
en la costa brava catalana. Hoy.

+++++

Tiene

Como en casi todos los cuadros de esta ficción dramática, en este primero, que por lugar el zaguán de la casa de Aurelia en la playa, dominan los tonos blanco y azul. Muros blancos con altos zócalos azul. Una mesa de pino. Unas sillas de anea, pocas. Unas redes color sepia manchando la blancura del muro. En el otro el chafarrinón del cromo de un calendario. En primer término, a ~~la~~ derecha e izquierda, dos puertas: de la cocina y de una escalera que conduce al piso alto. El techo cruzado por enormes vigas azules. Al fondo la gran puerta, marco del luminoso paisaje: unas barcas acostadas en la arena rubia de sol, el mar azul, el cielo azul: cielo mañanero de Primavera cuando ya la mañana va a madurar en mediodía; unas rosas color de miel...

Salvador: Es muy hermosa. Y parece muy buena. Por eso la traigo aquí contigo y no a casa, con la pécora de mi mujer.
Aurelia, sonriendo tenuemente: Gracias por el regalo, Salvador.
Salvador: , No te burles, no me tomes el pelo porque ~~se~~ acabarás dándome las gracias. Viuda, sin hijos, desde la muerte del pobre Patricio vivias demasiado sola.
Aurelia, pálida, en voz baja: ¡ Por favor!

-Una pausa. Aurelia, desvanecida, con no pequeño esfuerzo la emoción, prosigue:

Dime: 2 porque te parece tan buena tu fantástica desconocida?
Salvador: Pues, la verdad, no lo sé. Puede que por su sonrisa, por su manera de sonreír. Cuando sonríe, que es casi siempre, diríase que en su rostro está amaneciendo. 2 Tu no te has fijado en que los malos, los atravesados, se pasan la vida muy serios, no saben sonreír?
Aurelia: Será porque ~~existen~~ en ellos no amanece nunca, porque viven en una noche oscura.

-Otra pausa, muy breve-

Salvador: Lo que más me ha chocado en ella es la curiosidad con que contempla las cosas que a nosotros nunca nos llamaron la atención: las olas de mar, la proa de la barca, las rocas del acantilado, las nubes del cielo. Todo la pasma, todo la maravilla. Diríase que sus ojos ven por vez primera nuestro pobrecito mundo y descubren en él bellezas que nuestros ojos mortales no saben ver.
Aurelia: 2 Dices que se os apareció en alta mar?
Salvador: En alta mar, si. Desnuda...
Aurelia, persignándose escandalizada: ¡ Que bochorno, Virgen Santísima!
Salvador, quitándole importancia: No iba más desnuda que las que se bañan en la playa.

-En un férvido tono lírico, añade:

Desnuda y deslumbrante debatiéndose en las redes. ¡ Pesca maravillosa! ¡ Milagrosa pesca de cuento de hadas!
Aurelia: Si parece, lo que te ha ocurrido, cosa de cuento, de ~~hadas~~ fantasía.
Salvador: Puede que la vida sea más fantástica de lo que algunos ~~se~~ creen.
Aurelia: Déjate de filosofías y sigue contando
Salvador: Cuando la subimos a cubierta era, bajo el sol, como una estatua de oro. Temiendo que mis hombres se alborotasen... ¡ los hombres somos tan brutos!... la di una manta para cubrirse. Y mira si será guapa que ni la manta zarrapastrosa consiguió afearla.

Aurelia: Vieja y pasada de moda es la ropa que le he mandado para que pueda llegar hasta aqui sin escandalizar a la gente, pero es seguro que la malaventurada la preferirá a tu famosa manta llena de mugre.

Salvador: ¿Porque la crees malaventurada? Si parece, por el contrario, muy contenta. Si siempre sonrie.

Aurelia, de pronto, con recelosa inquietud: ¿No será que la pobre está loca?

Salvador, indignado: ¡Que va a estar loca! ¡Pues anda que no se yo conocer los locos a la legua!

Aurelia: ¿Te dijo su nombre?

Salvador: Si, pero no lo recuerdo.

Aurelia: ¿Cómo que no lo recuerdas? ¡Pero es posible! A ver si resulta que el loco eres tu. ¡Que calamidad!

-Con una transición-

En fin. Si es una chica buena y formal la guardaré a mi lado como de seas.

Salvador: Pues claro que es una chica formal.

Aurelia: ¿Cómo lo sabes?

Salvador: Como se saben todas las cosas: porque me lo figuro.

Aurelia: ¿Sabrá hacer encaje de bolillos?

Salvador: Puede que sepa. Es decir: seguramente ~~que~~ sabe.

Aurelia: Conoces mi pobreza. Tendrás que ayudarnos, Salvador.

Salvador: Naturalmente. ¡El mar es generoso y da para todos!

Aurelia: La he prestado un vestido de mis tiempos de soltera. Como de entonces a acá ha llovido mucho y la moda ha cambiado le sentará como un tiro y la pobre se presentará como un adefesio.

Salvador, con enfado: Le sentará a las mil maravillas y se presentará como una reina.

Aurelia: ¡Con que entusiasmo hablas de ella! Con un entusiasmo de enamorado.

Salvador: No digas tonterias. ¿Enamorado yo? Soy ya, para el amor, demasiado viejo. Y demasiado pobre.

Aurelia: No sabia yo que el amor era cosa de ricos.

Salvador: Pues lo es, no te quepa duda. Cuando se tiene que arrimar el hombro y ganar un jornal no nos queda tiempo para el amor. Y en vez de amar como los vages, nos echamos a dormir tundidos, derrengados. ¿Ves tu? En eso si somos maestros. Todos los pobres sabemos dormir.

Aurelia: Puede que lleves razon. Puede que no. Pero bien supe quererle a Patriocio.

Salvador: Tambien quiero yo a mi mujer, que tiene un genio peor que el sargento de la guardia civil y más puas que un erizo. Pero eso no tiene que ver con el amor. El amor es otra cosa.

Aurelia: A mis años y con mis penas, me tiene sin cuidado. Lo que queria decirte es que habrá que comprarle ropa a tu protegida.

Salvador: No te apures: procuraremos ~~comprarsela~~ ^{comprarsela}... pero sin que se entere mi mujer.

-En la puerta del fondo se detienen Venus y Berto, que es un zagal de dieciseis años escasos, bello como un joven dios. Descalzo de pie y pierna, camisa desabrochda, pantalon recogido en la rodilla. Tez dorada por el sol; pelo negro ensortijado; ojos que se abren con ansia a la vida; boca sedienta que se quiebra en una sonrisa de niño. Venus viste un trajecillo de orlandi, color rosa, segun la moda de 1900. Falda larga. alto talle, mangas muy estrechas, ceñidas a las muñecas, cuello alto con un bordado humilde.

Berto: Buenos dias.
Salvador: Aqui la tienes.

-Con ingenua admiracion de rustico:

¿No te decia yo que se presentaria hecha una reina?

Aurelia: Pasad.

-Una pausa. Venus,sonrie tenuemente -al humanizarse ha perdido el sentido de la ironia,dulce en los dioses,y acedo en los hombres-con curiosidad infantil-

Salvador,a su hermana: Es ella.

Aurelia: Ya,ya me lo figuro.Sea bienvenida.

Salvador,a Venus: Esta es mi hermana Aurelia,viuda de un pescador. Vivirá usted con ella hasta que averiguemos...en fin hasta que sepamos...

Venus,mirando a Aurelia: Hasta que ella quiera.

Aurelia: No,hija: hasta que quieras tu.

Salvador: Bueno,yo os deajo.No sea que mi mujer me arme la bronca.Ya volveré por aqui.

-A Venus-

Usted lo pase bien,señorita...¿o tal vez señora?

Venus: ¿Señora?¿Señorita? No comprendo.

-Aurelia y Salvador se contemplan y la contemplan muy extrañados.Venus le pregunta a Berto:

¿Qué quieren decir?

Berto,con ingenua suficiencia: Muy sencillo:señora,si se tiene hombre propio;señorita,si no se tiene.

Venus: Comprendo.

-A Salvador-

No tengo a nadie.

Salvador: Pues señorita.

Aurelia: Tanto mejor.

Salvador,a Berto:¿Vienes?

Berto,que quisiera quedarse:Le acompaño a usted hasta la esquina.

Salvador,a las dos mujeres: Adios.

-Sale-

Venus,sonriéndole al adolescente que quedose rezagado: Adios,pequeño Adonis.

-Berto se vuelve extrañado al oirse llamar asi y sale en pos de Salvador. Una pausa.Aurelia contempla atentamente a Venus y sonrie satisfecha de su examen-

Aurelia: Sí pareces buena.

Venus: No me creo mala.

Aurelia: Pero pareces tambien algo rara.

Venus: Lo soy.

Aurelia: ¿Ignorar que señorita no es lo mismo que señora!

Venus: Ignoro muchas cosas.

Aurelia: Pareces caida de las nubes.

Venus:(sonrie)

Aurelia: Como te llamas?

Venus: Venus

Aurelia,llena de pasmo:¿Te burlas?

Venus,muy extrañada: No. Porque iba a burlarme?

Aurelia: ¿Entonces como dices llamarte Venus?

Venus: Porque ese,que yo sepa,es mi nombre: Venus Anadyomena.

Aurelia: Tu no eres de por aqui.

Venus: No sé.

Aurelia, en el colmo de la extrañeza: ¿Cómo que no sabes? ~~xxxxx~~ No sabes donde naciste?

Venus: Creo que en Chipre.

Aurelia: Extranjera. Ya me lo figuraba. A mi ^{me} dá igual, comprendes? Al fin y al cabo, todos pecadores y todos hijos de Dios.

Venus, que, claro está, no comprende: Como quieras.

Aurelia, sonriendo indulgente: A las personas de edad como yo, se las trata de usted. Debes, pues, decir: Como usted quiera.

Venus: Como usted quiera.

-Ante la puerta del fondo cruza Berto, que mira con el rabillo del ojo al interior-

Aurelia: ^{el} ¿Le estarás agradecida a mi hermano por haberte salvado de morir en mar?

Venus: Yo no puedo morir en el mar. Sé nadar muy bien. Le estoy agradecida por haberme traído a su lado de usted, a esta casa tan clara.

Aurelia: Gracias, hija.

Venus: Pero tengo calor. Con estas ropas me abrasso de calor. Nunca habia llevado tanta ropa encima. Me he pasado la vida desnuda o casi desnuda.

Aurelia, escandalizada: ¡Vaya costumbres salvajes las de tu país! Aquí eso no es posible. Esta es tierra cristiana. La tuya seguramente no.

Venus: No sé.

Aurelia: ¿No sabes? No es posible que lo ignores. Una cosa tan sencilla, que sabe todo el mundo... A ti te ha ocurrido una cosa muy grave y misteriosa, una emoción muy fuerte, una enfermedad, y has perdido la memoria

¿O hay algo de pecaminoso en tu pasado y te dá vergüenza confesarlo?

Venus: ¿Pecaminoso? No, comprendo.

Aurelia: ¿No tienes noción del pecado?

Venus: No sé lo que és

Aurelia, con asombro: ¿Será posible que a pesar de tu edad vivas en plena y total estado de inocencia, de pureza?

Venus, sonriendo confusa: Pues... la verdad... no sé.

Aurelia, muy convencida: No cabe duda: ~~xxxxxx~~ has sufrido un fuerte trastorno y tu cabeza no funciona como es debido.

-Desde el umbral, Alacrán contempla a Venus con arrobó. Bajo el sol de la mañana de Primavera su fealdad crispa los nervios, dá náuseas y horror. No es una humana criatura: es un bicharraco inmundo, un monstruo horripilante.

Al verle, Venus lanza un grito de espanto y se refugia en los brazos de Aurelia. El monstruo, humillado, avergonzado de su fealdad, se encoge, levanta el brazo para esconderse el rostro.

Aurelia: ¿Qué te pasa?

Venus, señalando hacia la puerta de la calle: ¡Allí!

Aurelia, advirtiendo la presencia del monstruo: No temas. No es nada: es Alacrán.

-Empuña una escoba-

¡Vamos! ¡Largo de aquí!

-Cuando Alacrán, con más vergüenza que miedo, se dispone a huir, topa con el señor Canario, que llega.

El señor Canario es un hombre flaco, pálido, con dulces ojos de iluminado, con sonrisa irónica y condescendiente. Una ~~barba~~ luenga y aguda barba rubianca, un luengo bigote de ~~max~~ guias caídas le comen el ros-

tro escualido que recuerda vagamente el de los hidalgos que pintara Domeniko Teotocópuli. Es un Greco al que la miserable vida de todos los días ha caricaturizado.

Sombrero hongo color café con leche, gaban zarrapastroso, alpargatas. No ~~lleva~~ ~~lleva~~ usa camisa, porque no la tiene. Los bolsillos llenos de papeles y libros.

El señor Canario, cogiéndole de la mano a Alacrán y entrando con él en la casa: De jale al malpocado, Aurelia. Bien sabes que el pobre es inofensivo.

Aurelia: ¿Inofensivo y le llaman Alacrán? Quien te puso tal nombre supo lo que se hacía

El señor Canario, doctoral: Nadie en este mundo sabe lo que se hace. Tenlo por entendido.

-Viendo a Venus-

¿Quién es esta señora tan señora?

Aurelia: ¿A ti qué te importa?

El señor Canario, a Venus, sin enfadarse: No la hagas caso. Aurelia tiene por costumbre mirarme de arriba a abajo y ~~mirarme~~ tratarme con desprecio. Pero en el fondo me tiene aprecio, lo sé.

Aurelia: Bueno, señor Canario, lárgate de una vez y no nos des la tabarra.

-A Venus-

Es el loco del pueblo, sabes?

El señor Canario: Los tontos siempre creen locos a los demás. Pero yo no me enfado contigo. Ni con nadie. ¿Para qué?

-A Venus-

Tú, por lo visto, eres forastera y no me conoces, no nos conoces. Somos las dos notabilidades del pueblo, los dos fenómenos: a mi me llaman el señor Canario, y a este desdichado, Alacrán. Yo soy el loco, éste el malo. Pero no temas: los dos somos inofensivos. En el pueblo hay otros mucho más locos que yo y de peor instinto y peores intenciones que Alacrán. Este,

-por Alacrán-

cómo no tiene la suerte de estar loco, si se enfada de cuando en cuando y comete alguna que otra tropelia. Hace bien: si fuese bueno, si no supiese defenderse, los que se llaman buenos sin razón alguna para ello lo acribillarían a insultos y a burlas, lo molerían a palos. Pero no le tengas miedo. Eres más fuerte que él y le puedes. Mira cómo tiembla ante ti.

-Le empuja a Alacrán, que cae a los pies de Venus y se acurruca en el suelo con humildad de can. Venus le contempla con lástima-

Alacrán: Dice bien el loco: no le tenga usted miedo al mísero Alacrán.

Venus: Ya el miedo se fué.

Alacrán: ¿De veras?

Venus: De veras.

Alacrán: ¡Que buena debe ser usted!

-Le besa el borde del vestido-

Nunca le haré a usted daño alguno.

Venus: Así lo espero.

Alacrán: Ni permitiré que otros se lo hagan.

El señor Canario, a Venus: ¿Lo estás viendo? ¡Si es un infeliz, un alma de Dios!

Alacrán: Perdóneme usted mi fealdad.

Venus: No la veo, Alacrán. No quiero verla. La fealdad y el mal no existen.
Alacrán, tristemente, amargamente: Si existen.

-Berto al cruzar de nuevo ante la puerta ve al monstruo a los pies de Venus y entra arrebatadamente-

Berto: ¿Qué haces tu aquí? ¡Vete o te mato, Alacran!

-Alacrán se yergue de un salto y se enfrenta con Berto-

Aurelia: ¡Berto, por Dios! No riñas riñas con él. Tu no eres fuerte y te destrozarã.

Alacrán, con ira espantosa: ¡Si! ¡Te voy a destrozar! ¡Voy a acabar contigo, con tus burlas y tu desprecio!

Venus: ¡Alacrán!

-Alacrán, que se disponia a lanzarse sobre el adolescente, siente roto su impulso homicida y se arrima humillado, vencido, al señor ~~Canario~~ Canario, que ha contemplado la escena imperterritito.-

Alacrán: Perdoneme usted.

Venus, al señor Canario: Me habia dicho usted que no era malo.

El señor Canario: Y no lo es. Pero, desgraciadamente, es hombre.

Venus, a Berto: Y tu, pequeño, vas a hacer lo que yo te diga:

Berto: Si, señora.

Venus: Dale la mano a Alacran. No te burles de él. No le odies. Dale tu mano de amigo.

-Berto vacila un instante y le tiende la mano al monstruo que la estrecha sin mirarle a los ojos a Berto. Este, enfurruñado, sale por el fondo. Venus sonrie viéndole marchar.

Aurelia: ¡Vaya milagro, chica! Le has domado a Alacrán. Le has convertido en un manso cordero.

El señor Canario, a Venus: Ya nos conoces, ya sabes quienes son ~~los~~ el loco y el malo. Pero nosotros no sabemos quien eres tu. ¿Como te llamas?

Venus: Venus.

El señor Canario, muy serio, como siempre y sin mostrar extrañeza alguna: ¿Venus?

-La contempla unos instantes con gran atención-

Puesto que tú lo dices debe ser verdad. Tienes cara de no saber mentir.

Venus, sonriendo: Gracias, señor Canario.

El señor Canario: Te conozco de antiguo. Te conozco porque, felizmente, estoy loco y sólo los locos creemos en ti.

-Con una transición-

Vámonos, Alacrán.

-Le coge de la mano al monstruo y con la otra se quita el sombrero. Dice, con gran reverencia:

Adios, doña Venus.

-Salen los dos desdichados. Una breve pausa-

Aurelia: ¡Que calamidad!

Venus: ¡Pobrecillos!

Aurelia, de pronto: ¡Sabes lo que estoy pensando?

Venus: ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

Aurelia: Te voy a cambiar el nombre.

Venus: Cómo usted quiera.

Aurelia: Venus es nombre de hereges, de gentes sin temor de Dios. De hoy en adelante te llamarás Maria, que, según tengo entendido, significa "madre"

Venus, sonriendo: Pero es que Venus significa, también, madre del amor.

Telón

Cuadro segundo

La terraza del "Café de la Playa". En la playa, naturalmente. Café humilde, que sólo se llena las noches de los sábados, frecuentado democráticamente por gente de poco fuste que no figura en el Almanaque Gotha: pescadores, el sargento de la benemérita, el médico, el tendero que, como las calamidades nunca vienen solas, además de tendero es alcalde, algún viajante de comercio, el jefe de estación...

Bajo el toldo, a ambos lados de la puerta, dos veladores de marmol y una sillas de anea,

Una mañana de fines de Mayo. Sentado en una mesa el sargento de la benemérita se ha quedado dormido con la colilla hedionda pegada al labio inferior. A su lado, en el suelo, el periódico que estaba leyendo.

Modorra de mañana en la playa con moscas y con sol.

En el interior del cafetín una mujer canta una habanera de ritmo desmayado:

La mujer que canta:

A la luz de la luna
Yo te miré,
yo te miré.
Y al mirarte, mi vida,
me enamoré.
Y al mirarte, mi vida,
y al mirarte ,mi vida
me enamoré!

-Suelta un gallo espantoso. El sargento, sobre saltado con el gallo, entreabre los ojos. Pero al darse cuenta de que se trata de una falsa alarma, vuelve a cerrarlos beatíficamente. Una pausa lo bastante larga para dar tiempo a que el distinguido público se canse de ver cómo y de que manera duerme un sargento de la Guardia Civil, bastante feo, no del todo malo, y, gracias a Dios, bruto como un ceporro.

Andando lentamente, llega Don Dimas, el jefe de estación. Gordo, seboso, mal afeitado, descuidado en el vestir, tocado con una mugrienta gorra galoneada. Don Dimas es un cincuenton amargado, de muy malas pulgas, de aire lento, de sonrisa resignada y acéda.

Don Dimas, a grandes voces, zamarreando al sargento: ¡Pero, hombre, Fernandez! ¡Usted, todo un sargento de la benemerita, durmiéndose en plena calle!

¡Que bochorno!

El sargento de la benemerita: ¡Es usted, don Dimas? Tiene usted razon: ¡Que bochorno!

mayo

-Se quita el tricornio y se seca el sudor-

Diriase que estamos en plena canicula.

Don Dimas: En efecto: ~~Abia~~ llega muy caluroso este año.

El sargento: ¿Ha pasado ya el tren?

Don Dimas: Ha pasado, si, señor. De lo contrario no estaria yo aqui.

El sargento: Siéntese, pues, un rato. Si no tengo con quien hablar me va a dar de nuevo la soñarrera.

-Don Dimas se sienta. En el interior del café la mujer canta de nuevo:

La mujer que canta:

A la luz de la luna...

El sargento: Yo no sé si es el canto de la Petra, la lectura del periódico o el calor, pero si viera usted que sueño me ha entrado!

Don Dimas: Lo comprendo perfectamente, Fernandez. A mi, en la estacion, me pasa lo mismo. Llevamos una vida muy monótona. A usted y a mi nos faltan actividad, movimiento, dinamismo. Usted necesitaria crímenes, robos, asesinatos y las pobres gentes de acá solo matan el hambre. Y a mi me hacen falta ~~muchos~~ trenes, muchos trenes. ¿Qué quiere usted que haga en una estacion en la que, ni por causa de averia, se ha detenido nunca ningun expreso?

por

El sargento: Le compadezco a usted, don Dimas. Ha perdido usted toda esperanza de que el tráfico aumente en esta línea.

Don Dimas: Casi la he perdido, si, señor.

El sargento: Yo, en cambio, confio en que, incluso aqui, donde la gente es de índole pacífica, se produzca el acontecimiento que tanta falta me hace. Los hombres son tan brutos que de ellos puede esperarse cualquier barrabasada.

-Una breve pausa-

Cuando usted llegó estaba soñando.

Don Dimas: ¿Tambien sueñan los sargentos de la guardia civil?

El sargento: Pues claro. Como todo el mundo.

Don Dimas: Seria con algún asesinato misterioso.

El sargento: No, señor. Con algo más misterioso que todos los asesinatos habidos y por haber. con la mujer pescada por Salvador.

Don Dimas: ¿Maria?

El sargento, con aire misterioso: Se llama Venus. ¿No lo sabia usted?

Don Dimas: Pero ese es el remoquete, el alias.

El sargento: ¿Quien sabe!

Don Dimas: Puede que a causa de ella cambien las cosas en la estacion.

El sargento, mirándole con lastima al jefe: ¿Piensa usted pedirle su blanca mano?

Don Dimas: No diga usted tonterias, Fernandez. Estoy ya muy viejo para el matrimonio. Ademas los jefes de estacion no podemos casarnos.

El sargento, extrañado: ¿Porque? ¿Lo prohíbe el reglamento?

Don Dimas: No, señor.

El sargento: ¿Pues entonces?

Don Dimas: A causa de los trenes, sobre ~~todo~~ todo de los expresos, que, ~~siempre~~ ~~siempre~~ ~~siempre~~ ~~siempre~~ como antes le decia, siempre pasan de largo, orgullosos y trepidantes... que no se detienen nunca en la humilde estacion, en la estacion sin importancia... El expreso, con su coche-cama, con su coche-comedor es el lujo, la tentacion, comprende usted?...

El sargento: ~~Muy~~ No muy bien, pero, en fin...

Don Dimas: Un dia, fatalmente, la mujer del jefe se escapa.

El sargento: ¿Porque fatalmente?

Don Dimas: Porque la tentacion es demasiado fuerte. Y a falta de un expreso, coge un mixto y huye de la vida monótona, quieta, apagada en la pequeña

estación.

El sargento: Puede que acierte usted en sus temores.

Don Dimas: En los temores se acierta siempre, amigo Fernandez. Es con las alegrías con lo que uno, esperándolas, se equivoca.

El sargento: Sin embargo, la vida no es tan triste como aseguran algunos.

Don Dimas, resignadamente: No: es aburrida.

-De pronto-

¿Usted ha visto esa campana que hay en todas las estaciones para avisar la llegada y salida de los trenes?

El sargento: Si, señor. Y mas de una vez la he ~~mirado~~ mirado con odio porque el tren llegaba con retraso.

Don Dimas: ¿Se ha fijado usted en que del badajo cuelga una cuerda?

El sargento: Pues claro.

Don Dimas: ¿Sabe usted para que sirve?

El sargento: Supongo que para agitar el badajo.

Don Dimas: No, señor. Es decir, si, señor. Pero tambien sirve para que los jefes de estación, cuando no pueden ya resistir el tedio, se ahorquen con ella.

El sargento, escandalizado: ¡Hombre, don Dimas, por favor! No diga usted barbaridades! Yo le creia a usted un hombre serio.

Don Dimas: Los hombres serios son los que se suicidan.

-Pasa Domingo, el periodista local-

Domingo, sin detenerse: Adios, señores.

Don Dimas: Adios, Dominguin.

El sargento: Salud a la prensa. Parece que lleva usted prisa.

Domingo: Mucha. Voy a Telefonos.

El sargento, levantándose a medias: ¿Ha pasado algo grave?

Domingo: Grave, no, pero si muy importante.

-Sale-

Don Dimas: ¡Valiente badulaque!

-Una pausa-

El sargento: Hace usted bien siguiendo soltero. ¡Las mujeres son tan absurdas, tan fantasticas! De una mujer puede esperarse todo.

Don Dimas: Incluso lo razonable.

El sargento: ¿Y lo razonable es?

Don Dimas: Plantarle al jefe de estación, -x si te he visto, no me acuerdo- y ~~huir~~ huir de la vida apagada, fria, ~~fria~~, sin grandes penas ni grandes alegrías.

-Otra pausa-

El sargento: Decia usted que las cosas iban a cambiar. Y que iban a cambiar a causa de Venus.

Don Dimas: Si: a causa de esa misteriosa mujer que no sabe a punto fijo quien es ni de donde viene y que dice llamarse Venus, como la diosa. Asi lo asegura el alcalde, ese monterilla, ese cacique.

El sargento, gravemente: ¿Que es el señor alcalde, don Dimas!

Don Dimas: ¡Bah! Como tendero, más ladron que Caco. Y como alcalde, en vez de chaqueta tendria que usar albarda.

-El sargento se amosca y dice-

El sargento: ¿Que descarrila usted, don Dimas!

Don Dimas: Ha pedido trenes especiales y billetes a precio reducido.

El sargento: ¿El señor alcalde? ¿Para que?

Don Dimas: Para que todo el mundo, ricos y pobres, sabios y artistas puedan venir a ver a Venus.

El sargento: Pues no es mala idea. ¡Lo que cavila Fuenmayor!

Don Dimas: Parece que se ha corrido la voz del misterioso suceso y no se habla de otra cosa. Domingo, ese mentecato que ademas se las dà tambien de poeta...

El sargento, con encomio: ¡Premiado con infinidad de objetos de arte en muchos Juegos Florales!

Don Dimas: Me lo explique perfectamente... Pues, si: Domingo lanzó la noticia en una de sus corresponsalias, la recogieron otros periódicos y se armó la gorda!

El sargento: Venus habrá debancado a Alacrán y al señor Canario, los fenomenos del pueblo.

Don Dimas: ~~Bah!~~ Fenómenos insignificantes. Fenómenos de via estrecha. Todos los pueblos tienen un loco y un chepudo.

El sargento: Pero no todos los pueblos tienen una Venus como nosotros. Salvador, trayéndola al pueblo, nos habrá prestado un servicio grandisimo. Habría bria que recompensarle, no le parece a usted? Habria que darle una cruz o una medalla.

Don Dimas: Tratándose de un pescador, la del salvamento de naufragos.

El sargento: Pero es que Venus no es una naufraga.

Don Dimas, con sorna: Pues la de Beneficencia. se la dan a otros con menos méritos.

-Llega don Pedro Martir, el maestro de escuela. Viejo, flaco, sucio, con los hombros llenos de caspa.

El sargento: Buenos dias, don Pedro Martir.

Don Pedro Martir: Buenos los tengan ustedes, señores.

Don Dimas: ¿Que? ¿Salieron ya los chicos?

Don Pedro Martir, con un suspiro de satisfaccion: Afortunadamente.

Don Dimas: Afortunadamente para los chicos.

Don Pedro Martir: Y para mi. Me quedan tres horitas de libertad. Podré leer un rato.

Don Dimas, con fingido asombro: ¡Pero hombre! ¿Tambien lee usted?

Don Pedro Martir, que es un infeliz, impermeable a la burla: Pues le diré: desde hace unos dias, si, señor. ¿Y a que no saben ustedes qué es lo que estoy leyendo? La Historia de la Mitologia. ¿Y a que no saben ustedes para que?

El sargento, con desden: Supongo que para pasar el rato.

Don Pedro Martir: Pues no, señor, porque la verdad, me armo un lio con tantos dioses. Nuestra santa religion, la cristiana, es mucho menos complicada y mucho mas práctica: un solo Dios y los diez mandamientos de la ley de Dios.

Don Dimas: Que casi nadie cumple.

-El domine le mira con asombro al jefe de estacion-

El sargento: No le haga caso a don Dimas. Bromea.

Don Dimas, muy funebre: Soy un bromista. Y volviendo a la Historia de la Mitologia...

Don Pedro Martir: Pues la leo para enterarme de las cosas de Venus.

Don Dimas: He aqui como, como gracias a la llegada de esta buena señora, habrá usted, por fin, aprendido algo.

Don Pedro Martir: Es usted un pullón.

Don Dimas: Como?

Don Pedro Martir: Un pullon, de pulla. Pero, yo no me enfado. ¡Yo que me voy a enfadar! Adios, señores.

Don Dimas: Adios, intelectual.

-Vase el domine.

El sargento: ¡Que calamidad! ¿No le tiene usted simpatia?

Don Dimas: Ni a él ni a nadie. Los hombres nos odiamos o nos despreciamos, pero

no nos queremos.

-En el interior del café renace la canción-

La mujer que canta:

A la luz de la luna
yo te miré

-Llega el señor Canario, que se detiene, embelesado, a escuchar-

El sargento, cuando en el interior se apaga la canción con el gallo correspondiente: ¿ Parece que te gusta la musica?

El señor Canario, sentándose a ~~una~~ una mesa: Si.

La mujer que canta, siempre invisible: ¡ Lárgate, loco! ¡ Lárgate, señor Canario! Si los parroquianos te ven ahí hecho un pasmarote pasarán de largo.

El señor Canario: Trabajo que te ahorro, Petra. Deberias darme las gracias.

El sargento: ¿ Por lo visto no te gusta el trabajo?

El señor Canario: Ni a ti tampoco. Ni al distinguido ferroviario don Dimas.

Don Dimas: ¡ Hombre, señor Canario!

El señor Canario: Por eso os tengo simpatia: ¿ porque sois tan gandules como yo. Vosotros y yo somos aquí en el pueblo la Santisima Trinidad de la ganderia.

-Con ingénuva envidia-

Pero yo soy un gandul sin uniforme.

El sargento, picado: No olvides con quien hablas, señor Canario. Respeta mi autoridad.

El señor Canario: ¿ Tu autoridad? Nosotros los locos nos reimos de la autoridad. No me das miedo, sargento. En el fondo eres un infeliz, un pobretón. Como yo.

El sargento, con asombro, al jefe: ¡ Que cosa mas rara!

Don Dimas: ¿ Lo de ser pobretón?

El sargento: No, no. Verà usted... Cuando me presentaron a la Venus...

-Don Dimas sonrie de la simplicidad del guardia-

se me quedó mirando largo rato... Yo me figuré que la sorprendian mi uniforme, el tricornio, la pistola.. Pero, cah! De pronto se me encara y tuteandome, segun su costumbre de los primeros dias, me suelta a boca de jarro: "¿ Tu no seràs Marte, por casualidad?" Claro está, me quedé de una pieza. Y recuerdo que respondí, muy corrido: "¿ Marte, yo? ¿ Nada menos que Marte? No, señora, no. Soy un pobre sargento cargado de hijos, un infeliz, un pobretón."

-Le mira con pasmo al señor Canario-

El señor Canario: Te advierto, sargento, que no nos pusimos de acuerdo. Lo que pasa es que ella, Doña Venus, por muy inteligente, y yo, por muy loco, coincidimos.

Don Dimas: Es una mujer un poco rara.

El señor Canario: ¿ A quien te refieres?

Don Dimas: A Maria.

El señor Canario: No la conozco.

Don Dimas: Si, hombre. La que Salvador nos trajo del mar.

El señor Canario: No se llama Maria. Se llama Venus.

El sargento: ¿ Como lo sabes?

El señor Canario: Porqué estoy loco.

-El sargento se rie-

Pero no te rias. Los sargentos no saben reirse.

-A don Dimas-

¿ Y a ti porqué te parece rara doña Venus? ¿ Puede saberse?

Don Dimas: Si, hombre. Si puede saberse. Porque parece tomarte en serio.

El señor Canario: Me considera. Pues claro que me considera. Una mujer como ella

no puede perder el tiempo con miserables cuerdos como vosotros.

-~~Ferme~~ Con profunda lástima-

¡ Porque hay que ver lo cuerdos que sois!

Don Dimas, riendo: Bueno, hombre, no te enfades.

El señor Canario, con un inmenso desprecio: ¿ Con vosotros? ¡ Yo que voy a enfadarme!

El sargento: ¿ De manera que a ti, señor Canario, no te parece una mujer como las demás?

El señor Canario, tajante, categórico: No lo es.

-Pasa Salvador con unas redes al hombro-

Don Dimas: Adios, Salvador.

El sargento: De ti estábamos hablando.

Salvador, deteniéndose: Buenas, señores. ¿ Pues qué pasa?

Don Dimas: Es decir, precisamente de ti, no: de esa misteriosa forastera que nos has traído.

El sargento: ¡ Cuidado que es guapa!

Salvador, sonriendo: Salta a la vista.

El sargento: Una real moza.

Don Dimas: Una maravilla de mujer.

Salvador: ¿ También usted, don Dimas?

Don Dimas: Ya lo estás viendo: también yo.

El sargento: ¿ Y quien no? Les trae locos a todos los hombres del pueblo, viejos y jóvenes.

Salvador: Sin embargo, la pobre no da qué hablar. Es muy seria.

El sargento: Eso, sí. Muy seria.

-Triste-

Demasiado.

-Llega Fuenmayor, alcalde y tendero del pueblo. Tipo escuchimizado, ruin. Tez de bilioso, manos rapaces de comerciante.

Don Dimas: Buenos días, señor alcalde.

El sargento, levantándose: A la orden, señor alcalde.

El señor Canario: Hola, tú. ¿ Vienes también a echar tu cuarto a espadas? ¿ También a ti te preocupa doña Venus?

Fuenmayor, con gran entusiasmo: ¿ Que si me preocupa? ¡ Como que no es una mujer lo que nos trajo Salvador! ¡ Es la bendición de Dios, la prosperidad del pueblo!

Don Dimas: ¿ Pues qué ocurre?

Fuenmayor: ¡ Que tendremos trenes, mi querido don Dimas! Que han accedido a mi petición, a nuestra petición, y tendremos trenes // Y el pueblo se llenará de turistas! ¡ Y nuestra humilde playa será famosa en toda España! Que digo en toda España: ¡ en todo el mundo! Y el dinero se entrará a espuestas en las tiendas. Sobre todo en la mía.

-Cada vez más entusiasmado-

Voy a hacer reformas, muchas reformas, todas las que me pasen por el magin. Grandes escaparates llenos de luces, balanzas automáticas, mostrador de marmol.

-Con ojillos brillantes de codicia y lujuria-

¡ Y si detrás del mostrador pudiera poner a Maria... o a Venus, o cómo se llame!

Don Dimas, conmovido, secándose el sudor: Trenes, trenes... muchos trenes. // Que felicidad!

El señor Canario, con profundo desprecio: ¡ Borricos! ¡ Cuerdos borricos, envenenados por el afán de dinero!

Cuadro tercero

Un pinar en lo alto del pueblo. Pinos de ancha y abierta copa, pinos marinos como se ven en Italia, en Grecia, en Cataluña. Por las noches, cuando la noche convierte el pinar en la estampa de un cuento de brujas, la luna cuelga su farol amarillo en las ramas de los pinos. Sombra verde, de un verde profundo, que hace más luminoso lo que, bañado de sol, un sol rubio como la miel, se divisa del resto del cromo: el mar, una cala escondida, abrigada por las rocas, un cielo abrasado de luz -esa luz dorada y dramática del declinar de la tarde-, la blancura de unas casas del pueblo junto al mar, la blanca torre priápica de un faro...

Las seis de una tarde de fiesta. Primavera. Apagados por la distancia llegan de cuando en cuando los tiernos, los melancólicos, los apasionados acordes de una sardana.

Sentado al pié de un árbol, El señor Canario se halla abismado en la lectura. A poco llega Alacrán.

Alacrán: Hola, señor Canario.

El señor Canario: ¿Eres tu, Alacrán?

Alacrán: El mismo que viste y calza.

-Mirándose con asco-

Digo: si a eso se le puede llamar vestir y calzar.

El señor Canario, olvidando la suya: La verdad es que tu indumentaria deja mucho que desear. Pero no te preocupes: la indumentaria, aunque los necios que se las dan de elegantes opinen lo contrario, tiene poco que ver con la elegancia.

Alacrán, sentándose: Antes no me preocupaba. Hoy, si. Hoy me da pena verme tan mal vestido. Por eso me vine aquí al pinar: para que nadie me viese, para estar solo.

El señor Canario: Y diste conmigo. Mala suerte.

Alacrán: Que me vea usted no me da reparo. Anda usted ten desastrado como yo.

El señor Canario, mirándole con gran extrañeza y comparando los harapos del mozo con los suyos: ¿Tú crees?

-Brevisima pausa-

La elegancia, sabes? es cuestion muy ardua y complicada, y vale mas dejarla de lado.

-Transición-

Vengo aquí con frecuencia, sobre todo cuando a los del pueblo les entra la mania de divertirse y hacer ostentación de su alegría.

Alacrán, con rencor profundo: Alegría que ofende, que hiere como un trallazo.

El señor Canario: No les hagas caso. ¿Tú crees que de veras están alegres? No, Alacrán. Son unos infelices que rien, cantan y bailan para mentirse, para engañarse a si mismos.

Alacrán: ¡ Menudo baile les voy a proporcionar el día menos pensado!

-Una brevisima pausa-

El señor Canario: ¿De manera que también tú buscas la soledad?

Alacrán: Así parece.

El señor Canario: Yo la busco porque estoy loco y necesito sentir vivir mi locu-

El señor Canario: Como un libro

Alacrán: ¿Y Venus? ¿Qué significa Venus?

El señor Canario: Pues te diré, aunque supongo que mejor podría explicartelo un enamorado... Venus, a mi juicio, significa... ¿como te diría yo?... Venus, que es un nombre suave, como todos los que tienen dos sílabas y carecen de acento agudo...

Alacrán, con admiración: ¿Cuanto sabe usted! ¿Por qué le tendrán a usted por loco las gentes del pueblo?

El señor Canario: Porque intuyen que los verdaderos sabios somos nosotros, los locos... Pues, como te decía, Venus, que es un nombre que tiene suavidad de beso, es ese resplandor cálido que no deslumbra, esa gran claridad que no ciega nunca y que una sola vez en la vida del hombre inundada su alma. ¿Comprendes?

Alacrán, confuso: No. Será, tal vez, porque no estoy loco como usted.

El señor Canario, gravemente: Será por eso.

-Andando lentamente llega Venus. Viste como todo el mundo, pero con un donaire y una gracia elegante que no todo el mundo puede imitar: un humilde trajecillo blanco, discretamente escotado, con los brazos al aire y con la falda un poquitin más larga de lo que la moda lo exige. Calza unas sandalias de piel, también blanca. Lleva el pelo trenzado en corona. Al verla, Alacrán intenta escapar. El señor Canario lo impide sujetándole de un brazo.

Venus: Buenas tardes.

El señor Canario, poniéndose en pie y guardando el libro en el bolsillo de su gaban astroso: Buenas tardes, doña Venus.

Alacrán, sin atreverse a mirar a la bella mujer, en voz baja, ronca: Buenas tardes, señora.

Venus, sentándose al pie de un árbol: ¿Y Berto? ¿No ha venido por aquí?

El señor Canario: No. Pero ha venido Alacrán.

Venus, dedicándole al jorobado una sonrisa: Ya le veo.

El señor Canario: Berto estará en la plaza.

Venus: No estaba.

El señor Canario: ¿Y tú, doña Venus, sí estuviste?

Venus: Un momento.

El señor Canario: ¿Porqué no te quedabas? ¿No te gusta la música? ¿No te gusta ver bailar y reir a las gentes?

Venus: Pues claro que si. Pero le dije a Berto que nos veríamos en el pinar.

El señor Canario: Le quieres mucho a Berto.

Venus, sonriendo: Es mi pequeño Adonis. Pero, además de a él, os quiero a todos.

Alacrán, acurrucado como un perro a los pies de Venus: ¿También a mi, señora?

Venus: También a ti, Alacrán.

-El monstruo sonrie radiante, feliz-

El señor Canario: ¿Y a mi?

Venus: Pues claro que si

El señor Canario: ¿Cómo es posible que puedas querernos, tú, tan bella, a dos desgraciados como nosotros?

Venus: Pues, no sé. Se quiere por que si, sin saber por qué. O tal vez se quiere por querer.

El señor Canario: Tal vez.

-Una pequeña pausa. El señor Canario pasea lentamente, ensimismado-

Venus: Y dígame usted, señor Canario: ¿Porqué me llama usted Venus? ¿Porque

no me llama usted Maria, como todo el mundo?

El señor Canario: Porqué Marias las hay a montones. Y en cambio solo hay una Venus: tú.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Con una transición-

? No estuvo usted nunca enamorado?

El señor Canario: ¿Enamorado de qué manera?

Venus: ¿Hay varias maneras de ~~estar enamorado~~ enamorarse?

El señor Canario: Dos: como se enamora todo el mundo, que es decirle tonterías a una chica cualquiera, bailar con ella los domingos y acabar casándose con ella para que nos tenga la comida puntualmente y puntualmente nos zurza los calcetines...

Venus, riendo: ¡Oh, no! Eso no es el amor. ¿Y la otra manera?

El señor Canario: Dar con una mujer que se nos meta en las entretelas del alma y hacer por ella una gran locura: morir, matar.

Alacrán, febrilmente: Eso, si: morir, matar.

Venus, mirándole con piedad al espantajo: ¿Tú que sabes?

Alacrán, humillado: Se figura usted, viendome tan feo, que no puedo saberlo. Pues se engaña usted. Los feos no podemos ser amados, pero podemos amar.

El señor Canario: Y también los locos. De entre los feos y los locos nacen los enamorados auténticos, los sin trampa ni cartón. Recuerda a don Quijote, doña Venus.

Venus: No le conozco.

El señor Canario: Te lo presentaré. Es un caballero de papel y un enamorado de verdad. El otro, el que se lleva la fama, es un rufián y un enamorado de mentirijillas.

Venus: ¿A quién se refiere usted?

El señor Canario: A don Juan.

Venus: Ya se, si.

-Con una transición-

Sigo creyendo, señor Canario, que debía usted de haberse casado, aunque fuese como todo el mundo. Hoy tendría usted un techo, no estaría usted tan solo como está.

El señor Canario: No: estaría muy acompañado porque la buena de mi mujer, al ver mis locuras, me habría encerrado en un manicomio. Tu, doña Venus, no sabes de lo que es capaz la gente buena.

-Cambiando de tono-

Pero no te preocupes; vivo bien, tengo lo necesario: comida, que me dan por quitarse de encima, y casa.

Venus: ¿Casa también?

El señor Canario: Magnífica. Un día vendrás a visitarla. A la orilla del mar, cuya voz parece a veces un sollozo y otras un bramido de ira terrible y otras un cántico de inefable dulzura, una canción de cuna para dormirse y no despertar nunca más. Es una casa blanca con un jardín de cipreses y rosales.

-Volviéndose y señalando un punto en el horizonte.

Mírala: se ve desde aquí.

Venus, mirando: Pero aquello es el cementerio.

El señor Canario: Si, señor: el cementerio, donde siempre hay un nicho vacío para mí. No sabes tu, doña Venus, lo bien que se pasa en el cementerio. Por las mañanas me despierta el canto de los jilgueros. Por las noches los que cantan son los ruiseñores. Y las sirenas de cola de plata y torso de nacar y cabellera de algas doradas.

-Alacrán le mira con burla y asombro-

Si, señor: las sirenas, que no fueron creadas para los sensatos sino para los locos. Y cuando hay luna, es maravilloso. La luna asciende del

mar, cómo tú, doña Venus, y su luz abre en las aguas una carretera plateada. Al asomar por la blanca tapia del cementerio, los ruiseñores la saludan con lo más escogido de su repertorio. Y ella, la luna, parece sonreír, parece desearme: "Buenas noches, señor Canario. Buenas noches, pobre loco bendito de Dios."

-De pronto-

Pero dejemos en paz a la luna, los ruiseñores y las sirenas. Pronto llegará la hora de cenar. Me voy a la fonda. Me dan las sobras, sabes? Son muy caritativos, muy generosos

-Alacrán, que teme quedarse, se pone en pie de un salto-

No; tú, quédate.

-A Venus-

Te dejo a Alacrán para que te tenga compañía y, si se terciara, te defiende.

Venus: ¿Defenderme? Nadie se propone maltratarme.

El señor Canario, alejándose: ¡Quién sabe! Adios, doña Venus.

Venus: Adios, señor Canario.

-Una corta pausa. Lejana, apagada, la música-

Alacrán: Tiene razón el loco. No se la puede dejar a usted sola aquí en el pinar a merced de los que se dicen buenos y honrados como Dios manda.

Venus, sonriendo: ¿Tan malos son?

Alacrán: Más malos que un dolor. Malos y cobardes. Pero no tema usted. Aquí estoy yo para defenderla. Será la primera vez en mi vida que habré servido para algo bueno.

Venus: Gracias, Alacrán. Y dime: ¿es que no tienes otro nombre?

Alacrán: No sé. Las gentes del pueblo siempre me llamaron así.

Venus: Pero tu madre sí sabrá cómo te llamas.

Alacrán: No tengo madre. Padre la mató, una noche, a palos.

Venus: ¡Que horror! Sería muy malo.

Alacrán: No: estaba borracho.

Venus: ¿Y qué se ha hecho de él?

Alacrán: No sé. Habrá muerto en presidio. O, si ha salido, no se acordará de mí.

Venus: ¿Entonces, no tienes a nadie que vele por ti, que te ampare y te quiera?

Alacrán: ¿Quién le va a querer a un mal bicho como yo?

Venus: ¿Y de qué vives?

Alacrán: De ayudar, de cuando en cuando, a los pescadores. Y de lo que me dan las gentes del pueblo. Pero no crea usted que den por amor. No, no: dan por miedo. A mí nadie me había hablado nunca como usted, con esa dulzura que me llega al alma, si es que los seres deformes como yo tienen alma. A mí nunca nadie tratóme como a un ser humano.

Venus: ¿Y yo sí?

Alacrán: Usted, sí. Pero usted no es una mujer como las otras. Usted es como una de esas mujeres muy bellas que sólo existen en las estampas o en las historias.

-Transición-

Todos, menos usted, me han escarnecido, me han despreciado, han intentado pisotearme despiadadamente.

Venus: ¡Pobrecillo Alacrán!

-Pausa breve-

Alacrán: ¿A usted no la da reparo que la vean conmigo?

Venus: No. ¿Por qué?

Alacrán: Porque soy contrahecho, monstruoso, feo.

Venus: No eres feo.

Alacrán, con un enorme agradecimiento, con un enorme pasmo: ¿No?

Venus: Pues claro que no. Tienes unos ojos muy hermosos.
 Alacrán, temblando de alegría y con los ojos anegados de lágrimas: ¿Por qué muy hermosos?
 Venus: Porque saben reír y saben llorar.

-Alacrán, poseído por una emoción nueva ~~na tensión desgarra~~ va en su pobre vida, traspasado por una tensión desgarradora, se derriba de bruces al suelo para que Venus no le vea llorar.
 Venus le pasa la mano, por la palambrera hirsuta -caricia lenta, suavemente levanta con sigilo y vaise quedo.
 Una ~~a~~ larga pausa. El paisaje tiene una cálida claridad dorada, casi roja, que anuncia al crepusculo. Lejana, sueña nostálgica la "cobla".
 Echado en el suelo, Alacrán llora y los sollozos sacuden grotescamente su giba monstruosa. A poco llega Berto. Al darse cuenta de la presencia de Alacrán inicia una tímida retirada. Al advertir que el malpocado está llorando se acerca lentamente, venciendo su miedo, y se sienta en el lugar que ocupara Venus.
 Otra pausa.

Alacrán levanta ~~ix~~ el rostro y quedase adsorto al ver a Berto.

Berto, tendiéndole la mano: No te vayas.
 Alacrán, torvo: ¿Me has visto llorar?
 Berto, mintiendo piadosamente: No.
 Alacrán: ¿No se lo digas a nadie, verdad? Solo lloran los debiles, los maricas.
 Berto: No temas: no se lo diré a nadie.
 Alacrán: Como lo cuentes, te mato.
 Berto, sonriendo: No puedes matarme, Alacrán.
 Alacrán: ¿Como que no?
 Berto: Olvidas que somos amigos, Anda, dame la mano.
 -Alacrán estrecha la mano de Berto-
 Alacrán, que, acostumbrado a la burla o al palo no se explica la actitud de Berto: ¿Quieres humillarme con tu amistad, no?
 Berto: No, hombre. ¿Para que? Quiero que no veas en mi un enemigo. ¿Me he burlado de ti alguna vez?
 Alacrán: No, que yo sepa.
 Berto: Ni te he perseguido a pedradas, como los otros.
 Alacrán: En efecto. Puede saberse porque no hiciste como los otros, porque no te sumiste a la jauria?
 Berto: Porque me dabas lástima.
 Alacrán, con un respingo: No quiero inspirar lástima. No quiero ser sensible a la lástima que inspire.
 Berto: ¿Porque?
 Alacrán: Porque si no me temen estoy perdido y acabarán conmigo. Necesito inspirar temor. Quiero que me odien.
 Berto: No digas barbaridades.
 Alacrán: Las dirias tú en mi lugar. Las dirias tú si te vieras con una giba horrenda como la mia, con esas manos

-tendiendo las suyas- que no sa-

ben acariciar y destrozan todo cuanto tocan. Las dirias tu si te vieras harapiento, solo y maldito como yo me veo. Pero tu andas limpio, tienes un cuerpo sano y erguido como una vara de nardos, tu madre te quiere, te quiere todo el mundo. Siendo asi, ¿que mérito tiene ser bueno, ser generoso? Tambien yo lo seria de no verme con ese cuerpo espantoso. Vosotros os quedasteis con todo: la salud, la bondad. Déjame a mi lo único que me queda: mi maldad, que es mi consuelo y mi fuerza. Yo tengo derecho a ser malo porque soy feo.

Berto: ¿Entonces, me odias, sigues odiandome?
Alacrán: Ya, no: te envidio.

-Se Yergue con agilidad de araña y escapa corriendo monte abajo-

Berto, levantandose y gritando: ¡Alacrán! ¡Alacrán! ¡No te vayas!...

-A las voces del mocito comparece Venus-

Venus: ¿Que te pasa? ¿Porque das esas voces?

Berto: Le llamaba a Alacrán. Estaba aqui hace un instante, hablando conmigo. Y de pronto, sin más, escapó, echó a correr como corren seguramente los que huyen de si mismos.

Venus: Déjale que huya y no le atosigues. Le pasa a Alacrán lo que a todos los que vivieron largo tiempo en las tinieblas. Pero no temas: poco a poco se acostumbrará a la luz.

-Sentandose en el lugar que ocupara antes-

Anda, ven: siéntate.

-Berto se sienta a los pies de Venus. Una pausa. Ya no hay sol y el paisaje se baña, se sume en una claridad rosada que da al mar un azul más profundo.

¿Como se porta Alacrán?

Berto: De una manera muy rara. Le encuentre llorando.

Venus: Ya se.

Berto: Antes daba espanto. Ahora da lastima. Dirias que tiene miedo.

Venus: ¿Lo estás viendo? La luz siempre da miedo a los que la ven por vez primera.

Berto: ¿Usted cree, señora?

Venus, riendose: ¡Cuanto respeto!

Berto, timido, ruborizandose: Pues claro...

Venus: Y no te atreves a llamarme Maria, como las gentes del pueblo que lo hacen con deleite inconsciente porque asi me convierten en una mujer como las demas.

Berto: Pero usted no es una mujer como las demas.

Venus: Ni te atreves a llamarme Venus.

Berto: Porque no me tome usted por loco, como al señor Canario, que es el único que la llama asi.

Venus: ¿No te gusta mi nombre?

Berto: Es un nombre muy bello.

Venus: ¿Pues entonces?

Berto: No sé.

Venus: Y no te atreves a tutearme.

Berto, cada vez más confuso, ruborizandose de nuevo: No me atrevo, no.

Venus: Eres muy timido.

Berto: Los hombres somos siempre mucho mas timidos que las mujeres. ¿No lo sabia usted?

-Engallandose-

Pero a las chicas del pueblo las trato de tú.

- Venus: ¿Porqué hacer una excepcion conmigo?
- Berto: Porque usted no es como las chicas del pueblo.
- Venus: Para el enamorado la mujer amada es siempre una mujer unica y aparte lo sabrás cuando te eches novia. puede
- Berto: ¿Es que despues de haberla visto a usted se tener novia?
- Venus, riendo: Pues claro. ¡No faltaba más!
- Berto: Se equivoca usted. Antes, no diré que no hiciese como todo el mundo. ¿Pero ahora? Ahora me seria imposible.
- Venus: Porque ignoras que Venus es la mujer de todo el mundo. Y la mujer de nadie.
- Berto: No comprendo.
- Venus: Ya me lo figuro. Pero no te apures: Llegará dia, cuando ames de veras, que comprenderás.
- Berto: ¿Es que usted cree que hoy por hoy no puedo enamorarme?
- Venus: Claro que no. Eres un niño y el amor una cosa muy seria, casi dramática. Puede que estés enamorado, pero no de una mujer sino del amor.
- Con una transición-
- Y mira, de hoy en adelante vas a tutearme. El "usted" es en tu boca tan ceremonioso, tan frio!
- Berto, muy azorado: ¡Oh, no! No me atreveré nunca. ¿Qué diria la Aurelia? ¿Qué dirian las gentes del pueblo!
- Venus: Que digan lo que quieran. De manera que trato hecho. Anda, atrévete.
- Berto: ¡Si es que no puedo! Si me parece usted una mujer que casi es más que mujer, que infunde casi tanto respeto cómo las santas de los altares.
- Venus: Muy bien, muy bien, pequeño Adonis. ¿Y qué tratamiento le das a la Virgen?
- Berto, con gran extrañeza: No sé. Aquí, aunque no somos hereges, vamos poco a la iglesia.
- Venus: ¿Pero sabes rezar?
- Berto: Eso, si.
- Venus: Como yo. Me enseñó Aurelia. Me enseñó a rezar y a hacer encaje de bolillos. "Dios te salve, Maria..."
- Berto, fervorosamente, mirándola arrobado: "...llena eres de gracia, bendita Tú eres entre todas las mujeres..."
- Venus: ¿Lo estás viendo, tontaina? Tuteas a la Virgen. No se te ocurre la insensatez de decir: "Dios la salve a usted", a pesar de todo tu respeto.
- Berto, pasmado: Pues tiene usted razón, cómo el señor Canario, el loco, que es el único que razona en el pueblo.
- Venus: A la Virgen, a la madre y a la mujer querida se las trata amorosamente de tú. A ellas y a mi, porque tambien me quieres un poco.
- Berto, timidamente: ¿Usted no se enfada de que la quiera?
- Venus, riendo: Claro que no.
- Berto, arrebatadamente, apasionadamente, pero, como siempre, muy niño: Pues no es que la quiera a usted un poco: es que la quiero mucho, como no sabia que se puede querer.
- Venus, sonriendo con tierna ironia de mujer corrida: ¿Y no te parece que queriéndonos tan locamente es una solemne majaderia tratarme de "usted"? Anda, vamos a ver, dí: tú.
- Berto, con las mejillas arreboladas y la voz cobarde: Tú...
- Venus: Tú...
- Berto: Tú...
- Venus: ¡Magnífico! Esta noche, en premio, vas a bailar conmigo en la plaza.
- Berto: No sé bailar.
- Venus: Ni yo. Pero no importa. Bailaremos maravillosamente bien, mejor que nadie.

Berto: Como dos peonzas.
 Venus: Como las sirenas en su palacio de madrèporas y corales del fondo del mar.
 Berto: Como las estrellas en el cielo de las noches de agosto.
 -De pronto-

Y diga usted...

Venus: Tú.
 Berto: ¿Cómo?
 Venus: Tú.
 Berto: Ah, si!

-Con no pequeño esfuerzo-

¿ Porque me llamas Adonis y no Berto, como los demás?

Venus: Porque tampoco tú, aunque creas lo contrario, eres como los demás.

Berto, con celos de hombre: ¿ No será que tuviste un novio que se llamaba así?

Venus, que ignora los celos y su tormento: Yo no tengo pasado, pequeño Adonis, amor en flor, beso de amanecer. Y si lo tengo, ¡es tan lejano, tan borroso!

-Una ráfaga de viento marino trae en sus alas las notas graves, quejumbrosas de la sardana. Venus, de pie, señalando con la mano extendida un punto en el pueblo invisible.

¿ Oyes esa musica de flautas, suave y graciosa? ¿ Ves la anilla humana de los que danzan en la plaza blanca ante el mar azul? ¿ Ves los gorros encarnados de los hombres? ¿ Y esa danza que vosotros llamais sardana, esa danza tan grave, tan solemne, tan elegante, que es como si las figuras de un friso de marmol cobrasen vida? Pues todo eso me recuerda mi pasado remoto, mi primera vida.

-Berto se ha puesto en pie junto a Venus, que le pone el brazo en el hombro. Ambos miran el pueblo de hoy, la danza de hoy, que se confunden con el pueblo y la danza de ayer. Una pausa. La melodia se hace suave, voluptuosa. Un aura de amor estremece el pinar. La flauta de la cobla es la flauta de Pan bicorné. Venus, con una suave presión del brazo, hace que Berto se vuelva completamente a ella, le echa el otro brazo al cuello se inclina hacia él y le besa largamente en la boca, Berto desfallece. Venus y el adolescente, con las bocas unidas, caen arrodillados sobre el cesped epitalàmico.
 Un ruiseñor rompe a cantar.
 Todo es azul de crepúsculo

Y así
 termina
 el primer
 acto

ACTO SEGUNDO
+++++

Cuadro I

El jardin en casa del alcalde. Claveles, rosales, una palmera. Un muro al fondo oculto por los jazmines y las madreselvas. Unas sillas al pie del muro alineadas cara al público. Media tarde de un dia de Junio.

Al levantarse el telón no hay nadie en ~~el~~ el jardin. A poco se oye, en el interior la voz del tendero monterilla.

La voz de Fuenmayor, muy meliflua: Pase usted, pase usted, señor cura.

-Y entran Fuenmayor, que se ha vestido su traje de cuando repican gordo, y El señor cura, un viejecito muy simpático y no muy listo, un alma de Dios, que es como la gente denomina a los cortos de alcances.

El señor cura: ¿Como? ¿Pero todavia no estan aqui?

Fuenmayor: Usted es el primero

El señor cura: ¿Y el señor ese tan sabio, ha ~~venido~~ llegado?

Fuenmayor: Pues claro. Y se ve a la lengua que es muy entendido en todo cuanto atañe a la mitologia.

El señor cura: ¿De veras?

Fuenmayor: ¡Y tan de veras! ¿Sabe usted lo que ha hecho en la fonda?

El señor cura: ¿Como quiere usted que lo sepa?

Fuenmayor: Pues despues de arroz, del que ha repetido, ha pedido una ensalada de pétalos de rosa

El señor cura, extrañadisimo: ¡Que barbaridad! ¿Para que queria las rosas en ensalada?

Fuenmayor: Para comerselas. Ha dicho, doctoralmente, que los antiguos griegos las comian. Y él, como helenista, se ve en deber de imitarles.

El señor cura: La dichosa ensalada le habrá, sentido como un tiro.

Fuenmayor: No lo crea usted. Se ha quedado fresco como una lechuga.

El señor cura: ¡Que rarezas tienen los sabios! ¿Y donde está ese portento, esa ~~lun~~ lumbrera? Ardo en deseos de conocerle.

Fuenmayor: En casa de Aurelia, entrevistando a Venus.

El señor cura: ¿Se trata, a pesar de esa mania de comerse las rosas, de un autentico sabio, de un hombre importante?

Fuenmayor, que, claro está, es un badulaque: ¡Importantísimo!

El señor cura: ¿Usted, señor alcalde, le ha visto? ¿Habló con él?

Fuenmayor: Comimos juntos en la fonda. Estaban tambien el médico, Domingo, y don Pedro Martir.

El señor cura: ¿Tiene aspecto, fachada, presencia imponente y docta?

Fuenmayor: ¡Cah! No, señor. Se le puede confundir con un viajante de comercio. Es pequeñito, gordo, insignificante. Al verle, como de un tiempo a esta parte, desde ~~que~~ la llegada de Venus, mi imaginación se ha desarrollado mucho, pensaba: "Parece un chorizo de la Rioja con ga-

fas y sombrero hongo".

El señor cura, asombrado: ¿Es que anda vestido de rojo?

Fuenmayor, tan sombrero como el cura: ¿De rojo? ¡Que barbaridad! ¿Porque lo dice usted?

El señor cura: Como lo comparo usted con un chorizo de la Rioja. Aunque, claro, siendo usted tendero...

Fuenmayor: Con un chorizo vestido de luto.

El señor cura: Menos mal. Porque de los intelectuales, que son el mismo demonio, se pueden esperar las mayores locuras y extravagancias.

Fuenmayor: Puede que los helenistas sean una excepción de la regla. Y ese, el que hoy tenemos de huesped, el que se ha dignado venir para averiguar la autenticidad o supercheria de Venus, es un señor muy formal y sensato.

-El cura se sienta, lia un pitillo, fuma. Fuenmayor, con mucho misterio, le dice:

Me alegro infinito que **haya** sido usted el primero en llegar. Precisamente tenia el propósito de ir por su casa.

El señor cura: Supongo que no **querá** usted confesarse.

Fuenmayor: ¡No, por Dios! Los tenderos y los alcaldes no se confiesan.

El señor cura: Hacen mal. Debieran dar ejemplo.

Fuenmayor: No podemos. Nos falta tiempo. El mostrador y la alcaldia nos acaparan.

El señor cura: Eso es otra cosa.

Fuenmayor: Quería hablarle a usted de Venus.

El señor cura: Hable usted, señor alcalde.

Fuenmayor: Pero le ruego el mas absoluto secreto. Se reirian de mi, sabe usted? Y es peligroso que la gente se ría de los tenderos y los alcaldes, puntales de la sociedad.

El señor cura: Diga usted.

Fuenmayor: Tengo el propósito de casarme con Venus.

El señor cura, pegando un salto en la silla: ¡Hombre, señor **alcalde**!

Fuenmayor: Ya sé lo que usted va a decirme, que es lo mismo que me digo yo: que ya no soy joven, que no soy lo que se dice un guapo mozo, un conquistador. Pero soy rico, comprende usted, señor cura? muy rico, más de lo que la gente se figura, y eso siempre es una compensación. Soy el amo del pueblo. Y una mujer como Venus debe ser para el amo.

El señor cura, perplejo: No sé. No entiendo en cosas de amor y mujeres. ¿Pero porque quiere casarse precisamente con esa y no con otra?

Fuenmayor: Porque las otras no me interesan, no son mujeres para un amo. Y porque detras del mostrador estaria como una reina en un trono. ¡Que magnifico reclamo para mi tienda poder sentar a Venus entre las balanzas y la caja automática!

El señor cura, perplejo: Si, claro, si es por eso...

Fuenmayor: Y porque me gusta.

El señor cura: Pero tal vez a ella no le guste usted.

Fuenmayor, con desden: ¿Y eso que tiene que ver? Los amos no gustan a nadie, pero todo el mundo los aguanta.

El señor cura: Si, pero la Iglesia no da amos a las mujeres sino esposos.

Fuenmayor: Eso es lo que usted se figura cada vez que unce una pareja al yugo matrimonial. Pero usted es un infeliz, señor cura; un bendito de Dios que no ve más allá de sus narices.

El señor cura: Gracias por su galanteria, señor alcalde.

Fuenmayor: No vaya usted a enfadarse conmigo.

El señor cura: No, hombre.

Fuenmayor: Yo soy tambien, en el fondo, un infeliz. Como usted.

-Con una transición-

¿Qué le parece mi proyecto? ¿Qué me aconseja usted?

El señor cura, cada vez más apurado: Pues, la verdad, no se qué aconsejarle, ^{cap. 10 (32)} 30
señor Fuenmayor...

Fuenmayor: ¿Es que sabe usted algo malo acerca de ella y teme decírmelo? ¿Es que su honor...?

El señor cura: A mi no me preocupan tales triquiñuelas. Allá ustedes, los que, a pesar de la pata de gallo y los alifafes, quieren casar con mujer joven y bonita.

-Cambiando de tono-

No. No tengo nada que decir de la que aquí en el pueblo llaman Venus. Es muy buena cristiana, oye misa con mucha devoción, comulga y confiesa regularmente...

Fuenmayor, más tendero y más alcalde que nunca: ¿Lo está usted viendo? Es la esposa que me conviene, la mujer ideal.

El señor cura: ...pero no sé qué decirle... No me la imagino casada. Hay en ella un algo raro y misterioso que no acierto a explicarme, y no consigo imaginarla casada y detrás de un mostrador. Olvide usted por un momento sus aficiones de futuro marido y reaccione únicamente como alcalde. ¿Es usted un alcalde de veras?

Fuenmayor: ¡Y tan de veras! Alcalde con los unos y con los otros, con los liberales y los conservadores. Yo no suelto la vara ni a tres torones

El señor cura: Muy bien. Soltera, Venus pertenece al pueblo y es al pueblo entero a quien beneficia: a los pescadores, a los campesinos, a todos. Venus le ha dado nombre y fama a la playa; los forasteros afluyen que es un gusto; se han inaugurado tres tabernas y dos hoteles; se construyen unos chalets que son una verdadera monada; la gente rica, que ha venido atraída por Venus, frecuenta la iglesia a la que antes solo iban los pobres y da dinero para restaurar imágenes y altares. Venus, señor alcalde, es una auténtica y poderosa fuente de riqueza para el pueblo.

Fuenmayor: Si, señor. Y de ello me congratulo.

El señor cura: Pues fíjese usted bien: si se casa con usted dejará de ser Venus para convertirse en la mujer del tendero y perder todo su fantástico prestigio, que es lo que atrae a los forasteros. Y entonces, adios colonia veraniega, hoteles, chalets, dinero para mis pobrecitos santos. Si usted, Fuenmayor, se sale con la suya y logra casarse con Venus, habrá hecho traición a su vara de alcalde. No le digo más.

Fuenmayor, apabullado: No, no: no diga me diga más. ¡Me ha chafado usted!

-Viendo a Domingo el periodista-

¡Por Dios, señor cura! De lo hablado ni una palabra.

El señor cura: No tema usted: ni una palabra.

Domingo: Buenas tardes, señores.

-Se sienta, jadeante-

¿Que? ¿Se sabe algo?

Fuenmayor: Todavía no. Supongo que no tardarán.

Domingo, intentando tranquilizarse vanamente: ¿Y si ese sabio declara que no se trata de Venus?

Fuenmayor, ceñudo, de mal talante: Pues no le haremos caso. No quiero, ya que lo he sido de su prosperidad, ser causante de la ruina del pueblo.

Domingo: Aunque, claro, si ese sabio lo es de veras, si no es un impostor, tendrá que rendirse a la evidencia y proclamar a la faz del mundo que tenemos en casa a la diosa Venus.

El señor cura, que le mira lleno de pasmo al periodista: Pero hombre, Domingo, no diga usted majaderías. ¿Es que no es usted católico?

Domingo: ¡Vaya si lo soy! Católico y somatenista.

El señor cura: Pues siendo católico y no ignorando que solo hay un Dios verdadero ¿cómo cree usted posible la existencia de otros dioses? ¿cómo acepta usted a esa Venus que, según los libros, fue una señora muy lógera de cascos?

Domingo, que no quiere dar su brazo a torcer: Pero es que el Olimpo es anterior

al Cielo y Venus anterior a Jesucristo.

El señor cura, enfadado: ¡Paparruchas! ¡Paparruchas muy peligrosas e indignas de un buen catolico y de una persona decente!

Fuenmayor, con socarroneria de tendero: No olvide usted, señor cura, que gracias a Venus puede usted restaurar los altares y las imágenes del templo.

-El cura se calla amoscado y confundido-

Domingo: Tiene razón el señor alcalde.

El señor cura: Tiene razón el señor alcalde, en efecto, aunque yo, callando, no protestando de tamañas heregias, me condeno irremisiblemente. Pero la casa de Dios es tan pobre y mis santos, despues de sus años de servicio, se hallan en tan lamentable estado!

Domingo: No se apure usted, señor cura. Los designios de la Providencia son inextricables. Y no le quepa duda: es el cielo quien nos manda a Venus. Yo he compuesto un poema en su honor cuyas primicias voy a ofrecerles.

-Saca unas cuartillas y blandiéndolas amenaza-doramente declama:

Oh! Venus Astartea, diosa de los amores, surgida de las ondas bajo un rayo de sol, mi senda de poeta se ha cubierto de flores...

Fuenmayor: Mire usted, Domingo, me los leerà otro dia. Hoy, con la zozobra, no me entero. Estoy con el alma en un hilo.

Domingo, mustio: Como usted quiera.

-Entra don Valentin, el médico. Hombre malhumorado, tosco. Domingo, al verle, saca de nuevo las cuartillas.

Se lo voy a leer al doctor.

Don Valentin, escamado: ¿A mi? ¿De qué se trata?

Domingo: De unos versos compuestos en honor de Venus.

Don Valentin: ¡Ah, no! ¡A mi, no! ¡Vaya mania peligrosa!

Domingo, turulato: ¿Mania peligrosa?

Don Valentin: Me refiero a la de usted, atracando alevosamente a todo el mundo, al primero que llega, aunque se trate de un analfabeto, para leerle sus versos.

-Mirandole muy serio-

Usted no es un hombre normal. Domingo.

Domingo: ¿Como que no?

Don Valentin: Como que no. Usted es un enfermo: un enfermo que padece de incontinencia poética.

Domingo, enfurruñado: Usted se lo pierde.

Don Valentin, con gran indignación: ¡Vaya con el poeta! ¡Poetas a mi! ¡A mi! ¡Como le pille a usted enfermo me voy a vengar ferozmente!

Domingo: Pero, hombre, doctor, no se ponga usted así... y tenga un poco de benevolencia con su amigo Domingo.

Don Valentin: ¿Domingo? ¡Lunes y gracias!
-Mirandole-

Un lunes de invierno y con lluvia.

Domingo, que intenta tomarlo a broma: Creo que exagera usted.

Don Valentin: ¡Yo que voy a exagerar! ¿Es que no se ha mirado usted nunca al espejo para darse cuenta de lo lunes que es usted? Anda usted hecho un Adan. Acerquese que le arregle la corbata, calamidad.

-Le coge de un zarpazo y le arregla la corbata a tirones-

¡Hay que ver lo desastrado que es usted!

Domingo: Gracias don Valentin. No, si en el fondo sé que me aprecia usted..
-Con una sonrisita torpe, de infeliz-

¿Que? ¿Le leo los versos?

Don Valentin, de nuevo furioso, abriendo un pequeño estuche y blandiendo un bisturi:

¿Que? ¿Le opero a usted el higado?

Domingo, dando un paso atrás despavorido: ¡Hombre, no! ¡Que bárbaro!

-Don Valentin se sienta riéndose como se reiria un ogro-

El señor cura: ¡Calma, calma, señores!

Fuenmayor, sentandose al lado del medico: Diga usted don Valentin: ¿usted cree que se trata efectivamente de Venus?

Don Valentin: Yo creo que se trata de una real moza, la mujer más guapa que vieron mis ojos.

Fuenmayor: ¿Pero es Venus?

Don Valentin, otra vez amoscado: Pero, hombre, Fuenmayor, no sea usted memo. Un médico, o sea un hombre que tiene ciertas nociones de biología, no puede creer en la resurrección de la carne. Ni en la ~~xxx~~ existencia de los dioses, con perdón del señor cura.

El cura: No, si a mi la existencia de los dioses me tiene sin cuidado. La que me interesa es la existencia de Dios.

-Llegan El helenista, que es un ~~hombre~~ tipo como lo ha descrito Fuenmayor, y don Pedro Martir. Todos van, ~~xxx~~ anhelantes, o deferentes, a su encuentro-

El helenista: Buenas tardes, señores.

Fuenmayor: ¡Al fin!

Domingo: ¿Que? Que? ¿Que?

El helenista, por Domingo: ¿El señor es tartamudo?

Domingo: No, no señor. ¿Tartamudo yo? ¡Ni soñarlo! Es la emocion, ~~xxx~~ ~~xxxx~~ sabe usted?

Fuenmayor: ¿El resultado de la entrevista?

El helenista, que no se rie nunca porque está convencido de que la risa no cuadra con la sabiduria: Sentemonos, señores.

El cura: Setémonos.

-Se sientan. En lo alto del muro, para acentuar lo grotesco del guignol, asoma ~~ix~~ El señor Canario que, muy serio, atiende a la conferencia-

Fuenmyor, al helenista: ¡Hable usted, por Dios!

El helenista: Calma. Serenidad, maxima virtud de los antiguos helenos

Fuenmayor: ¿La vio usted?

Domingo: ¿Habló usted con ella?

-Entra sofocado, jadeante, Don Dimas-

Don Dimas: ¿Puedo felicitarles? ¿Podemos felicitarnos?

Fuenmayor: Lo vamos a saber dentro de un instante.

-Al Helenista-

El señor es don Dimas Fajardo, muy interesado en lo de Venus.

El helenista: ¿Acaso es tambien helenista?

Fuenmayor: No, señor: es jefe de estación.

-El helenista le mira extrañado a Don Dimas pensando, sin duda: "¿Qué tendrá Venus que ver con el tráfico ferroviario?". El monterilla, le dice a Don dimas refiriéndose al Helenista.

Es el sabio de quien le hablamos a usted, el que tiene la exclusiva de todo lo griego.

Don Dimas: Mucho gusto...

-El helenista, olímpico, corresponde con una leve y desdeñosa inclinación de cabeza-

El helenista: Fui a la casa y a pesar de que se trata de pobre gente inculta

que desconoce los valores intelectuales me recibieron ~~xxxxxxx~~ bastante bien. Vi a Venus.

-Un suspiro de satisfacción en los oyentes-
Hablé con ella.

-Nuevo suspiro de satisfaccion-
Es, como ustedes me ~~ix~~ aseguraron una mujer muy guapa, físicamente casi perfecta.

-Sonrisas de triunfo, de orgullo-
Aunque su belleza se aparta no poco de los cánones de la belleza clásica.

-Los rostros de los oyentes se mustian-
Lo que si puedo asegurar es que no es española.

Don Dimas: Ya lo sabíamos.

Fuenmayor: Es un dato.

El helenista: Si, señor: es un dato que no tiene importancia.

Fuenmayor: ¿Como que no?

El helenista: Pues claro. Puede ser italiana, austriaca, francesa.

Domingo: O griega.

Fuenmayor, al helenista, por Domingo: Aquí el amigo es casi un cofrade de usted: poeta.

El helenista: ¡Ah! Yo también lo soy... a ratos perdidos.

-A Domingo-

Si, señor: también puede ser griega. Pero da la casualidad de que no habla el griego antiguo, el de Platon, ni el latín de Lucrecio. Pudo haberlo olvidado. ¡Olvidamos tantas cosas!

Don Dimas:

El helenista: Los hombres, si, pero no los dioses. Los dioses no olvidan nunca nada.

El cura: ¿Cómo lo sabe usted?

Fuenmayor: Los sabios tan sabios como el señor lo, saben todo.

El helenista: Me dijo que había nacido en Chipre

Don Dimas: Como Venus.

El helenista: Pero no pudo probarlo.

Fuenmayor: Pues claro. Venus no tiene cédula ni pasaporte.

El helenista: La hablé de Hefestos, de Hermes, de Zeus, de Juno. Prestó gran atención.

Domingo: ¿Lo ve usted?

Don Dimas: Reconocía a la familia.

El helenista: No, señor. Me escuchó como los niños escuchan los cuentos de hadas.

Fuenmayor: ¿En conclusión?

El helenista: No puedo certificar, como ustedes quisieran, la autenticidad de Venus. Perdería mi crédito de helenista número I. Se trata de una simple criatura mortal, de una vulgarísima mujer de carne y hueso.

Fuenmayor: ¿Está usted seguro?

El helenista, ofendido: Nadie puede estarlo como yo.

Los cofrades, exceptuando el médico:

¡Que calamidad!

¡Que atroz desengaño!

¡Es la ruina del pueblo!

¡La ruina de la estación!

¡Adios, chalets, playa de moda, alegría, dinero para las tabernas y para el templo!

Fuenmayor, funebre: A propósito de dinero, tenga usted señor sabio: sus honorarios. -Le entrega un sobre que el helenista se guarda-

No me quedan más que dos soluciones: soltar la vara de alcalde o pegarme un tiro.

Don Dimas: Y a mi colgarme de la campana

Domingo, al helenista: ¡Menuda faena nos ha hecho usted!

El helenista: ¡La que me pidieron:decirles la verdad.

Fuenmayor, de pronto, llevándose aparte al sabio mientras los cofrades siguen con grandes gestos de desolación: ¡Y no podría usted engañarnos?

El helenista: ~~No comprendo~~ ¡Engañarles?

Fuenmayor: O engañar a los demás

El helenista: La ciencia no engaña

Fuenmayor: ¡Bah! Tonterías De engañar viven el sabio y el ignorante. ¡La verdad? Camandulas

El helenista: ¡Porqué me llamaron, pues, ustedes, sino para decirles la verdad?

Fuenmayor: Porque esperábamos que su verdad de usted coincidiría con la nuestra

Domingo, en el fondo, a D.P. Martir: ¡Y que hago yo ahora con mis versos?

Don Pedro Martir: Dedíquelos a la Virgen y mándelos a los juegos florales.

Don Valentin: O léanoslos a todos los del pueblo para castigarnos de haber creído en Venus

Fuenmayor: ¡Y callar, podría usted? ¡Callar no es difícil!

El helenista: Para un intelectual, si.

Fuenmayor: ¡Cállese usted, por favor! ¡Cállese o nos arruina! ¡Pida lo que quiera pero cállese!

-Y el sabio se calla, perplejo. Y el monterilla advirtiéndolo, le coge del brazo y se reúne al grupo-

¡Albricias, señores! El gran sabio, gloria de la intelectualidad de la patria, se ha compadecido de ~~xxxxxxx~~ nuestra situación lamentable, casi trágica, y está dispuesto a salvarnos, a sacarnos del atolladero!

El helenista: Pero si es que yo....

Todos: ¡Hurra!

¡Viva!

¡Vivan los hombres flamencos!

¡Gracias en nombre del trafico ferroviario!

¡Que el Señor le bendiga!

Fuenmayor: Habrá que demostrar nuestro agradecimiento con algo más que con gritos.

Todos: ¡Con lo que sea! ¡Con lo que sea!

Fuenmayor, con voz y gesto tribunicio: Como soy hombre práctico, hombre que va a lo suyo, y como además soy vuestro alcalde y sé que obras son amores y no buenas razones, creo que para honrar a ese faro de la sabiduría debemos regalarle una casa por suscripción nacional.

Todos: ¡Se la regalaremos! ¡Se la regalaremos! ¡Viva Venus! ¡Viva el alcalde del pueblo!

-Mucho barullo. Gran algazara. Se abrazan, le abrazan al Helenista.

El señor Canario: ¡ Mentecatos! ¡ Sandios!

El helenista, lleno de pasmo: ¿ Quien es ese hombre?

El señor Canario: ¿ Y tu? ¿ Quien eres tu?

El helenista: Un sabio.

El señor Canario: Un tonto. Yo soy un loco.

Fuenmayor: Vamos, señor Canario, un poco de formalidad.

El señor Canario: Los locos no tenemos formalidad. La formalidad se queda para vosotros los tenderos, los alcaldes, los granujas, los mercachifles que comerciáis con todo y arrambáis con todo y a todo le ponéis etiquetas. ¡Gorriones! ¡Fantoches siniestros y ridiculos que estais matando la vida! Porque la vida, tenedlo entendido, no es la formalidad, ni el hacer leyes, ni el hacer dinero. La vida es la inconsecuencia, la generosidad, la imprevisión, lo absurdo, la locura. Convertís la luz en tinieblas, la alegría en algarabía torpe, el amor

en matrimonio ¡ Queriais convertir a doña Venus en una mujer cual quiere! ¡ Cretinos! ¡ Mamarrachos que vivis de la mentira!

El helenista, azorado: Vine en nombre de la verdad, para descubrir la verdad.

El señor Canario, cada vez más furioso, más Quijote: ¡ Tu que vas a descubrir, fantasmón! Tu verdad es la mas burda y fea de las mentiras.

Sois un rebaño de animales dañinos y desagradables a los que hay que exterminar. Sois una recua infecta de señores formales.

¡ Muera la formalidad! ¡ Viva la locura!

-Desaparece El señor Canario-

El helenista, apabullado: ¡ Que tio! Es un revolucionario, un iconoclasta.

Domingo: Al pobre no le funciona bien la cabeza.

Don Dimas: No le haga usted caso. Es un infeliz!

El helenista: Puede que sea, en efecto, un infeliz, pero nos ha insultado. Ha insultado a la autoridad y al intelecto, dos cosas sumamente respetables, flor de la civilizacion.

Don Valentin: El incidente no tiene importancia.

El helenista: Puede que no la tenga, puede que se trate de un infeliz. A mi no me gusta el trato con infelices, sino con sabios. En el Ateneo y en la Universidad le prohibirian la entrada.

-Con una transicion-

En fin, señores, no quisiera perder el tren...

Fuenmayor: Le acompañamos a la estación. Pero lo dicho, dicho.

-Comparece una chica con un gran ramo de rosas que ofrece al Helenista. Fuenmayor grita apartando a la chica:

¡ No, por Dios! ¡ Rosas, no!

Cuadro II

En el blanco zaguán de la casa de Aurelia. Es por la mañana. Aurelia y Venus, sentadas en una sillita y con la almohadilla apoyada en otra silla, hacen encaje de bolillos.

Aurelia: ¿Estuvo muy pesado, Maria?

Venus: Muy pesado, si... Como le he contado a usted ya, me parece haber vivido una primera vida.

Aurelia: Si, hija. Pero eso son quimeras, fantasias. Nadie vive más de una vida.

Venus: ¡Quien sabe!

-Una brevisima pausa, una leve transicion-

Pues bien: en mi primera vida los sabios no eran tan feos ni engorrosos como los de hoy.

Aurelia: Todo degenera.

Venus: Me quiso convencer de que yo no era yo, cosa que, claro está, me llenó de pasmo.

Aurelia, sonriendo bonachonamente: ¿Y tu quien eres?

Venus: Pues no sé.

Aurelia: ¿Lo estas viendo? Nadie sabe quien es, nadie se conoce a si mismo.

Venus: Pero es que el sabio tampoco lo sabia.

Aurelia: Tiene razon el señor Canario: los sabios son unos tontos. Eres Maria y sanseacabó.

Venus: Como usted quiera.

Aurelia: ¿No te importa?

Venus: No, porque el nombre que quiere usted darme no me transformará en otra mujer. Maria o Venus, todo es uno y lo mismo.

-Una pausa. Las dos mujeres trabajan silenciosamente-

Aurelia: Venus o Maria, eres un personaje importante y no te dejarán tranquila. Me dijo el alcalde...

Venus: ¿Mercurio?

Aurelia: ¿Porqué le has puesto ese remoquete?

Venus: No es un remoquete: es el nombre de un dios protector de los comerciantes y los ladrones.

Aurelia, riendo: Pues entonces le sienta que ni pintado al alcalde, que es más ladrón que Caco. ¿Como se te ocurrió aplicárselo?

Venus: Porque se le parece a Mercurio

-Xx Recordando las palabras de Jupiter-

Ya me lo advirtieron.

Aurelia, contemplandola un instante con supersticioso pasmo: Bueno, pues ese: el alcalde, me dijo que habian llamado a otros sabios del extranjero.

Venus: ¿Para que?

Aurelia: Para que nos digan quien eres.

Venus: ¿Si no lo sé yo, como van a saberlo ellos?

Aurelia: Los sabios lo saben todo.

Venus: ¡Que pena!

Aurelia: ¿Porque?

Venus: Porque lo que se sabe carece de atractivo. Solo interesa lo desconocido, lo que se ignora

Aurelia: Cuando lleguen esos ~~extranjeros~~ extranjeros habrá que encerrarle al señor Canario, no vaya a repetir el escándalo del otro dia.

Venus: El señor Canario cree en mi.

Aurelia: Tal vez por que está loco.

Venus: Tal vez. Pero los tontos no pueden creer. Ni en mi ni en nadie.

Aurelia: En Dios, que es muy misericordioso.

Venus: Los tontos no tienen Dios.

Aurelia: ¿Y tu?

Venus: Tengo el que usted ha querido darme.

Aurelia, con recelo: ¿Pero le amas y le respetas?

Venus: Porque le ama y le respeta usted.

Aurelia: A pesar de tus rarezas, eres una ~~exista~~ buena chica, Maria; una chica excelente.

-Venus, agradecida, sonrie-

Y todos debemos congratularnos de tu presencia. Desde tu llegada, reinan en el pueblo, la simpatía, el amor; desaparecieron los odios, se esfumaron como el humo las rencillas; se han despertado en todos sentimientos de cordialidad, de benevolencia, de respeto; todo el mundo se quiere... Los solteros se enamoran; los casados, que habían olvidado ha tiempo el amor, o que lo creían una palabra vana, invención de los poetas, sienten que renace en su corazón como un rosal viejecito que da sus últimas rosas. Los pobres seres humanos se aman de nuevo y han aprendido cuanta ternura, cuanta bondad puede haber en una sonrisa.

Venus, sonriendo misteriosamente pero quitándole importancia al hecho: Será porque ya son buenos de sí.

Aurelia: Seguramente: quien tuvo, retuvo... ¿Te has fijado en que entre los que vivimos a la vera del mar no abundan los seres de instinto torpe y atrevesado, como ocurre entre los montañeses? Será que ese gran aire y esa gran claridad ahuyentan todas las tinieblas del alma del hombre. Si es lo que yo digo: con un aire tan puro, con una luz tan limpia aquí no puede haber gente mala.

-Con una ~~transicion~~-

Porque Alacran no cuenta.

Venus: No cuenta porque no es malo.

Aurelia: ¿Como que no?

Venus: Como que no: es desgraciado. No le mire ~~ese~~ usted con rencor, no le ~~nize~~ trate con despego y con asco. Trátele con cariño, apiádense usted, déle usted un día un beso...

Aurelia, escandalizada: ¿A ese bicharraco?

Venus: A ese bicharraco, sí... y se fundirá su maldad como el sol, que también sabe besar, funde la nieve.

Aurelia, después de transcurrido un instante: ¿Lo estas viendo como si es cierto que obras milagros? Ya no le odio a tu protegido Alacran; ya me inspira compasión.

Venus: No es que obre yo milagros: es que es usted muy buena.

Aurelia: Como todos los de por acá.

Venus, pensativa: Puede que tenga usted razón. Aquí no habrá gente mala, como usted asegura, pero hay, en cambio, mucha gente enferma. ¿Porque habrá tantos enfermos en las orillas del mar?

Aurelia: Pues te diré: porque este aire es muy recio y come mucho, sabes? Y los hombres, los pobres, comen muy poco.

Venus: ¿Es que no tienen apetito?

Aurelia: Es que no tienen dinero. El oficio cada día está peor. A veces no comen porque pescaron poco, y otras porque la pesca es tan abundante que hay que tirarla.

Venus: No me lo explíco. ¡Que extrafalaríos son los hombres!

Aurelia: En tu tierra no son así?

Venus: No. En mi tierra no eran así. En mi tierra no había enfermos, no existía la enfermedad.

Aurelia, exéptica: ¡Vamos, Maria, no digas tontadas! ¿Es que la gente no se moría?

Venus: Sí.

Aurelia: ¿Pues entonces?

Venus:

Venus: Pero no de enfermedad: morian guerreando. La enfermedad es fea, repugnante. Es cruel, es inhumano ver sufrir a una pobre criatura y sentirse impotente ante la fuerza atroz de su sufrimiento.

Aurelia: Dios lo ha querido asi.

Venus: No lo creo. No puedo, no quiero creerlo.

Aurelia: ¡Hija! ¿Porque?

Venus: Porque usted me ha dicho que Dios es bueno.

Aurelia: Y lo es, tenlo por seguro.

-Con fé ingenua de pobre mujer-

Nos carga de miserias y penelidades para que nos hagamos dignos del Paraiso

Venus: ¿Qué es el Paraiso?

Aurelia: El cielo, la morada de Dios.

Venus: Comprendido: el Olimpo. ¿Entonces, tienen ustedes entrada en el Olimpo?

Aurelia: En el cielo, los que fueron buenos cristianos en la tierra.

Venus: En mi pais lo que usted llama cielo está reservado a los dioses y los mortales no tienen acceso a él.

Aurelia: Porque, por lo visto, no sois tan demócratas como nosotros. La religion catolica es muy democrática.

Venus, pensativa: ¿Que raro que ustedes, criaturas de barro mortal, tengan tambien otra vida!

Aurelia, muy convencida: ¡Una vida eterna!

Venus: ¿Que raro!

Aurelia, picada: Todo lo que quieras, pero es la verdad.

Venus, conciliadora: Si no ^{lo} dudo, Pero los humanos ~~son~~ dignos de vida eterna.

la vida eterna? ¡Y para que querran los humanos la vida eterna?

Aurelia: Mira, hija, será mejor dejarlo porque no sé qué decirte y se me pone la cabeza como una grillera. Tus preguntas son tan dificiles de contestar como las de los niños, que la dejan a una llena de pasmo.

Venus: No haga usted caso. Hablar por hablar.

-Las dos mujeres trabajan silenciosamente. En la calle, bajo el cielo de estio, brota el lento y quejumbroso pregón de un vendedor ambulante-

Un vendedor ambulante, invisible: ¡Botijos! ¡Para conservar el agua fresquita como la nieve!... ¡Botijos!

Venus: ¿Y a la enfermedad sigue la muerte?

Aurelia: Algunas veces. No siempre.

Venus: La muerte, por más limpia y franca, me parece preferible a la enfermedad.

Aurelia: ¡Hija, Maria, no digas barbaridades!

Venus: ¿Se asusta usted? ¡Claro! Ustedes han hecho de la muerte una cosa fea y horrenda, una cosa odiosa. Antaño yo la veia en la figura de un adolescente desnudo y coronado de anémonas que apagaba una antorcha -la vida humana- con el pie. Para ustedes, en cambio, es una calavera, unos trapos negros muy feos, un coche negro, unos cantos que dan frio, unas gentes llorosas y vestidas de negro. ¿Por qué, para llorar, se visten ustedes de negro?

Aurelia: Por respeto al difunto.

Venus: No comprendo.

Aurelia: La muerte de un ser querido es una cosa muy seria, una cosa muy triste que nos llena los ojos de lágrimas. ¿No?

Venus: No sé qué son las lágrimas. No sabria llorar.

Aurelia: ¿Que no sabes llorar?

-La contempla absorta, pasmada-

A veces, hija, me das miedo.

cap-18(41)

39

Venus: ¿Yo?

Aurelia: Tú, si: por las cosas raras que dices. ¡No saber llorar! Todo el mundo sabe.

¡Desgraciadamente!

-Suspira-

-En la calle, ante la puerta de la casa se detiene El señor Canario, que lleva en la mano, apretándolo sobre el pecho-llamada de oro en el mísero atuendo- un gran ramo de retama.

El señor Canario: Buenos días, doña Venus.

Venus, sonriendo: Buenos días, mi caballero andante.

El señor Canario: Tu Caballero de la Triste Figura.

-A Aurelia-

¿Entro?

-Y, sin aguardar respuesta, entra, diciendo:

Entro.

Aurelia: ¿Por qué pides permiso si ya estás dentro?

El señor Canario: No pedia permiso. No lo pido nunca. ¿Para qué? Piden los pordioseros, pero no nosotros. Sencillamente: preguntaba.

-Se sienta. Le tiende el ramo a Venus-

Para ti.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Coge el ramo y lo deja en su regazo. El señor Canario la contempla absorto, muy serio-

¿Que me mira usted?

El señor Canario: Tienes el regazo lleno de sol. Resplandeces como la luz. ¿Te gustan las flores?

Venus: Sí me gustan.

-Hundiendo el rostro en el mazo dorado-

La retama huele a tarde de estío.

El señor Canario: No te faltarán flores, doña Venus. Te traeré espliego, que huele a mujer limpia y bonita; romero, que tiene unas florecillas azules en cada una de las cuales se prende una abeja de oro. Y te traeré albahaca, que huele a noche de San Juan.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Se abstrae, silenciosa, apenada, en su labor. Música leda de los bolillos en el silencio. Más lejano, el pregón.

El señor Canario, que la observa atentamente: ¿Qué te pasa, doña Venus? ¿Te han hecho alguna barrabasada los cuerdos del pueblo? ¿Te han ofendido?

Venus: No, señor Canario.

El señor Canario: ¿Voy en busca de Alacran?

Venus: ¿Para que?

Aurelia: ¡Ese nos faltaba!

El señor Canario: Juró defenderte. Dice que al que te falte al respeto, lo mata!

Aurelia: ¡Jesus, que horror!

Venus: No, señor Canario: nadie me ha molestado, nadie me ha ofendido.

El señor Canario: ¿Entonces porque estás triste?

Aurelia: Bobadas. Hablabamos de la muerte.

El señor Canario, severamente: No se debe hablar nunca de la muerte. La muerte no

existe.

Venus, como resucitando al conjuro del loco: ¿Verdad que no?

Aurelia: ¿Como que no?

El señor Canario, a Aurelia, con desden: Pues claro que no. Pero tu, Aurelia, eres demasiado sensata y no te has enterado.

-A Venus-

No: la muerte no existe y somos nosotros los mortales quienes la matamos. Solo existe el olvido, y ese si que es muerte verdadera y definitiva! Pero cuando no se olvida no se muere. La vida eterna somos nosotros los locos y no los dioses quienes la damos o la negamos. La vida eterna es el recuerdo que los que amamos un dia encendieron en nuestro corazón. Para que te des cuenta: tu, doña Venus, vivirás eternamente porque ~~perdurarás~~ en nuestro recuerdo... Hace ya tiempo te hablé de un amigo mio de papel, un caballero muy cabal y afortunadamente, muy loco.

Venus Si, si lo recuerdo. Me dijo usted que me lo presentaria.

El señor Canario, sacando un libro del bolsillo y dandoselo a Venus: Aqui lo tienes. Se llama Alonso Quijano el bueno y es hijo de otro loco llamado Miguel. Pues bien: don Alonso, o don Quijote, como quieras, vive, comprendes? vive mucho más real y efectivamente que los fantoches que has conocido aqui en el pueblo: el cura, el alcalde, el jefe de estación, el sargento de la Guardia Civil. Esos andan, comen, eructan sobre todo lo ~~hermoso~~ noble y lo bello, pero están muertos: porque son demasiado cuerdos y los cuerdos no saben amar. A esos nadie les recordará, nadie les dará vida eterna gracias al milagro del recuerdo. No, de la vida eterna no gozarán los cuerdos sino los locos.

Aurelia: ¿Cuanto desatino, señor!

Venus: No son desatinos.

Aurelia, escandalizada: ¿Como que no? ¿Pero, Maria, por Dios!

El señor Canario, melancolicamente: El mundo está perdido porque las gentes son demasiado sensatas.

-Poniendose en pie-

¡Muera la muerte!

Venus, muy alegre: ¡ Si, señor Canario, si! ¡ Muera la muerte!

Alacrán, asomando por el fondo: Berto está muy ~~mal~~ enfermo y la llama a usted, señora.

=====

Cuadro III

Una blanca estancia. Una ancha ventana abierta al mar.

Una camita junto a la ventana, y en ella, enfermo, muy enfermo, Berto: la faz chupada; afilada la nariz; los ojos, que tienen una mirada febril, hundidos en las cuencas; pálidas, huesudas, las manos.

-Venus -que se halla, como todos los días, a la cabecera de la cama- había hecho de Berto un hombre. La enfermedad, a zarpazos brutales, lo ha devuelto a su condición de ~~niño~~ niño. También Venus, en su contacto con el amor y el dolor humanos, es más mujer y su vida olímpica se ha transformado en ese puñadito de arcilla que es la vida de las humanas criaturas sujetas al mal físico, al metafísico y al moral. Ya mediada la tarde, una tarde de Julio, y la claridad deslumbrante del cielo y del mar danle a la blanca estancia irreales tonalidades de agua marina.

Venus, mostrándole una brazada de retama que dejó encima del lecho: Te he traído flores.

Berto: Antes te las traía yo a ti. No quería ser menos que el señor Canario.

Venus, riendo: ¿Tenías celos?

Berto, con ingenuo orgullo: ¡Yo! De nadie!

-Por las flores, con supersticioso temor-
Quitálas de ahí. Las flores en la cama de un enfermo son de mal agüero.
-Venus coge las flores y sale con ellas. Un momento para dar tiempo a que ~~Venus~~ Venus regresase.

Venus: Hoy tienes mejor aspecto.

Berto: Gracias por tu buena intención.

Venus: ¿Como?

Berto: O por tu mentira.

Venus: ¿Por qué voy a mentirte?

Berto: Porque a los enfermos se les miente siempre. Cuando gozan de buena salud las gentes se mienten unas a otras con gran desfachatez o con una absoluta tontería. Y todos aceptan, o fingen aceptar la moneda falsa de la mentira como si fuera oro de ley. Los enfermos no nos tragamos la mentira así como así.

Venus: No te miento.

Berto: Pero te engañas, y el engaño, torpe o piadoso, es siempre inútil. A pesar de mi aspecto tan rozagante...

Venus: Yo no he dicho tan rozagante. Pero estás mucho mejor que ayer. ¿Quieres mirarte al espejo?

Berto, con miedo: ¡No, no! No...

Venus: Te has propuesto hacerme rabiar; hundirme de nuevo en la inquietud, en la angustia.

Berto: No, mujer. Me he propuesto, simplemente, abrirte los ojos a la realidad.

-Tristemente-

Me he propuesto decirte que no te hagas muchas ilusiones. El desengaño sería peor.

Venus: Te veo muy resignado.

Berto: ¿Que remedio me queda? No se puede luchar contra lo inevitable.

Venus: Pero lo inevitable es perderme.

Berto, lívido, con un estremecimiento de horror: Lo se. Pero no debes decirmelo.

-Una pausa breve, densa, preñada de malos presagios-

Venus: ¿Ha venido el medico?

Berto: Como todos los dias.

Venus: ¿Qué ha dicho?

Berto: Lo de todos los dias: nada. Puede que no confie salvarme.

Venus: ¿Sabe qué es lo que tienes?

Berto: Si. Tísico, cómo tantos otros, cómo casi todos. Los pescadores no podemos elegir: o ahogados en alta mar o tuberculosos.

Venus: ¿Los médicos no se equivocan nunca?

Berto: Algunas veces, cuando confían en salvar al enfermo.

Venus: La Esfinge no se equivoca nunca. Y el médico no es la Esfinge.

Berto: (Una mirada de extrañeza)

Venus: Pero esta vez se equivocará si cree no poder salvarte. ¡Lo quiero!

Berto: También lo quiero yo. Pero ni tú ni yo podemos nada contra la muerte.

Venus, con la angustia infinita del que se dispone a luchar contra un fantasma: La muerte no existe, Berto.

Berto, sorprendido: Me has llamado Berto por primera vez, y no Adonis, como antes.

¿Porque?

Venus, extrañada, no explicándose el cambio de nombre: Pues no sé. Tal vez porque es Berto y no Adonis, el hombre real y no el mito, quien está en peligro, y quiero salvarle para salvarme yo.

Berto: ¿Por qué dices que la muerte no existe?

Venus: Porque quiero que no exista.

Berto: Querer o no querer...

Venus: Y porque lo dice el señor Canario.

Berto: Pero el señor Canario esta loco.

Venus: ¿Y la muerte no será una locura?

Berto: Una locura siniestra que llega y nos agarra cuando la vida nos ofrecía su sonrisa mas placentera. Mi sonrisa, Maria, la que me tocó en suerte, eres tú.

Venus: Te he llamado Berto y no Adonis. Me has llamado Maria y no Venus. ¿Porque? ¿Lo sabes?

Berto: Porque en la hora de la muerte no se sabe, no se puede mentir.

Venus: Ni en la de la vida, cuando la vida es verdadera y no ficción. Tiene razon el loco: la muerte no existe. Yo no la vi nunca.

Berto: La verás en mi rostro: en mis ojos, que ya no podran mirarte nunca más; en mi boca, que ya nunca más podrá besarte. Pero mis ojos se llevarán, como un espejo embrujado, la imagen de tu rostro, que ya no será para nadie lo que fué para mi. Y tu boca ya no podrá besar a nadie como me besó a mi.

Venus: Lo sé. Y quiero que asi sea.

Berto: ¿Te acuerdas de las tardes en el pinar? ¡Fué maravilloso!

Venus, sonriendo tenuemente: Si, pequeño: fué maravilloso.

Berto: ¡Qué de mejor podia darme la vida que el don magnifico de tu cuerpo que me convertia, a mi, tan pobre! en el más grande, en el más rico de los hombres! No, no quisiera morir porque no quisiera perderte.

Venus: No temas: no morirás. No me perderás. No se matan asi como asi la mirada y el beso. Olvida tu presente triste. El presente tampoco existe, sabes? Se vive por el pasado y por el futuro, por el ayer y por el mañana.

Berto: Mi presente eres tu.

Venus: Y yo vivo por el pasado y para el futuro. Mañana, no te quepa duda, volverán a amanecer el beso y la mirada, la sonrisa y el cántico de resurrección.

Berto: Por los que han vivido una vida triste y tediosa morir no tiene importancia. Pero para mi, para mi, Venus, Maria, amor, que he besado tu boca, que he pasado de niño a hombre besando tu boca, que triste, que amargo es morir! Yo quisiera vivir para ti, para acurrucarme a tus pies y mirarte arrobado, para tocar con mis pobrecitas manos tu carne cálida que parece de seda y huele a triguillo maduro, para dormirme en tu regazo al arrullo de tu voz y soñar contigo.

-Conteniendo un sollozo-

Y me dormiré para siempre, sin ti y sin poder soñar contigo. Y mi boca, que tu boca besó, la besará la tierra.

Venus: ¡No! La tierra no da besos: da flores para los que se besan.

Berto: Ya no volveremos al pinar que ocultó nuestro amor a los ojos rapaces de los que no saben amar. Ya no aparecerá en la playa la barca de tu pequeño Adonis que te traía en sus velas la última estrella de la noche y el primer rayo de sol de la mañana. Ya no subiré al monte a coger la retama de oro que despues te prendias en el pecho. Ya no descenderé al fondo del mar, palacio de las sirenas que velan el sueño eterno de los naufragos, en busca del arbolillo rojo que te prometí. Pero no temas: no moriré del todo y te hablarán de mi la retama, los pinos, los luceros cuando se funden con el alba, el sol recién nacido y las olas del mar.

Venus, con una gran ternura: ¡Que sarta de disparates y mentiras! ¿No sería mejor que te callaras?

Berto: Déjame hablar. ¡Le temo tanto al silencio! ¿No sabes que pronto me callaré para siempre? ¿No sabes que ha de llegar el momento en que me llamarás y yo no ~~te~~ estaré?

Venus, que intenta vanamente ocultar su angustia: ¿Que atroces desatinos estas diciendo? ¿O quieres asustarme? Pues es inutil, sabes? Yo no me asusto asi como asi. Soy una mujer de temple, de mucho mas temple que tu. ¡Habrase visto!

Berto, sumiso, con una pàlida sonrisa: Bueno, bueno. Me callaré, no temas.

-Ya no hay sol y el cielo que se vislumbra por la gran ventana al pasado del azul cobalto al rosa, un rosa que lentamente se difumina en malva. Una pausa-

Venus: ¿Que hacen los hombres cuando un ser amado va a morir?

Berto, mirándola extrañado: ¿No lo sabes? Lloran

Venus: ¡Ah, si!

Berto: Y le piden a Dios que salve la pobre vida que naufraga.

Venus, arrodillándose junto a la cama: ¿Y Dios les oye?

Berto: Dios está lejos, demasiado lejos.

Venus: Mis dioses compartieron la vida ~~de~~ las humanas criaturas.

Berto: El nuestro tambien, pero lo crucificamos. Y agoniza eternamente en la cruz.

Venus: Yo pediré tu vida a los míos. Y no me la negaran. Morir es incomprendible.

Berto: Es espantoso. Sobre todo cuando se ama, cuando uno despierta a la vida del amor. Antes de llegar tú, tenia poco apego a la vida. Vivir era habitar una casa muy pobre, comer muy parcamente, trabajar como los hombres sin haberme reido como los niños, entregar cada sábado un puñadito de monedas a la madre vieja y triste. ¡Era entonces cuando debí morir y no ahora!

Venus: Y tu madre? ~~Has pensado en ~~te~~ ~~xxxxx~~ ella?~~

¿Que habria sido de

Berto: Viviamos tan pobremente! Podia darle tan pocas alegrías!... 44
Madre hubiera ido en mi busca. Estoy seguro. Las mujeres saben quedarse sin el hombre. Las madres no saben vivir sin el hijo.

-Despues de un breve silencio-

¡Que difícil resulta morir despues de saber que la vida es algo más que el trabajo duro en el mar y la casa mísera en tierra!

-En la calle cantan los niños y chillan en el aire los vengejos-

Porque cuando se es pobre, sabes?, cuando se padece hambre y se tiene una casa fea, y se anda mal vestido, y a nuestro paso sólo hallamos la indiferencia o la brutalidad, morir es cosa facil. Pero tú me habias enriquecido y habias hecho mi vida bella como un cuento de hadas, alegre como una canción muy alegre. ¡Que tesoro me diste, Venus, Maria, Amor!

Venus: ¡Y tú crees que, poseedor de semejante tesoro, puede uno morir?

Berto: Cuentan que el amor es ciego...

Venus: No lo creas. El amor tiene cien ojos, como Argos.

Berto: No lo creo. Pero creo que debe ser ciega la muerte que, en vez de llamar a las puertas del corazón de un viejo, llama a las del corazón de un mozo que se lanza, ébrio de ímpetu, al encuentro de la vida.

Venus: Cuando el ímpetu es verdadero, se vence a la muerte. Y tú eres un muchacho valeroso.

Berto, tristemente: Temo que estés en un error. Lo fui: ya no lo soy.

Venus: Pues hay que reaccionar y volver a serlo.

Berto: Hay que poder.

Venus: Podrás. Se puede cuando se quiere.

Berto: A veces, no.

Venus: Siempre. ¿Has pensado en cómo sufriría yo viéndote morir? ¿Has pensado en tu madre, esa ancianita tan buena, tan noble, tan santa, que sospecha lo que hay entre tú y yo y lo perdona? Tú eres su luz y su cántico, su razón de vivir, su báculo florido.

Berto: Sufriría mucho, lo sé. Pero no tienes idea de lo espantosamente que debe sufrirse viendo morir a la madre.

-Una pausa-

¡Que sola se quedaria sin mi!

Venus: No.

Berto: ¿Que no?

Venus: Vendría yo a verla todos los días. Me tendría a mí, le quedaria yo, que le hablaria de ti siempre, siempre. Y en mí seguirias viviendo para ella. ¿Lo estás viendo, tontaina, querido, como la muerte no existe?

-Y rompe a reír y los ojos se le cuajan de lágrimas que dan más luz a su mirada.

Berto la contempla extrañado, extasiado-

Berto: ¿Qué te pasa? ¿Qué hay en tu mirada que hace de ti otra mujer, que te hace más mujer? Ven. Acércate.

-Venus acerca su rostro al de Berto, que exclama con apasionada ternura, con apasionado asombro-

¡Pero si estás llorando!

Venus: ¡Y yo que no sabia llorar! Mis primeras lágrimas de mujer han sido para ti.

Berto, muy atribulado: Anda, no llores. ¡No llores!

-Tose desgarradamente. Se lleva un pañuelo a la boca. Lo mira, despues de toser, y lleno de pánico, lo esconde debajo la almohada para que ella no lo vea. Des-

Cap-19 (17)

pues, febrilmente, añade:

Me siento mejor, sabes?... Me siento mejor... Tenias razon: la muerte no existe... Volveremos al pinar, volverás a esperar en la playa el regreso de la barca de tu pequeño enamorado... Pronto abandonaré el lecho, pronto saldré a la calle. Las gentes diran al verme: "Berto ha resucitado. Parece cosa de milagro. Con lo enfermo que estaba". Y no sabrán que el milagro lo has hecho tú con tu amor, no, sabran que no he querido morirme porque tú vivias...

-La estancia se sume en la penumbra azulada del crepusculo-

Volveremos a nuestra vida de ayer, resucitaremos nuestra buena vida de ayer... ¡La muerte no existe!... Y por la fiesta mayor... ¡Tu no sabes lo que es la fiesta mayor?

Venus: No, Berto.

Berto: Es un gran cantar de campanas lanzadas al vuelo, todas las calles del pueblo engalanadas, función en el teatro, el castillo de fuegos artificiales en la playa con sus bengalas multicolores, el baile en el entoldado...
¿No sabes lo que es un entoldado?

Venus: No lo sé, no.

Berto: Es un palacio que brota a la orilla del mar como ~~xxx~~ por arte de birlibirloque... Un palacio lleno de cortinas de colores gayos, lleno de luces, de músicas... ¿En tu tierra no los hay, verdad?

Venus: No. Pero ¿puesto que los hay aquí...

Berto: Pues claro! Bailarás conmigo en el entoldado para que todo el mundo rabie de envidia... Y al dia siguiente, para darle el adios a la fiesta mayor, se celebra al anocheecer una procesión de barcas en el mar. Las barcas se adornan con flores y papeles de colorines, sabes? se visten de fiesta. Y las gentes que las tripulan, vestidas con sus ropas mas elegantes, blanden cirios encendidos que ponen, al reflejarse en ellas, estrias doradas en las olas azules coronadas de espuma... Las mujeres con sus mantillas de blonda, los pescadores con su camisa blanca y su barretina encarnada.. Y en una barca van los músicos, que tocan sin cesar. Y en otra, bajo palio, con su manto de pedreria, la santa, la patrona del pueblo. Nosotros iremos tambien: yo remando; tu de pie a proa, como una Virgen, mi Virgen del amor hermoso. Venus y Adonis -se acabaron Berto y Maria- y en el cielo de la noche de Agosto las estrellas, pasmadas de tantas luces en el mar, echaran a volar persiguiéndose una a otras...

-Ha caido la noche. Ya no se ve a Berto ni a Venus y solo se oye la voz febril del moribundo, que corta, de pronto, un golpe de tos. Por la ventana se divisa un cielo cuajado de ~~xxxxxxx~~ ~~xxxx~~ luceros.

En la oscuridad el enfermo tose desgarradamente mientras descende el telon y termina el

segundo

acto

=====

A C T O T E R C E R O

+++++

Cuadro primero

El jardin en casa del alcalde. Fuenmayor está poniendo las sillas en fila, al pie del muro, como en el primer cuadro del segundo acto.

El Helenista le contempla distraidamente. Una vez terminado su trabajo, Fuenmayor, con cara de pascuas, se acerca al Helenista.

Fuenmayor: Me da pena ver tan cariacontecido.

El helenista, grave como un funeral: No querrá usted que me ponga a bailar.

Fuenmayor: No, señor. No me parecería nada bien en un helenista como usted. Tengo la vaga sospecha de que los helenistas no saben bailar.

El helenista: Acierta usted.

Fuenmayor: Además, los del pueblo le tomarían a usted por un cofrade del señor Canario.

El helenista: ¿ Quien es el señor Canario? ¿ Otro helenista?

Fuenmayor: No: es un loco.

El helenista: ¿ El del otro dia?

Fuenmayor: Si, señor.

El helenista: ¿ Supongo lo habran encerrado ustedes?

Fuenmayor: No pudimos dar con él. Pero no tema usted: es inofensivo. El sargento de la Guardia Civil anda en su busca y a estas horas estará batiendo el monte.

El helenista: ¿ Pues no acaba usted de decirme que se trata de un ser inofensivo?

Fuenmayor: Si, señor: de un ser completamente inofensivo que a usted le es muy antipático

-Con una transición-

Además, como aquí no hay robos ni asesinatos, la caza del loco es una diversión

El helenista: Diversión excelente. Me tranquilizo. Tengo fe en la Guardia Civil

Fuenmayor: También yo. ¿ Qué sería de nosotros, pobres alcaldes, sin la Guardia Civil?

El helenista, malhumorado: No me interesan los alcaldes. No son helenicos.

Fuenmayor: Ya sé: a usted le interesan, y le preocupan, esos sabios extranjeros que han venido a dictaminar acerca de Venus. Pero no tema: podrá usted con ellos, los convencerá. Me lo dice el corazón. Donde esté un sabio español, que son los mas largos, los mas pillines, que se quiten todos los sabios del mundo. ¡ Hay que ser patriota, señor helenista!

-En tono campanudo y mitinesco-

Va usted hoy a librar una batalla por España. Y tiene usted la obligación de vencer. No lo olvide. Por lo demás, no le preocupen a usted sus colegas extranjeros. Si usted no logra convencerles les convenceré yo. Ya sabe usted que tengo buena mano.

-El helenista, de epidermis muy dura, no se sonroja-

Es mucho más difícil ganar unas elecciones. ¡Y yo las gano siempre!

-Con una transición-

Diga usted: ¿esos sabios extranjeros tienen, como usted, la manía de comerse las rosas?

El helenista: Lo ignoro.

Fuenmayor: Mandaré poner un gran ramo en la mesa por si les apetece.

-Transición-

¿Que? ¿Nos vamos a tomar una copita de jerez?

-Lo coge familiarmente del brazo y se lo lleva

A poco, en lo alto del muro aparecen El señor

Canario y El poeta-

El señor Canario: Es aquí.

El poeta: ¿No se puede entrar por la puerta?

El señor Canario: No.

El poeta, que no se extraña de nada de lo que dice el loco: ¿Por qué?

El señor Canario: Porque por la puerta pasa todo el mundo.

El poeta, riendo: Tiene usted razón que le sobra: no podemos pasar por donde pasa todo el mundo.

El señor Canario: Sobre todo, yo. El alcalde, que no tiene la suerte de estar loco, me prohibiría la entrada.

El poeta: ¡Eso, jamás! Le necesito a usted.

-Saltan el muro. Se sientan. El poeta es francés, muy simpático, viste correctamente -ni uniforme de poeta ni cabellos largos- y tendrá unos xxxxx treinta años.

El señor Canario, mirándole muy atentamente al poeta: ¿Me has dicho que eres poeta?

El poeta: Sí.

El señor Canario: ¿Y francés?

El poeta: Sí.

El señor Canario: ¿Los poetas son también sabios?

El poeta: Los hombres más sabios del mundo.

El señor Canario: ¿Y locos? ¿Son también un poquitin locos?

El poeta: Los más locos del mundo.

El señor Canario, muy contento: ¡Magnífico!

El poeta: Por lo visto, siente usted gran simpatía por los poetas.

El señor Canario: Pues claro.

El poeta: ¿Puede saberse por qué?

El señor Canario: Por afinidad. Dime: ¿tus paisanos los franceses son todos poetas?

El poeta, tristemente: ¡Oh, no! Son, por el contrario, muy sensatos.

El señor Canario: Como aquí.

El poeta: Como en todas partes.

El señor Canario: El mundo está perdido. O sea: lleno de alcaldes y sargentos de la Guardia Civil. Porque supongo que en Francia también tendréis alcaldes y sargentos de la Guardia Civil.

El poeta, tristemente: También.

El señor Canario: ¡Que calamidad!

-Reaccionando valerosamente-

Demos de lado a los alcaldes y a los sargentos.

El poeta: Como usted quiera. Usted manda.

El señor Canario: ¿Has visto a Venus?

El poeta: Si.

El señor Canario: ¿Le has hablado?

El poeta: Si.

El señor Canario, con gran ansiedad: ¿Es Ella?

El poeta, con gran entusiasmo: ¡Es Ella!

El señor Canario, casi emocionado: Dios te bendiga, poeta.

El poeta: Y a ti, loco.

El señor Canario: Los otros, los cuerdos, los que le llaman al pan, pan, y vino al vino, los enemigos del ensueño y la fantasía, dicen que hay que estar loco para suponer que una mujer de carne mortal pueda ser Venus.

-Con santa indignación.

¿Pero sabéis ellos, imbéciles, si se trata de una mujer de carne mortal?

El poeta: No les haga usted caso.

El señor Canario: Otros, como el granuja del alcalde, que es un tipo de caletre corto y uña larga, la explotan, comercian con ella y la convierten, para forrarse de billetes, en atracción de forasteros. ¡Venus, ente de ficción, flor de leyenda! ¡Canallas! No saben que la ficción es más fuerte y auténtica que la realidad. No saben que la leyenda es más verídica que la historia.

El poeta: No se acalore usted: no vale la pena. *Venemos en Venus.*

El señor Canario: Solo tú y yo, dos locos, ¿es muy hermosa, verdad?

El poeta: Muy hermosa. Diríase que tiene resplandor.

El señor Canario, convencidísimo: ¡Pues claro que lo tiene! ¿Y cuando habla? ¿Te has fijado en cuando habla? Diríase que canta.

El poeta: Si, amigo loco: diríase que canta.

El señor Canario: Y cuando anda parece que está danzando.

El poeta: Danza de friso antiguo, de escultura de Tanagra o de Delos.

El señor Canario: Y todo cuanto dice, lo más humilde, lo más vulgar se embellece al pasar por sus labios.

-De pronto, apesadumbrado-

Pero de un tiempo a esta parte me dá mucha lástima.

El poeta: ¿Por qué? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

El señor Canario: Si, pero no tiene importancia: ha visto a la muerte de cerca. Lo ~~que~~ verdaderamente ~~tiene~~ importante, y engorroso, es que los sabios no la dejan en paz.

El poeta: No tema usted: lucharemos por ella y por su verdad, que no es la verdad de todo el mundo; la defenderemos contra los sabios.

El señor Canario: Eso, si: la defenderemos. ¿Quieres que llame a Alacrán?

El poeta: ¿Quién es Alacrán?

El señor Canario: Uno muy bruto que acabará con los sabios en un santiamén.

El poeta: No, no lo llame usted. La colaboración de la brutalidad suele ser siempre peligrosa y pagarse cara.

El señor Canario: Como quieras.

-Entran Fuenmayor, El Helenista, El sabio alemán -alto, grueso, cuadrado, cara de dogo- y El sabio inglés, magro, frío, desdeñoso-

Fuenmayor, al ver al señor Canario: ¿Cómo es eso? ¿Qué haces tú aquí?

El señor Canario: Lo que tú: estorbar.

Fuenmayor: ¡Largo de ahí!

El poeta: Déjele usted, señor alcalde. Vino conmigo y es muy simpático, muy interesante. No molestará, se lo prometo.

-Al señor Canario-

Siéntese usted, señor Canario y no haga usted caso de nada de lo

que digamos.

-El señor Canario se sienta en una silla que aparta de las demás y le guiña el ojo, sonriendo, al poeta.

Fuenmayor: En fin...

-A los sabios-

Yo les dejo a ustedes. No quiero que mi presencia les cohiba. Hasta pronto, señores

-Los sabios se miran hoscamente, hostilmente, y se presentan

El sabio alemán: Friedrich Hartmann, de la Universidad de Gotinga.

El sabio inglés: Harry Smiles, de la Universidad de Oxford.

El poeta: Marcel Tillon, parisiense que no pertenece a la Universidad.

El sabio alemán, indignado: ¿Cómo? ¿No es usted universitario?

El poeta, sonriendo: No, señor: soy poeta.

El sabio alemán, cada vez más indignado: / Pero es inconcebible que al gobierno francés se le haya ocurrido mandarnos un poeta en vez de un helenista!

El poeta: Los helenistas franceses se habian declarado en huelga

El helenista, horrorizado: ¿En huelga? ¿Los helenistas?

El sabio alemán: / Que falta de seriedad!

El sabio inglés: / Que falta de responsabilidad científica! En Inglaterra, que es un país serio, solo se permite la huelga a los descargadores del muelle. Y eso unicamente cuando los laboristas estan en el poder.

El helenista: Me permito observar a usted que los descargadores ingleses, por no ser helénicos, no nos interesan.

El sabio alemán: Tiene razón el colega español. Sentémonos.

-Se sientan, muy graves y ceremoniosos-

El poeta: ¿ Han visto ustedes a Venus?

El señor Canario: / Eso! / Eso es lo que interesa y no los descargadores del muelle!

-El helenista le lanza una mirada fulminante.

El poeta se levanta y le dice al oido:

El poeta: / Cállese usted o nos hechan!

El señor Canario: Me callo.

El sabio inglés: Hemos visto a esa muchacha que se hace llamar Venus.

El helenista, tembloroso: ¿Usted cree que se trata de una supercheria?

El sabio inglés: Y usted tambien, si no es usted un camentecato.

El helenista, corrido: Hombre, yo...yo creo que no lo soy.

El sabio inglés: Suponer factible la existencia de Venus, hoy, me parece una solemne majaderia.

El sabio alemán: Los métodos científicos no permiten dar crédito a lo que rebasa las leyes biológicas. Por lo tanto los sabios debemos negar la actual existencia de Venus. No se trata, pues, de la diosa, ya que ello es inconcebible, sino de una mitómana y su estudio pertenece a los psicoanalistas pero no a nosotros.

El poeta: ¿ Goethe no resucitó a Helena de Troya?

El sabio alemán: Si, señor, pero Goethe era alemán.

El helenista, timidamente: Sin embargo, la intervención de lo fantástico en lo real...

El sabio alemán, tajante: La ciencia no admite tales intervenciones.

El sabio inglés: Por lo que a mi hace, sólo puedo aceptar a Venus si se halla bien guardada en el Museo Británico.

El sabio alemán: Y yo si se halla en la Pinacoteca de Munich.

El poeta: No olviden ustedes El Louvre, señores.

El sabio inglés, con desden: / El Louvre!

El sabio alemán, más ogro que nunca: / Bah! / El Louvre!

El poeta: No olviden ustedes que Venus no pertenece ni a los museos ni a las bibliotecas

El sabio alemán, dando un respingo: ¿Cómo que no?

El sabio inglés, con desprecio: ¡Infeliz!

El poeta: Ni pertenece a los sabios.

El sabio inglés: ¡Oh!

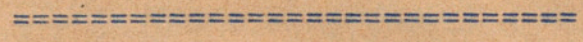
El sabio alemán: ¡Ah!

El helenista: ¡Dios nos coja confesados!

El poeta: Venus se reiría de los sabios y huiría de museos y bibliotecas. Venus, señores, pertenece a los poetas y a la vida, a la vida palpitante de cada día, que es la que nosotros convertimos en poema. Venus, aunque ustedes lo duden, renace en cada mujer muy bella para poner una aura de amor y una ráfaga de luz deslumbrante en nuestro mundo tan sórdido y odioso que solo se salva por los que aman y los que cantan y no por los que, como ustedes, destruyen; por los que creen, aunque crean en la mentira, y no por los que niegan. La mentira de los poetas es superior a la verdad de los sabios. La mentira de los que creen es superior a la verdad de los que niegan. Venus existe, pues claro que existe. Y está en Madrid y se llama Paloma, y en Berlín y se llama Seppel, y en Londres y se llama Emily, y en París y se llama Nenette. Hoy está aquí en este pueblecito a la orilla del mar, bajo este cielo que obra milagros, y se llama María. Pero ustedes no supieron, no pudieron verla: se lo impidieron las antiparras de la sabiduría. Ustedes sólo pueden, sólo saben ver a Venus en los museos. Venus no es para los sabios, sépanlo ustedes: Venus es para los poetas y los enamorados.

-El sabio alemán y el sabio inglés le contemplan asombrados, turulatos; El helenista murmura: "Pues, sí, señor." Y el señor Canario se levanta y, muy conmovido, le abraza al poeta y le dice:

El señor Canario: / Bendito de Dios! / Bendito! / Eres casi tan loco como yo!



SEGUNDO

Cuadro ~~tercero~~

En casa de Aurelia. Una mañana de Septiembre.

Venus, sentada en una silla, lejos de la puerta de entrada, en el fondo del ~~blanco~~ blanco zaguán, los codos apoyados en las rodillas, el rostro oculto en las manos. De pié ante ella, El señor Canario la contempla, entristecido.

El señor Canario: Ha llegado Septiembre. Pasó la Fiesta Mayor con sus bengalas, sus comilonas, sus bailes y su procesión marina. Anochece pronto y el aire del anochecer huele de nuevo a jazmines y madreselvas. Pronto no habrá ya rosas en los jardines. Pronto se marcharán los de la colonia veraniega, que son tan memos y parecen tan cabales. Pronto nos dejarán tranquilos, doña Venus. Pronto nos dejarán solos.

Venus: Si, señor Canario: pronto nos dejarán solos.

El señor Canario: Tanto mejor. Llegarán las primeras lluvias. Soplará la tramontana y se pondrá bravío y encrespado el mar.

Venus: Y usted tendrá frío, se sentirá transido de frío.

El señor Canario: No lo creas. Nosotros los locos somos seres de excepción y vivimos en un mundo maravilloso que ha privado la entrada al calor y al frío. Además, a la orilla del mar no hace nunca mucho frío. Yo me baño en invierno, desnudo cómo san Juan Bautista, el que no tenía cabeza.

-Venus levanta un momento los ojos y le mira extrañada al loco, que aclara:

Si, verás: Se decapitaron por culpa de una mujer. Por no haber sabido evitarlo es por lo que digo que no tenía cabeza. Los santos son gente rara y fantástica. ¿No estarán también un poco locos?

-Y como Venus no responde, prosigue:

Por lo demás, en mi casa del cementerio se pasa muy bien en invierno.

Venus, estremeciéndose: Cállese, por piedad.

El señor Canario: ¿Te da miedo el cementerio?

Venus: Me da horror.

El señor Canario: Pero vas con frecuencia. Te veo allí todas las mañanas a primera hora. A veces te acompaña la madre de Berto, que parece ya, como su hijo, un fantasma. Pronto se reunirá con él. Le lleváis flores, las últimas flores del verano último, y las esparcís sobre su tumba.

Venus, con un sollozo: ¡Mi pequeño Adonis!

El señor Canario: Sé fuerte, doña Venus. Sé fuerte contra el recuerdo.

Venus: Es lo único que me queda de él: su recuerdo. ¿Y quiere usted que lo eche a la basura del olvido?

El señor Canario, protestando: ¡Oh, no! ¡De ninguna manera!... Lo decía por aliviar tu pena, a pesar de saber que las palabras no alivian la pena...

-Alarmado-

¿Me estaré volviendo cuerdo?

Venus, con un suspiro: ¡Mi pequeño Adonis!

El señor Canario: ¿Tú crees que ha muerto de veras? Pues te engañas. Acuérdate, doña Venus: la muerte no existe. Cuando se ama, el amor es más fuerte que la muerte. Pero eso no lo sabéis ni tú, tan bella y rozagante, ni su madre, tan viejecita y debil. Eso sólo lo sé yo, tan loco, que también le amaba. Le veo y hablo con él todas las noches.

Venus: ¡Señor Canario! ¿Es que quiere usted asustarme?

El señor Canario: ¿Asustarte, por qué? ¿Porque te hablo de un fantasma? ¡Bah! Nuestra vida del corazón está poblada de fantasmas. Y por ellos vivimos, comprendes?, y no por los idiotas y los granujas que nos topamos por ahí. Cuando duermen aquí en el pueblo los sensatos, el loco vela en el cementerio blanco y habla con sus amigos los fantasmas. Pero no creas: la ca-

52
tegoria de fantasma no la adquiere todo el mundo. Los tontos, los muy² cuerdos, se mueren de veras y el olvido acaba con ellos. Tú y yo no le olvidamos a Berto, a tu pequeño Adonis: por lo tanto, tu pequeño Adonis, tu enamorado, sigue viviendo gracias a nosotros y para nosotros

Venus: ¡Si supiera usted como nos destroza esa segunda vida que damos a los seres queridos!

-Tristemente-

Se fueron las risas y los cánticos, el hechizo del mundo se ha desvanecido, vivir ya no es una dicha. Me siento cada día más ~~triste~~ sola y la soledad dá frío. Ya no me quedan sino Aurelia, que me quiere bien pero que no sabe ver en mí, y usted, que no es un enamorado.

El señor Canario: Si, doña Venus: soy también un enamorado. Pero ya no te llamaré Venus: te llamaré, para darle mayor prestigio a mi locura, Dulcinea.

Venus: ¡Pobre señor Canario!

El señor Canario, para sí: A Venus se la logra en todas las mujeres. A Dulcinea, en ninguna.

-En la puerta se detiene Alacrán-

Alacrán: Buenos días.

El señor Canario: Entra, Alacrán.

Alacrán, a Venus: ¿Usted me permite que entre?

Venus: Pues claro.

Alacrán, entrando: Gracias, señora.

-Se queda de pie ante Venus, sin atreverse a mirarla-

El señor Canario, a Venus: Alacrán también lleva flores a la tumba de Berto. ¿Lo sabías?

-Venus levanta la cabeza y le mira con pasmo y con ternura al monstruo-

Alacrán, furioso: ¿Porqué se lo decía usted? ¿Es que quiere usted que le rompa la cabeza?

El señor Canario, muy tranquilo: No podías: los locos no tenemos cabeza.

Venus, a Alacrán: ¿Es cierto, Alacrán? ¿Le llevas flores a Berto?

Alacrán, muy confuso, muy azorado: Pues, si...

Venus: ¿Por qué?

Alacrán: Porque no podía traerselas a usted. Usted no las querria de mí.

Venus: Ni de ti ni de nadie. En mi vida ya nunca mas habrá flores.

Alacrán: Ya comprendo...

Venus: Perdoname, Alacrán.

-Una pequeña pausa-

Alacrán: ¡Maldita sea! ¡Si usted supiera la rabia que me dá verla siempre tan triste! Daria, qué sé yo lo que daria! por verla de nuevo como antes, llena de sonrisas y de luz.

Venus: Perdóname, Alacrán.

-Una pausa. En la calle silba el viento que arremolina las primeras hojas del otoño-

Alacrán, con gran ansiedad, mirando a Venus en los ojos: Por el pueblo se dice que va usted a casarse con el alcalde.

El señor Canario, con enorme pasmo: ¿Es cierto?

Venus, lejana, ausente de sí misma: No sé.

El señor Canario: No, no puede ser cierto. No puedes casarte con ese monigote. Tú, doña Venus, perteneces a los locos.

Alacrán, con un odio feroz: ¡Le mataré al alcalde!

Venus: Te condenarian.

Alacrán: ¿Es que no me han condenado ya?

El señor Canario: Le mataremos los dos. Exijo mi participación en la hazaña. Tengo mis derechos.

Venus: ¡Vamos, señor Canario! ¡No sea usted loco!

El señor Canario: ¿Pues si no soy loco qué voy a ser?

Venus: ¡En vez de apaciguarle al pobre!

El señor Canario: ¿Cómo quieres que un loco le apacigüe a otro loco? No, no: no de bo apaciguarle, sinó darle ánimos.

Venus: ¡Pero, señor Canario!

El señor Canario: Ló dicho: no queremos que el alacde se case contigo.

Alacrán, torvo: No se casará.

El señor Canario: ¡Mueran los alcaldes!

Venus, a Alacrán: ¡Pero no seas bárbaro!

Alacrán, receloso: ¿Le defiende usted?

Venus: Siento lástima de ti. Te llevarán a presidio, como a tu padre.

El señor Canario: Y los sensatos, muy crondos, diran que "de tal palo tal astilla"

Alacrán: No me importa lo que digan. En presidio nō estaré peor que aquí.

Venus: Puede que te maten.

Alacrán: Tanto mejor si es llevándome al otro por delante. / Si supiera usted como pesa la vida!

La voz de Aurelia, desde el interior de la casa: ¡Maria!

Venus: ¡Voy!

-Sale. Una pausa breve.

El señor Canario: Has tenido la gran idea.

Alacrán: ¿Verdad?

El señor Canario: Pues claro. ¿Pero es de veras que ese monterilla pretende casarse con doña Venus?

Alacrán: Así parece.

El señor Canario: Ella nos ha dicho que no lo sabia. Y debemos creerla.

Alacrán: ¿Por qué?

El señor Canario: Porque doña Venus no puede mentirnos ni a ti, que eres la fuerza, ni a mi, que soy la locura.

-Con una tarnsición-

Por lo que veo, te complaces en mi compañía.

Alacrán: Porque es usted el único en el pueblo que no me rechaza.

El señor Canario: ¿Y doña Venus?

Alacrán: Se fué de nuestra vida, se fué con Berto.

El señor Canario: Puede que aciertes.

~~Alacrán~~: Seguro: No te rechazo porque estoy loco. Tú debes estarlo tambien.

Alacrán: No sé. Solo sé que soy feo.

El señor Canario: La locura te vengará de tu fealdad.

Alacrán: No me la recuerde. / Si viera usted que odio les tengo a los espejos! ¿Quien inventaria ese tormento de los espejos? ¿Un hombre muy guapo?

El señor Canario: O un hombre muy necio, vé tú a saber.

-Aparecen Aurelia y Salvador. Al verlos, El señor Canario le coge del brazo a Alacrán y le

Vámonos, Alacrán: llegan los ^{dice} sensatos.

Alacrán: A mi no me dan miedo.

El señor Canario, tirando de Alacrán: A mi, si.

Salvador, riendo: Tienes visitas de postin.

Aurelia: No vienen por mi: vienen por Maria. La pobre es tan buena que le dá pena hecharlos.

-De mal talante:

/Largo de ahí! No queremos locos.

El señor Canario: Calma tus impetus. Nos íbamos ya. Y que Dios te perdone la sensatez.

-Vanse El señor Canario y Alacrán-

Aurelia: Siéntate un momento. Es temprano.

Salvador: No. Tengo trabajo.

Aurelia: Como quieras.

Salvador: Para Maria es una gran suerte, un negocio redondo, el premio gordo de la

loteria.

Aurelia: Pues, claro.

Salvador: ¿Pero le aceptará?

Aurelia: Le aceptará, no temas. Maria no es tonta.

Salvador: No es tonta, pero no te fies mucho.

Aurelia, intrigada: ¿Por qué?

Salvador: Porque no es una mujer como las otras.

Aurelia: ¡Bah! Figuraciones que nos hacemos. Novelerias.

Salvador: No, no: no son figuraciones. No son novelarias. La rodea un aire de misterio, diríase que vive una vida aparte. A poco de estar con nosotros pareció adaptarse, compartir nuestra vida, hacerla suya, convertirse en una mujer como ~~como~~ todas. Pero de un tiempo a esta parte vuelve a sus mutismos inquietantes, se aparta, se aleja de nosotros.

Aurelia: ¡Figuraciones!

Salvador: Temo no engañarme.

Aurelia: Lo que pasa es que las mujeres, todas las mujeres, somos siempre más complicadas que vosotros los hombres. Pero no te apures: la convenceré.

Salvador: Adios, Aurelia.

Aurelia: Adios, Salvador

--Una pequeña pausa. Aurelia llama:

¡Maria!

-Comparece Venus-

Venus: ¿Me llamaba usted?

Aurelia, con aire inquieto y preocupado: Si. Tenemos que hablar.

Venus, mirando a su ~~lado~~ alrededor, como buscando proteccion: ¿Y su hermano? ¿Se ha marchado?

Aurelia: En este preciso instante.

-Una breve pausa. Aurelia, que no sabe como empezar, está visiblemente preocupada.

Venus: ¿Qué le pasa a usted? ¿Está enfadada conmigo?

Aurelia: No, hija.

Venus: ¿Pues, entonces?

Aurelia: Que tengo que hablar contigo y no sé como empezar.

-Venus calla-

Se trata de una cosa muy grave.

Venus: ¿Una cosa muy grave es una cosa mala?

Aurelia: No siempre. Puede tambien a veces ser una cosa muy buena.

Venus: Más vale así.

Aurelia: Siéntate.

-Se sienta-

¿Y a ti? ¿Qué te pasa a ti?

Venus: Nada.

Aurelia: ¿Conque nada, eh? A mi no me la das. No eres la de antes.

Venus: Puede.

Aurelia: ¿Por qué?

Venus: No lo sé.

Aurelia: ¿Como que no lo sabes? / Vamos, hija! No se está triste y mustia sin más ni más. Antes te reias, cantabas, te encandilaba todo cuanto veias: las barcas en el mar y las gaviotas en el aire, las flores en el campo y en un jarro de loza encima de la mesa, el canto de los niños, los luceros, la luna y el sol.

Venus: La vida se oscurece a mi entorno. Los colores tan claros, tan radiantes, del mar, del cielo, de las blancas paredes, de la arena rubia de sol, de los campos verdes se funden en gris opaco de día lluvia. Y los sonos se apagan y las músicas y las voces humanas y el canto de los pájaros se alejan...o tal vez quien se aleja soy yo.

Aurelia: ¿Estás enferma?

Venus: No.

Venus: No.

Aurelia: ¿Pues a qué esa tristeza y esa desgana?

Venus: No sé.

Aurelia: Yo sí lo sé.

-Venus la mira, interrogandola con la mirada-

A ti te conviene casarte.

Venus, muy asombrada: ¿Casarme? ¿Casarme como las otras mujeres?

Aurelia: Pues claro. Como todo el mundo.

Venus: No puedo casarme como todo el mundo.

Aurelia: Vamos, no digas bobadas ni me vengas una vez más con tus misterios. Yo ya soy vieja, Maria, y los años pesan y su peso me dobla. Puedo faltar. Puedo morirme.

Venus: ¿Otra vez la muerte?

Aurelia: Pues, claro: es nuestro destino.

Venus: La muerte es sufrir.

Aurelia, resignadamente: No: la muerte es dormir, descansar para siempre.

Venus: No comprendo.

Aurelia: Porque eres muy joven. Con los años comprenderás. No sabes nada de tu pasado, de tu tierra, de tus padres. Sólo me tienes a mí.

Venus: Por lo tanto, usted no puede morirse.

Aurelia, con ternura: ¡Criatura!... ¿Cuando yo falte, qué va a ser de ti?

Venus: No sé.

Aurelia: ¿Lo estas viendo? Siempre con tu muletilla del "no sé". Y no sabes, no. Ni puedes valerte contra las asechanzas de la vida y los torpes apetitos de los hombres. ¿Quién sabe, Dios no lo permita, lo que harían de ti! ¿Te imaginas lo grande, lo inmensa que sería mi pena al dejarte sola, indefensa? No quieras amargarme los pocos años que me quedan de vida.

Venus: ¡Yo? Que disparate!

Aurelia: Únicamente sabiéndote bien casada, casada con Dios manda, podré morir tranquila.

Venus: Siendo así...

Aurelia: Necesitas casarte, Maria.

Venus, indiferente: Bueno.

Aurelia, muy contenta, creyendo haber hecho un gran bien: ¡Si ya sabía yo que accederías! ¡Una muchacha buena y razonable como tú! ¡Gracias, Maria, hija!

-La besa con transporte-

Te tengo ya el novio, sabes?

Venus: Bueno.

Aurelia: No es muy guapo ni muy joven.

Venus: Me es indiferente.

Aurelia: Se ve a la legua que eres una mujer de buen sentido.

-Venus sonríe levemente. Aurelia prosigue, cada vez con mayor entusiasmo-

No, no es ni muy guapo ni muy joven, pero es rico y formal. Y todo un personaje. Me ha pedido tu mano y le dije que consultaría contigo. Es Fuenmayor, el alcalde.

Venus: ¿El alcalde? No me gusta.

Aurelia: ¡Hija, Maria! Lo importante en un marido no es que guste o no guste: es que convenga.

Venus, con una chispa de ironía: ¿Y usted cree que el alcalde me conviene como marido?

Aurelia: ¡Pues claro!

Venus, lejana, indiferente: Haré lo que usted quiera.

Cuadro tercero

En el pinar, donde los pinos siguen conservando su verde profundo pero en el que que las carrascas y las encinas se visten de fuego.

El señor Canario sentado en el suelo. Alacrán de pié ante él.

El señor Canario: ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Tendrán razón los sabios, a pesar de que no la tienen nunca? ¿Se tratará de una falsa Venus, de una Venus de bazar?

Alacrán, ofendido: ¡Pero, señor Canario! ¿Es que también usted va a dudar de ella? ¿Usted, que se creía tan loco?

El señor Canario: Dudo de ella y de mí. Y dudo incluso de la locura. Me estoy convenciendo de que soy un infeliz, un desdichado que tiene la candidez de creer en la locura de los demás. He creído de muchos: "Esos también estarán locos".

-Con aceda melancolia-

¡Y no lo estaban, no! ¡Cuanta cordura, cuanta sensatez hay en el mundo, Señor! En nombre de la sensatez no ~~se~~ pueden cometerse bellas locuras. En nombre de la sensatez solo se cometen sucias y feas tonterías. Y lo de doña Venus no me negarás que es una tontería. Por eso dudo de ella.

Alacrán: No dude usted. Doña Venus, cómo usted la llama, no es culpable.

El señor Canario, con una chispa de esperanza: ¿Estás seguro de lo que afirmas?

Alacrán: Segurísimo. Usted, como no anda bien de la cabeza, no sabe de la misa la media.

que

-El señor Canario le mira sin comprender-

Usted no sabe de ^{que} villanías, engaños y combinas son capaces los cuerdos.

El señor Canario, airado: ¿Habrán cometido una tropelia con doña Venus?

Alacrán: Una tropelia mayúscula, una infamia que no tiene perdón: la han envenenado con su cordura, sus buenas intenciones, su sentido práctico, bebedizo de los sensatos, sortilegio de los prudentes, embrujamiento de los razonables.

El señor Canario, levantándose de un salto: ¡Vamos a vengarla!

Alacrán: ¡Calma! ¡No se alborote usted, señor Canario! Deje que termine la fiesta.

El señor Canario: ¡Pero, hermano Alacrán, si es que nos han robado nuestra doña Venus, nos la han escamoteado como por arte de magia convirtiéndola en una mujer cualquiera, casada como Dios manda!

Alacrán, torvo: A Alacrán no se le roba así como así. ¿Vió usted la boda?

El señor Canario: No. Huí del pueblo, me escondí, muerto de pena.

Alacrán: Yo, como no me escondo, sí estuve en la boda. Ha sido un día de holgorio en el pueblo, una fiesta de muchas campanillas. El alcalde ha mechado la casa por la ventana. Banquete popular en la Cooperativa, baile en la plaza, y, esta noche, castillo de fuegos artificiales... Y si hubiera visto la iglesia, llena de luces y flores, y con músicos y cantantes como en el teatro. ¡Asquerosos farsantes! La señora iba vestida de blanco, como una fantasma y estaba pálida como las fantasmas. Llevaba una corona de blancas flores y una cola muy larga que arrastraba por los suelos. El granuja del alcalde, muy currutaco, estaba hecho un adefesio con su chaquet, su sombrero de copa y sus guantes de soldado en día de gala. Iba muy serio, rígido como un huso y dándose gran importancia. El cura, que es un bendito, le miraba con pasmo y casi no se atrevía a casarlo. Asistieron, claro está, todos sus amigotes, todas las notabilidades del pueblo, récua de badulaques, de cerdos híbridos de raposa: el juez, que sabe que su mujer le pone los cuernos y lo consiente; el secretario, que con

su amo Fuenmayor ha convertido el Ayuntamiento en el Puerto de Arrebatacapas; el jefe de estacion; el maestro de escuela; ese sabio al que el alcalde, pagando el pueblo, regaló una casa y que, como los asnos, no se ríe nunca; Domingo, ese idiota de colmillo retorcido que se las dá de poeta; Salvador y Aurelia, que actuaban de parientes pobres y que con su tontería y buena intención son los culpables del estropicio.

El señor Canario, desolado: ¡Que calamidad! ¡Que calamidad!

Alacrán: Se fueron luego al hotel ese que han construido en la playa a que les echasen de comer. ¡Comida magnífica y succulenta! ¡Banquete de bodas con pollo, langosta, helados y champaña! Reinó una alegría insolente y estrepitosa. Reían a grandes ~~vóces~~ carcajadas, decían groserías. Yo creo que estaban todos un poco borrachos.

El señor Canario: ¿Borrachos? ¿Doña Venus también?

Alacrán: No. La señora no les hacía caso. Apenas probó bocadillo. Parecía no verles. Parecía estar muy lejos.

El señor Canario, muy contento: Me lo explico perfectamente.

-Melancolicamente-

¡Pero nos ha dejado solos porqué ya tiene marido, porqué ya tiene amo!

Alacrán, con un grito ronco: ¡No!

El señor Canario: Si, Alacrán. ¿Sabes como le llamaba doña Venus al tendero?

Alacrán: ¿Al alcalde?

El señor Canario: Si. Le llamaba Mercurio, que es dios de los comerciantes y los ladrones. Venus se ríe siempre de Mercurio, pero Mercurio acaba siempre por comprar a Venus.

Alacrán: A la nuestra... porqué era nuestra verdad?...

El señor Canario, tristemente: Si lo era, hermano Alacrán.

Alacrán: A la nuestra, a la señora, no la compraré.

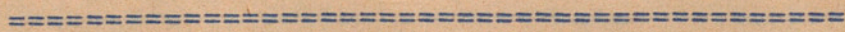
El señor Canario: Ya es suya. Y podrá contemplarla desnuda. Y podrá besarla porqué la iglesia y la Ley le amparan. Y podrá babearla con su lujuria asquerosa.

Alacrán, livido, espantoso, con una chispa homicida en la mirada: ¡No!

El señor Canario: ¿No? ¿Porqué?

Alacrán, con la voz extrangulada por el odio: Porqué le mataré, ¡le mataré!

-Oyese, hace ya rato, un bailable cualquiera, depravado y ramplón-.



Cuadro Cuarto

Un salon en el piso del alcalde, que comunica con la tienda. Un salon puesto con lujo abominable y grosero, lujo de bazar. Todo es aqui antipático y cursi, de una cursileria odiosa y fúnebre.

Una lámpara, una mesita de centro, unas sillas, una enorme radio-gramola, una radio grande de alcalde, de nuevo rico. A la derecha, en primer término, una puerta abierta a la escalera que baja a la tienda. A la izquierda, en segundo término, la puerta de la alcoba. Al fondo un gran balcon que se abre a la playa.

Continua el baile oído al final del cuadro anterior: lo erecta el armatoste de la radio. En el salon, los recién casados y sus intimos -El sargento de la Guardia Civil, Don Dimas, Don Pedro Martir, El médico, Domingo- prolongan la sobremesa bebiendose unas botellas de champaña. Entre ellos, Salvador y Aurelia. Los pobres se hallan como gallina en corral ajeno.

Venus, sentada en primer término.

Fuenmayor, un poco achispado: ¡Beban ustedes, señores! Quiero que todos sean partícipes de mi felicidad.

El médico: ¿Todos? ¿Y todos bebiendo?

Fuenmayor, con paternal entusiasmo de beodo: ¡Absolutamente todos! ¡Por algo soy su alcalde!

-Con risa cínica y grosera-

En cuanto al champaña, ya veremos quien lo paga.

Don Dimas: El pueblo, como siempre.

Aurelia, cerrando la radio: ¡Se acabó la murga!

El médico: ¿Entonces, como no les invitó usted a Alacrán y al señor Canario?

Fuenmayor: ¡Toma! Porque esos no cuentan. No nadan en la abundancia y las gentes de su laya es peligroso que vean de cerca nuestro lujo, nuestras comodidades.

Don Dimas: Al señor Canario no se le ha visto el pelo. Lo ha tragado la tierra.

-Riendo-

¡Que mal ha quedado con la que él llamaba doña Venus!

El sargento: Alacrán ha sido más galante y no se ha dejado perder un solo número del programa.

Don Pedro Martir: Vile hace un momento rondando la casa.

El sargento, con risa grosera de borracho: Es un galán de fidelidad ejemplar.

Fuenmayor: Me rio yo de todos los galanes. Les pude. Acabé con ellos. Aqui no hay más galán que Fuenmayor, bienhechor alcalde del pueblo y marido feliz de Venus. ¡Las Venus, señores, son para los alcaldes!

-Acercándose muy zalamero a Venus-

¿Verdad, preciosa? Verdad que le querrás mucho a tu maridito?

Venus, altiva y fria: Déjame. Estás borracho.

Fuenmayor, corrido, reuniéndose de nuevo con sus amigotes: ¿La han oído ustedes?

¡Que estoy borracho! ¡Vamos, hombre! ¿Es que los alcaldes pueden emborracharse?

El sargento, muy serio: Tiene usted razón que le sobra. No pueden emborracharse, no, señor.

El médico: Lo que pasa es que la señora ha tenido poco trato con alcaldes.

Don Pedro Martir, a Fuenmayor: No se enfade con ella. Hágase usted cargo: timidez de recién casada.

Fuenmayor: ¿Enfadarme con ella? ¡Ni soñarlo! ¡Con lo bien que estará detrás del mostrador!... Además, no podría enfadarme... ¿Creerán ustedes que me da cierto... como diria yo?... cierto miedo?

-Domingo, el poetastro, se acerca a Venus-

Domingo, que tambien, como los demas, está algo bebido: La han dejado a usted muy sola.

Venus: Tanto mejor.

Domingo: ¡Pero en un dia tan alegre como el de hoy, señora alcaldesa!

Venus: No me llame usted señora alcaldesa.

Domingo: ¿Quiere usted que le lea otra vez los versos?

Venus: No, muchas gracias.

Domingo, ofendido: ¿Es que no le han gustado a usted?

Venus: Son muy bonitos.

-El poetastro sonrie, complacido -
pero me los leera otro dia

-Aurelia se acerca ~~de~~ y le dice a Domingo-

Aurelia: Déjenos usted, Domingo. Vayase con los hombres y siga emborrachandose con ellos. El alcalde podria sentir celos de usted y tiene malas pulgas.

Domingo, asombradísimo: ¿Celos de mi?

-Y se reúne con los hombres, repitiendo:

¿Celos de mi?

-Se atiza al colete una copa de champaña, se mete unas galletas en el bolsillo. Aurelia coge una silla y se sienta a la vera de Venus-

Aurelia: ¿Que?

Venus: Nada.

Aurelia: Te veo muy mustia.

~~XXXXXXXXXX~~

Fuenmayor, a sus amigotes: Vengan, vengan ustedes. ¡Les voy a enseñar la alcoba, el sancta sanctorum!

-Se entran todos riendo con lúbrica risa en la alcoba-

Aurelia: Pareces triste.

Venus: Lo estoy.

Aurelia: ¿Por qué?

Venus: No lo sé.

Aurelia: Estar triste el dia de la boda es un pecado. Dios podria castigarte.

Venus: ¿Tan importante es el dia de la boda?

Aurelia: El más importante de nuestra vida. Sobre todo cuando se trata de una buena boda.

Venus: ¿Usted cree que he hecho una buena boda?

Aurelia: Pues claro. Has pescado al hombre más rico del pueblo. Todas las chicas te envidiarán. Seguro.

Venus: ¡Pobrecillas! ¡Que tontas son!

Aurelia: ¿Tontas? ¿Por qué?

Venus: Porqué casarse con el tendero no es una cosa muy alegre.

Aurelia: Ser tendero no es ~~una~~ ~~cosa~~ deshonroso.

Venus: Pero es triste.

Aurelia: No para el tendero.

Venus: Pero si para su mujer

Aurelia: ¡Que novelera eres, Maria!

Venus: Puede.

Aurelia: No temas: esto pasara.

Venus, en voz muy baja: No.

Aurelia: El matrimonio es una cosa muy seria.

Venus: Ya sé, si. Me lo ha dicho usted muchas veces.

Aurelia: Por tu bien lo decia.

Venus: Asi lo creo.

Aurelia: ¿Pues entonces?

Venus: Me parece imposible poder ~~xixix~~ convivir con un hombre tan grosero, tan insignificante.

Aurelia: ¡Maria! Ese hombre es tu marido.

Venus: Porqué usted lo quiso asi.

Aurelia: Porqué lo quiso Dios.

Venus: No diga usted bobadas.

Aurelia,escandalizada: ¿ Como bobadas?/Hija! /Maria!

Venus: No hay que mezclar a los dioses en nuestros asuntos personales.
-Una pequeña pausa.Se oye reir a los amigos en la alcoba.Se oye silbar al viento,furioso,en la calle-

Aurelia: ¿ No me guardas rencor por tu boda?

Venus: No. ¿ Porqué?

Aurelia: Porqué tu boda ha sido obra mia.

Venus: Usted queria mi bien.

Aurelia: Pero el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Venus: Y el infierno es la vida con ese hombre tan grosero,tan feo,tan insignificante.

Aurelia: Te acostumbrarás a él,le soportarás.El matrimonio consiste en acostumbrarse a la vida en comun con un desconocido.

Venus: ¿ Y el amor?

Aurelia: El amor es cosa de novelas,el bello fantasma de un mundo inexistente. Deja que pasen unos años y me darás las gracias por tu matrimonio.Ten drás hijos,engordarás,se habrán desvanecido para siempre las imaginaciones y fantasias que hoy llenan de nubes tormentosas tu frente...

-Entran de nuevo Fuenmayor y los invitados.Salvador acude al lado de Aurelia y Venus-

Salvador: ¡ Que lujo! ¡ Que derroche de lujo!

Aurelia: ¿ Verdad?

Salvador,por Venus: Va a estar como una reina.

Don Pedro Martir,admirado,casi escandalizado: ¡ Pero eso, señor alcalde,le habra costado una porrada de duros!

Fuenmayor,con vanidad de titere: Si, señor: una porrada de duros. ¡ A mi no me duelen prendas! ¡ A mi me gusta hacer las cosas en grande!

Don Pedro Martir: Con lo que vale ese dormitorio se podria construir una nueva escuela.

Fuenmayor: ¿ Para que queremos una nueva escuela?

Don Peero Martir,humildemente: ¡ La que tenemos es tan pobre,tan triste!

Fuenmayor: ¡ Tonterias!

-Descorchando una botella-

Señores: ¡ bebamos para olvidar las tonterias de don Pedro Martir!

Don Dimas: ¡ Vivan los novios!

El médico: ¡ Vivan los futuros papás!

Domingo: ¡ Viva la diosa Venus,bienhechora del pueblo!

El sargento,con deferencia de subordinado: Beba usted, señor alcalde, beba usted. Se necesita mucho valor para afrontar una noche como la de hoy.

Fuenmayor,conmovido: Gracias, Fernandez.Es usted un buen amigo,un amigo leal.No le olvidaré a usted.Pediré su ascenso al diputado.

-Bebe-

El sargento,a Fuenmayor: Usted es mi padre.

-A grito pelado-

¡ Viva el alcalde,padre de la Guardia Civil!

Salvador,timidamente: Es ya muy tarde...

Don Dimas: Si,es ya muy tarde.

Fuenmayor,acobardado: ¿ Pero quieren ustedes marcharse?

Don Pedro Martir: Pues claro.

El sargento: ¡ Valor, señor alcalde!

Aurelia, levantándose: Adios, hija, **Mária**.

-Sonriendo-

Y no temas: en el fondo los hombres son muy poquita cosa.

-Los amigotes, con solemnidad de beodos, desfilan ante Venus y le dan la mano-

Don Dimas: Felicidades.

Domingo: ¡Que **Himeneo** bendiga a la feliz pareja!

Don Pedro Martir: ¡Dichas mil!

El médico: ¡Déle usted muchos hijos a ese tunante!

El sargento: La Guardia Civil presenta sus respetos a la señora alcaldesa!

-Cuadrándose-

¡A la orden, señora alcaldesa!

-Y da un traspiés-

Fuenmayor: Les acompaño a ustedes.

-Les engulle a todos el negro caracol de la escalera. Se alejan **sus** risas groseras, sus bayas procaces. Una pausa larga. El viento ruge en las calles solitarias del pueblo. Y a su voz silbante, desgarrada, unese la bronca voz del mar.

Venus se acerca al balcón del fondo, contempla a través de los cristales el mar bravio, y murmura, con desprecio de si misma:

¡Señora alcaldesa!

-Por la puerta de la escalera asoma, sigiloso, Alacrán. Livido, desencajado, lanza una mirada a su alrededor y, sin que Venus haya advertido su presencia, se refugia en la alcoba. A poco entra Fuenmayor, que se detiene, perplejo, un momento en el umbral. Al oírle, Venus se aparta del balcón y se sienta de nuevo-

Fuenmayor, que, visiblemente, pasa un mal momento: Ya estamos solos.

-Venus no contesta-

Solos, frente a frente.

Venus: Como en un combate.

Fuenmayor, tragando saliva: Marido y mujer:

Venus: Dos enemigos.

Fuenmayor: ¡Dos enemigos? ¡Que barbaridad!

-Intentando reír y no consiguiendolo-

¡Con lo que vamos a querernos!

-Ella le mira fria, altiva. El pobre hombre, perdidas todas sus agallas de monterilla, añade:

¡Que calor hce aqui!

-Se quita la americana sin advertir que en mangas de camisa y con tirantes su facha es mucho mas grotesca y lamentable.

Voy a dejar la americana ahi en la alcoba.

-Se dirige a la alcoba y de pronto retrocede para preguntarle a Venus:

¡Y tu? ¡No sientes calor? ¡No quieres aligerarte de ropa?

Venus, secamente, sin mirarle: No.

Fuenmayor, humildemente: Como quieras.

-Se entra en el dormitorio, que se ilumina un instante. Invisible, exclama-

La verdad es que esto está precioso.

-Y vuelve de nuevo y se sienta en una silla al lado de Venus-

Seguro que en toda la provincia no hay quien tenga un dormitorio tan

Cap-15 (64)
lujoso como el nuestro. Dormitorio de rico. Porqué soy muy rico, ¿sabes? mucho más rico de lo que puedas soñar. Mira si lo seré que puedo, si me da por ahí, empapelar y alfombrar la casa con billetes de los grandes. Y todo mi dinero es ya tuyo, puedes disponer de él, entrar en él a saco, tirarlo, derrocharlo...

-Cautamente-

Aunque, claro está, tirarlo y derrocharlo prudentemente, sin exceso, con mucho tiento.

Venus: No temas por tu dinero.

Fuenmayor: Ya sé que eres una mujer de buen sentido, una chica que no se deja deslumbrar por la riqueza. Tanto mejor. Al fin y al cabo, el dinero no es lo más importante para ser feliz. Lo más importante es quererse como Dios manda. Y nosotros vamos a querernos mucho, mucho.

-Venus le mira, impasible y no contesta. El fanteche añade, con babosa admiración.

/ Con lo guapa que estas, Maria, mi Venus!

-Alarga, iniciando una caricia, la mano torpe

Venus: No me llames Venus.

Fuenmayor: ¿Porqué? ¿No te gusta ese nombre?

Venus: En tu boca, no.

Fuenmayor: Así te llama el señor Canario.

Venus: Pero el señor Canario esta loco. Tú, no.

Fuenmayor, riendo: Afortunadamente.

Venus: Quien sabe.

Fuenmayor: El mundo estaria perdido ~~si los~~ si los alcaldes y los maridos enloquecieran.

Venus: No temas. Los maridos como tu no pueden enloquecer.

Fuenmayor, riendo: Menos mal.

-Con una transición, con voz pastosa, espesa por el vino y la lascivia.

Anda, Maria, querida. Es ya muy tarde.

Venus: ¿Y qué?

Fuenmayor: Como "y que"? Pues que hay que acostarse.

Venus: ¿Contigo?

Fuenmayor: Pues claro.

Venus: No tengo sueño.

Fuenmayor, con una risita rijosa: Tanto mejor.

Venus: No quiero acostarme contigo.

Fuenmayor: ¿Como es eso? Soy tu marido.

Venus: Me lo ha repetido todo el mundo durante todo el dia.

Fuenmayor: Y la mujer le debe obediencia al ~~xxxxxx~~ marido

Venus: Las mujeres como yo no les deben obediencia a los maridos como tu.

Fuenmayor: ¿Pues que clase de mujer eres tú?

Venus: La que los frívolos no saben amar.

Fuenmayor: Pero yo no soy un hombre frívolo. Yo te quiero.

Venus: Tu que vas a quererme.

Fuenmayor: ¿Dudas de mi cariño?

Venus: No. Pero sé que eres tan badulaque que necesitas, en este trance difícil de tu vida, mentirte, engañarte.

-Levantandose de la silla, le coge del brazo y le lleva ante ~~xi~~ un gran espejo que hay en la pared, encima del sofa: ^{Te}

Mírate. Mira a ese pobre monigote feo y grotesco que contempla desde el espejo.

Fuenmayor, muy azorado, sintiendose, en efecto, grotesco, feo, y, por añadidura, desvalido: / Pero, mujer!

Venus: Mirale: es el alcalde, el tendero. ¿Y el hombre? ¿Donde está el hombre,

el hombre verdadero que piensa, sufre y ama? No lo busques en ti, pues lo buscarías en vano. Tú, a pesar de todo tu dinero, eres el más pobre de los hombres porque eres el menos hombre. En ti, desgraciado, el alcalde y el tendero han matado al hombre. Y Venus no es, aunque creas lo contrario, ni para los alcaldes ni para los tenderos.

-Le vuelve la espalda con absoluto y total desprecio-

Fuenmayor, ~~dejando~~ muy atribulado, desvanecidos por completo los vapores del vino: ~~¿Pero~~, entonces, porqué te casaste conmigo?

Venus: Porque no sabía que casarse era venderse. Dar es mas noble que vender...Y porque Aurelia me lo pidió, me lo rogó insistentemente. Y la pobre ha sido tan buena conmigo que no quise, negándome, darle un disgusto.

Fuenmayor: Y me lo das a mi. ¡Maldita sea! ¡Con lo contentas y orgullosas que estarían las chicas ~~de~~ mas guapas del pueblo si pudieran ocupar tu lugar!

Venus: ¿Porque, pues, no escogias una de ellas?
Fuenmayor: Porque no son como tú.
Venus: ¡Tú qué sabes como soy! No lo sabrás nunca.

Fuenmayor: Por lo que veo una mujer más rara de lo que me figuraba.
Venus: Todas las mujeres, absolutamente todas, son más raras de lo que los hombres os figuráis.

Fuenmayor, con un ~~arranque~~ primer arranque, muy debil, de hombría: Los maridos acaban con todas las rarezas de las mujeres. Y no olvides que soy tu marido.

Venus: No olvides tú que no seré nunca tu mujer.

-Fuenmayor, que intuye que toda lucha es imposible, la mira con doloroso pasmo. Ya no es el títere que fué hasta ahora. En el títere cariecaturoesco y fanfarrón está naciendo el hombre el otro hombre, el doble, el interior, que esta acabando a zarpazos con el títere. Ello era fatal, ya que la sólo presencia de Venus puede hacer que en el hombre más grosero nazca el amor. El amor que no es tan solo apetito físico, sino algo mucho más complicado. Téngase en cuenta, sin embargo, que Fuenmayor no se convierte de golpe y porrazo en un tipo sublime, ni, mucho menos, en un héroe romántico, declamatorio y sentimental. No, no: se convierte simplemente, en un hombre que, por primera vez en su vida, se halla bajo el azote tempestuoso del amor.

Fuenmayor, en voz baja, como si temiera oírse: Has acabado conmigo. Me has convertido en un malaventurado. ¡Yo, que era el amo del pueblo!

Venus: Por vanidad de amo, no por amor de hombre, quisiste casarte conmigo. Y la vanidad, lujo de los tontos, se paga.

Fuenmayor, anonadado, de bruces en el respaldo de la silla: Demasiado cara.
Venus: ¡Bah!... Sé que no sufre tu corazon de hombre: sufre tu vanidad de fanteche, de rico que, por su dinero, creia poderlo todo.

Fuenmayor: Sospecho que te equivocas.

Venus, sin hacerle caso: Pero no temas: tu vanidad quedara a salvo. Seguiré a tu

lado. Seré tu mujer de mentirijillas en tu lamentable mundo de mentirijillas. La vieja Aurelia me creará feliz a tu lado. Las otras gentes te envidiarán y, como son tan tontas, puede que también me envidien a mi. Nunca seré la mujer del tendero, pero consuélate: a los ojos de las gentes, los pobres ojos que no saben ver, tú serás el marido de Venus. Creo que no podrás quejarte.

Fuenmayor: ¿Pero, y los hijos? ¿Si muero sin hijos?

Venus, con inmenso desprecio: ¿Querías perpetuar la raza de los alcaldes?

Fuenmayor: Eres cruel conmigo, con el que fui y ya no soy, y no puedo rebelarme contra tu crueldad.

Venus, sin hacerle caso: Si mueres, salvaré tu dinero dandoselo a los pobres para que no le peguen fuego a la tienda.

Fuenmayor: No me importa. Ya nada me importa.

-Venus le mira, extrañada. Fuenmayor prosigue:

Me desconozco. No, ya no soy el que fui. Me pasa una cosa extraña que acierto a explicarme. Todo se oscurece a mi entorno. Me parece haber entrado en un mundo de pesadilla cuya existencia no sospechaba... Puede que antes, un antes ~~que~~ del que me separa muy poco, apenas unos ~~xxxxxx~~ ~~xxx~~ minutos, era yo como me estás viendo y ya no soy. Has hecho de mí otro hombre: me has enseñado a sufrir.

Venus: El sufrimiento lo aprendí en vosotros. Estamos en paz.

Fuenmayor: ¡Maria!

Venus: Ya no me llamas Venus. Haces bien. Para ti no puedo serlo. Para ti sólo puedo ser Maria, la esposa que te dieron los hombres haciéndole a Dios cómplice de la supercheria. Pero Maria, hija de un fantasma, será también bien fantasma y vivirá a tu lado una vida aparte. No te verá, no oirá tu voz. Sólo verá unos ojos que no serán los tuyos. Sólo oirá una voz que no será la tuya.

-Va al balcón del fondo, lo abre de par en par a la noche de otoño cuajada de estrellas y estremecida por los ramalazos del viento y el bronco sollozo del mar-

Esta: la del mar, camino de espumas por donde vine y por donde me iré. Camino de luz y de tormenta que canta y llora y me llama.

-Suenan en tono mayor el alarido del viento y el alarido del mar-

Un día me buscarás, ~~para~~ henchido de vanidad, para lucirme tras el mostrador, o para acercarme, trémulo de deseo, a tu vida de hombre, y ya estaré. Un día me buscarás y no me hallarás, porque habré resucitado!

-Fuenmayor, absorto y aterrado, trágico y grotesco, la mira sin comprender. Su primer dolor de hombre le ha convertido en un guñapo. Va a hablar, a decir algo, no sabe qué, y las palabras se le ahogan en la garganta. Tiende la mano cobarde en un gesto cobarde. Y de pronto sale derribando la silla y dando traspies, tragándolo el caracol de la escalera, que baja dando trompicones.

Una pausa. El viento y el mar. En la puerta de la alcoba, deteniéndose un instante en su umbral, aparece Alacrán, que sonríe con los ojos llenos de lagrimas.

Venus no le ha visto.

Alacrán se ~~le~~ acerca humildemente a Venus.

20-13/63
besa el borde de su vestido y murmura
ternura infinita:

Alacran: Gracias, señora.

-Y vase, saltando por los hierros del balcón
la calle. El viento. El mar.

Y
el
telón

=====

mi papá

Ax-les-Thermes 21 de Marzo
Poitiers 26 de Abril. 1949

Cuadro tercero

Un pinar en lo alto del pueblo. Pinos de ancha y abierta copa, pinos marinos como se ven en Italia, en Grecia, en Cataluña. Por las noches, cuando la noche convierte el pinar en la estampa de un cuento de brujas, la luna cuelga su farol amarillo en las ramas de los pinos. Sombra verde, de un verde profundo, que hace más luminoso lo que, bañado de sol, un sol rubio como la miel, se divisa del resto del cromo: el mar, una cala escondida, abrigada por las rocas, un cielo abrasado de luz-esa luz dorada y dramática del declinar de la tarde-, la blancura de unas casas del pueblo junto al mar, la blanca torre priápica de un faro...

Las seis de una tarde de fiesta. Primavera. Apagados por la distancia llegan de cuando en cuando los tiernos, los melancólicos, los apasionados acordes de una sardana.

Sentado al pie de un árbol, El señor Canario se halla abismado en la lectura. A poco llega Alacrán.

Alacrán: Hola, señor Canario.

El señor Canario: ¿Eres tu, Alacrán?

Alacrán: El mismo que viste y calza.

-Mirándose con asco-

Digo: si a eso se le puede llamar vestir y calzar.

El señor Canario, olvidando la suya: La verdad es que tu indumentaria deja mucho que desear. Pero no te preocupes: la indumentaria, aunque los necios que se las dan de elegantes opinen lo contrario, tiene poco que ver con la elegancia.

Alacrán, sentándose: Antes no me preocupaba. Hoy, si. Hoy me da pena verme tan mal vestido. Por eso me vine aqui al pinar: para que nadie me viese, para estar solo.

El señor Canario: Y diste conmigo. Mala suerte.

Alacrán: Que me vea usted no me da reparo. Anda usted ten desastrado como yo.

El señor Canario, mirándole con gran estrañeza y comparando los harapos del mozo con los suyos: ¿Tú crees?

-Brevisima pausa-

La elegancia, sabes? es cuestion muy ardua y complicada, y vale mas dejarla de lado.

-Transición-

Vengo aqui con frecuencia, sobre todo cuando a los del pueblo les entra la mania de divertirse y hacer ostentación de su alegría.

Alacrán, con rencor profundo: Alegría que ofende, que hiere como un trallazo.

El señor Canario: No les hagas caso. ¿Tú crees que de veras estan alegres? No, Alacrán. Son unos infelices que rien, cantan y bailan para mentirse, para engañarse a si mismos.

Alacrán: ¡Menudo baile les voy a proporcionar el dia menos pensado!

-Una brevisima pausa-

El señor Canario: ¿De manera que tambien tu buscas la soledad?

Alacrán: Asi parece.

El señor Canario: Yo la busco porque estoy loco y necesito sentir vivir mi locu-

El señor Canario: Como un libro

Alacrán: ¿Y Venus? ¿Qué significa Venus?

El señor Canario: Pues te diré, aunque supongo que mejor podría explicártelo un enamorado... Venus, a mi juicio, significa... ¿como te diría yo?... Venus, que es un nombre suave, como todos los que tienen dos sílabas y carecen de acento agudo...

Alacrán, con admiración: ¡Cuanto sabe usted! ¿Por qué le tendrán a usted por loco las gentes del pueblo?

El señor Canario: Porque intuyen que los verdaderos sabios somos nosotros, los locos... Pues, como te decía, Venus, que es un nombre que tiene suavidad de beso, es ese resplandor cálido que no deslumbra, esa gran claridad que no ciega nunca y que una sola vez en la vida del hombre inunda su alma. ¿Comprendes?

Alacrán, confuso: No. Será, tal vez, porque no estoy loco como usted.

El señor Canario, gravemente: Será por eso.

-Andando lentamente llega Venus. Viste como todo el mundo, pero con un donaire y una gracia elegante que no todo el mundo puede imitar: un humilde trajecillo blanco, discretamente escotado, con los brazos al aire y con la falda un poquitin más larga de lo que la moda ~~lo~~ exige. Calza unas sandalias de piel, también blanca. Lleva el pelo trenzado en corona.

Al verla, Alacrán intenta escapar. El señor Canario lo impide sujetándole de un brazo.

Venus: Buenas tardes.

El señor Canario, poniéndose en pie y guardando el libro en el bolsillo de su gabán astroso: Buenas tardes, doña Venus.

Alacrán, sin atreverse a mirar a la bella mujer, en voz baja, ronca: Buenas tardes, señora.

Venus, sentándose al pie de un árbol: ¿Y Berto? ¿No ha venido por aquí?

El señor Canario: No. Pero ha venido Alacrán.

Venus, dedicándole al jorobado una sonrisa: Ya le veo.

El señor Canario: Berto estará en la plaza.

Venus: No estaba.

El señor Canario: ¿Y tú, doña Venus, sí estuviste?

Venus: Un momento.

El señor Canario: ¿Por qué no te quedabas? ¿No te gusta la música? ¿No te gusta ver bailar y reír a las gentes?

Venus: Pues claro que sí. Pero le dije a Berto que nos veríamos en el pinar.

El señor Canario: Le quieres mucho a Berto.

Venus, sonriendo: Es mi pequeño Adonis. Pero, además de a él, os quiero a todos.

Alacrán, atifucado como un perro a los pies de Venus: ¿También a mi, señora?

Venus: También a ti, Alacrán.

-El monstruo sonríe radiante, feliz-

El señor Canario: ¿Y a mi?

Venus: Pues claro que sí

El señor Alacrán: ¿Y cómo es posible que puedas querernos, tú, tan bella, a dos desgraciados como nosotros?

Venus: Pues, no sé. Se quiere por que sí, sin saber por qué. O tal vez se quiere por querer.

El señor Canario: Tal vez.

-Una pequeña pausa. El señor Canario pasea lentamente, ensimismado-

Venus: Y dígame usted, señor Canario: ¿Por qué me llama usted Venus? ¿Por qué

no me llama usted Maria, como todo el mundo?

El señor Canario: Porqué Marias las hay a montones. Y en cambio solo hay una Venus: tú.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Con una transición-

¿No estuvo usted nunca enamorado?

El señor Canario: ¿Enamorado de qué manera?

Venus: ¿Hay varias maneras de ~~estar enamorado~~ enamorarse?

El señor Canario: Dos: como se enamora todo el mundo, que es decirle tonterías a una chica cualquiera, bailar con ella los domingos y acabar casándose con ella para que nos tenga la comida puntualmente y puntualmente nos zurza los calcetines...

Venus, riendo: ¡Oh, no! Eso no es el amor. ¿Y la otra manera?

El señor Canario: Dar con una mujer que se nos meta en las entretelas del alma y hacer por ella una gran locura: morir, matar.

Alacrán, febrilmente: Eso, si: morir, matar.

Venus, mirándole con piedad al espantajo: ¿Tú que sabes?

Alacrán, humillado: Se figura usted, viendome tan feo, que no puedo saberlo. Pues se engaña usted. Los feos no podemos ser amados, pero podemos amar.

El señor Canario: Y también los locos. De entre los feos y los locos nacen los enamorados auténticos, los sin trampa ni cartón. Recuerda a don Quijote, doña Venus.

Venus: No le conozco.

El señor Canario: Te lo presentaré. Es un caballero de papel y un enamorado de verdad. El otro, el que se lleva la fama, es un rufián y un enamorado de mentirijillas.

Venus: ¿A quién se refiere usted?

El señor Canario: A don Juan.

Venus: Ya se, si.

-Con una transición-

Sigo creyendo, señor Canario, que debía usted de haberse casado, aunque fuese como todo el mundo. Hoy tendría usted un techo, no estaría usted tan solo como está.

El señor Canario: No: estaría muy acompañado porque la buena de mi mujer, al ver mis locuras, me habría encerrado en un manicomio. Tu, doña Venus, no sabes de lo que es capaz la gente buena.

-Cambiando de tono-

Pero no te preocupes; vivo bien, tengo lo necesario: comida, que me dan por quitarse de encima, y casa.

Venus: ¿Casa también?

El señor Canario: Magnífica. Un día vendrás a visitarla. A la orilla del mar, cuya voz parece a veces un sollozo y otras un bramido de ira terrible y otras un cántico de inefable dulzura, una canción de cuna para dormirse y no despertar nunca más. Es una casa blanca con un jardín de cipreses y rosales.

-Volviéndose y señalando un punto en el horizonte.

Mírala: se ve desde aquí.

Venus, mirando: Pero aquello es el cementerio.

El señor Canario: Si, señor: el cementerio, donde siempre hay un nicho vacío para mí. No sabes tú, doña Venus, lo bien que se pasa en el cementerio. Por las mañanas me despierta el canto de los jilgueros. Por las noches los que cantan son los ruiseñores. Y las sirenas de cola de plata y torso de nacar y cabellera de algas doradas.

-Alacrán le mira con burla y asombro-

Si, señor: las sirenas, que no fueron creadas para los sensatos sino para los locos. Y cuando hay luna, es maravilloso. La luna asciende del

mar, cómo tú, doña Venus, y su luz abre en las aguas una carretera plateada. Al asomar por la blanca tapia del cementerio, los ruiseñores la saludan con lo más escogido de su repertorio. Y ella, la luna, parece sonreír, parece desearme: "Buenas noches, señor Canario. Buenas noches, pobre loco bendito de Dios."

-De pronto-

Pero dejemos en paz a la luna, los ruiseñores y las sirenas. Pronto llegará la hora de cenar. Me voy a la fonda. Me dan las sobras, sabes? Son muy caritativos, muy generosos

-Alacrán, que teme quedarse, se pone en pie de un salto-

No; tú, quédate.

-A Venus-

Te dejo a Alacrán para que te tenga compañía y, si se tercia, te defiende.

Venus: ¿Defenderme? Nadie se propone maltratarme.
El señor Canario, alejándose: ¡Quién sabe! Adios, doña Venus.
Venus: Adios, señor Canario.

-Una corta pausa. Lejana, apagada, la música-

Alacrán: Tiene razón el loco. No se la puede dejar a usted sola aquí en el pinar a merced de los que se dicen buenos y honrados como Dios manda.

Venus, sonriendo: ¿Tan malos son?

Alacrán: Más malos que un dolor. Malos y cobardes. Pero no tema usted. Aquí estoy yo para defenderla. Será la primera vez en mi vida que habré servido para algo bueno.

Venus: Gracias, Alacrán. Y dime: ¿es que no tienes otro nombre?

Alacrán: No sé. Las gentes del pueblo siempre me llamaron así.

Venus: Pero tu madre sí sabrá cómo te llamas.

Alacrán: No tengo madre. Padre la mató, una noche, a palos.

Venus: ¡Que horror! Sería muy malo.

Alacrán: No: estaba borracho.

Venus: ¿Y qué se ha hecho de él?

Alacrán: No sé. Habrá muerto en presidio. O, si ha salido, no se acordará de mí.

Venus: ¿Entonces, no tienes a nadie que vele por ti, que te ampare y te quiera?

Alacrán: ¿Quién le va a querer a un mal bicho como yo?

Venus: ¿Y de qué vives?

Alacrán: De ayudar, de cuando en cuando, a los pescadores. Y de lo que me dan las gentes del pueblo. Pero no crea usted que den por amor. No, no: dan por miedo. A mí nadie me había hablado nunca como usted, con esa dulzura que me llega al alma, si es que los seres deformes como yo tienen alma. A mí nunca nadie tratóme como a un ser humano.

Venus: ¿Y yo sí?

Alacrán: Usted, sí. Pero usted no es una mujer como las otras. Usted es como una de esas mujeres muy bellas que sólo existen en las estampas o en las historias.

-Transición-

Todos, menos usted, me han escarnecido, me han despreciado, han intentado pisotearme despiadadamente.

Venus: ¡Pobrecillo Alacrán!

-Pausa breve-

Alacrán: ¿A usted no la da reparo que la vean conmigo?

Venus: No. ¿Por qué?

Alacrán: Porque soy contrahecho, monstruoso, feo.

Venus: No eres feo.

Alacrán, con un enorme agradecimiento, con un enorme pasmo: ¿No?

Venus: Pues claro que no. Tienes unos ojos muy hermosos.
 Alacrán, temblando de alegría y con los ojos anegados de lágrimas: ¿Por qué muy hermosos?
 Venus: Porque saben reír y saben llorar.

-Alacrán, poseído por una emoción nueva ~~na tensión desgarra~~ va en su pobre vida, traspasado por una tensión desgarradora, se derriba de bruces al suelo para que Venus no le vea llorar.

Venus le pasa la mano, por la palambrera hirsuta -caricia lenta, suave- se levanta con sigilo y vase quedo.

Una alrga pausa. El paisaje tiene una cálida claridad dorada, casi roja, que anuncia al crepusculo. Lejana, sue- na nostálgica la "cobla".

Echado en el suelo, Alacrán llora y los sollozos sacuden grotescamente su giba monstruosa. A poco llega Berto. Al darse cuenta de la presencia de Alacrán inicia una tímida retirada. Al advertir que el malpocado está llorando se acerca lentamente, venciendo su miedo, y se sienta en el lugar que ocupara Venus.

Otra pausa.
 Alacrán levanta ~~la~~ el rostro y quedase adsorto al ver a Berto.

Berto, tendiéndole la mano: No te vayas.
 Alacrán, torvo: ¿Me has visto llorar?
 Berto, mintiendo piadosamente: No.
 Alacrán: ¿No se lo digas a nadie, verdad? Solo lloran los debiles, los maricas.
 Berto: No temas: no se lo diré a nadie.
 Alacrán: Como lo cuentas, te mato.
 Berto, sonriendo: No puedes matarme, Alacrán.
 Alacrán: ¿Como que no?
 Berto: Olvidas que somos amigos, Anda, dame la mano.
 -Alacrán estrecha la mano de Berto-
 Alacrán, que, acostumbrado a la burla o al palo no se explica la actitud de Berto; ¿Quieres humillarme con tu amistad, no?
 Berto: No, hombre. ¿Para que? Quiero que no veas en mi un enemigo. ¿Me he burlado de ti alguna vez?
 Alacrán: No, que yo sepa.
 Berto: Ni te he perseguido a pedradas, como los otros.
 Alacrán: En efecto. Puede saberse porque no hiciste como los otros, porque no te sumiste a la jauria?
 Berto: Porque me dabas lástima.
 Alacrán, con un respingo: No quiero inspirar lástima. No quiero ser sensible a la lástima que inspire.
 Berto: ¿Porque?
 Alacrán: Porque si no me temen estoy perdido y acabaran conmigo. Necesito inspirar temor. Quiero que me odien.
 Berto: No digas barbaridades.
 Alacrán: Las dirias tú en mi lugar. Las dirias tú si te vieras con una giba horrenda como la mia, con esas manos

-tendiendo las suyas- que no sa-

ben acariciar y destrozan todo cuanto tocan. Las dirias tu si te vieras harapiento, solo y maldito como yo me veo. Pero tú andas limpio, tienes un cuerpo sano y erguido como una vara de nardos, tu madre te quiere, te quiere todo el mundo. Siendo así, ¿que mérito tiene ser bueno, ser generoso? También yo lo sería de no verme con ese cuerpo espantoso. Vosotros os quedasteis con todo: la salud, la bondad. Déjame a mi lo único que me queda: mi maldad, que es mi consuelo y mi fuerza. Yo tengo derecho a ser malo porque soy feo.

Berto: ¿Entonces, me odias, sigues odiándome?

Alacrán: Ya, no: te envidio.

-Se ~~Y~~ergue con agilidad de araña y escapa corriendo monte abajo-

Berto, levantándose y gritando: ¡Alacrán! ¡Alacrán! ¡No te vayas!...

-A las voces del mocito comparece Venus-

Venus: ¿Qué te pasa? ¿Porque das esas voces?

Berto: Le llamaba a Alacrán. Estaba aquí hace un instante, hablando conmigo. Y de pronto, sin más, escapó, echó a correr como corren seguramente los que huyen de si mismos.

Venus: Déjale que huya y no le atosigues. Le pasa a Alacrán lo que a todos los que vivieron largo tiempo en las tinieblas. Pero no temas: poco a poco se acostumbrará a la luz.

-Sentándose en el lugar que ocupara antes-

Anda, ven: siéntate.

-Berto se sienta a los pies de Venus. Una pausa. Ya no hay sol y el paisaje se baña, se sume en una claridad rosada que da al mar un azul más profundo.

¿Como se porta Alacrán?

Berto: De una manera muy rara. Le encontré llorando.

Venus: Ya se.

Berto: Antes daba espanto. Ahora da lastima. Diríase que tiene miedo.

Venus: ¿Lo estás viendo? La luz siempre da miedo a los que la ven por vez primera.

Berto: ¿Usted cree, señora?

Venus, riendo: ¿Cuanto respeto!

Berto, tímido, ruborizándose: Pues claro...

Venus: Y no te atreves a llamarme Maria, como las gentes del pueblo que lo hacen con deleite inconsciente porque así me convierten en una mujer como las demás.

Berto: Pero usted no es una mujer como las demás.

Venus: Ni te atreves a llamarme Venus.

Berto: Porque no me tome usted por loco, como al señor Canario, que es el único que la llama así.

Venus: ¿No te gusta mi nombre?

Berto: Es un nombre muy bello.

Venus: ¿Pues entonces?

Berto: No sé.

Venus: Y no te atreves a tutearme.

Berto, cada vez más confuso, ruborizándose de nuevo: No me atrevo, no.

Venus: Eres muy tímido.

Berto: Los hombres somos siempre mucho más tímidos que las mujeres. ¿No lo sabía usted?

-Engallándose-

Pero a las chicas del pueblo las trato de tú.

Venus: 2 Porque hacer una excepcion conmigo?

Berto: Porque usted no es como las chicas del pueblo.

Venus: Para el enamorado la mujer amada es siempre una mujer unica y aparte lo sabrás cuando te eches novia. puede

Berto: 2 Es que despues de haberla visto a usted se tener novia?

Venus, riendo: Pues claro. ¡No faltaba mas!

Berto: Se equivoca usted. Antes, no diré que no hiciese como todo el mundo.

2 Pero ahora? Ahora me seria imposible.

Venus: Porque ignoras que Venus es la mujer de todo el mundo. Y la mujer de nadie.

Berto: No comprendo.

Venus: Ya me lo figuro. Pero no te apures: Llegará dia, cuando ames de veras, que comprenderás.

Berto: 2 Es que usted cree que hoy por hoy no puedo enamorarme?

Venus: Claro que no. Eres un niño y el amor una cosa muy seria, casi dramática. Puede que estés enamorado, pero no de una mujer sino del amor.

-Con una transición-

Y mira, de hoy en adelante vas a tutearme. El "usted" es en tu boca tan ceremonioso, tan frio!

Berto, muy azorado: ¡Oh, no! No me atreveré nunca. 2 Qué diria la Aurelia? Qué dirian las gentes del pueblo!

Venus: Que digan lo que quieran. De manera que trato hecho. Anda, atrévete.

Berto: ¡Si es que no puedo! Si me parece usted una mujer que casi es más que mujer, que infunde casi tanto respeto cómo las santas de los altares.

Venus: Muy bien, muy bien, pequeño Adonis. 2 Y qué tratamiento le das a la Virgen?

Berto, con gran extrañeza: No sé. Aquí, aunque no somos hereges, vamos poco a la iglesia.

Venus: 2 Pero sabes rezar?

Berto: Eso, si.

Venus: Como yo. Me enseñó Aurelia. Me enseñó a rezar y a hacer encaje de bolillos. "Dios te salve, Maria..."

Berto, fervorosamente, mirándola arrobado: ...llena eres de gracia, bendita Tú eres entre todas las mujeres..."

Venus: 2 Lo estás viendo, tontaina? Tuteas a la Virgen. No se te ocurre la insensatez de decir: "Dios la salve a usted", a pesar de todo tu respeto.

Berto, pásmado: Pues tiene usted razón, cómo el señor Canario, el loco, que es el único que razona en el pueblo.

Venus: A la Virgen, a la madre y a la mujer querida se las trata amorosamente de tú. A ellas y a mi, porque tambien me quieres un poco.

Berto, timidamente: 2 Usted no se enfada de que la quiera?

Venus, riendo: Claro que no.

Berto, arrebatadamente, apasionadamente, pero, como siempre, muy niño: Pues no es que la quiera a usted un poco: es que la quiero mucho, como no sabia que se puede querer.

Venus, sonriendo con tierna ironia de mujer corrida: 2 Y no te parece que queriéndonos tan locamente es una solemne majaderia tratarme de "usted"? Anda, vamos a ver, dí: tú.

Berto, con las mejillas arreboladas y la voz cobarde: Tú...

Venus: Tú...

Berto: Tú...

Venus: ¡Magnífico! Esta noche, en premio, vas a bailar conmigo en la plaza.

Berto: No sé bailar.

Venus: Ni yo. Pero no importa. Bailaremos maravillosamente bien, mejor que nadie.

Berto: Como dos peonzas.
 Venus: Como las sirenas en su palacio de madréporas y corales del fondo del mar.
 Berto: Como las estrellas en el cielo de las noches de agosto.
 -De pronto-

Y diga usted...
 Venus: Tú.
 Berto: ¿Cómo?
 Venus: Tú.
 Berto: Ah, si!

-Con no pequeño esfuerzo-
 ¿ Porque me llamas Adonis y no Berto, como los demás?
 Venus: Porque tampoco tú, aunque creas lo contrario, eres como los demás.
 Berto, con celos de hombre: ¿ No será que tuviste un novio que se llamaba así?
 Venus, que ignora los celos y su tormento: Yo no tengo pasado, pequeño Adonis, amor en flor, beso de amanecer. Y si lo tengo, ¿ es tan lejano, tan borroso?
 -Una ráfaga de viento marino trae en sus alas las notas graves, quejumbrosas de la sardana. Venus, de pie, señalando con la mano extendida un punto en el pueblo invisible.
 ¿ Oyes esa musica de flautas, suave y graciosa? ¿ Ves la anilla humana de los que danzan en la plaza blanca ante el mar azul? ¿ Ves los gorros encarnados de los hombres? ¿ Y esa danza que vosotros llamais sardana, esa danza tan grave, tan solemne, tan elegante, que es como si las figuras de un friso de marmol cobrasen vida? Pues todo eso me recuerda mi pasado remoto, mi primera vida.
 -Berto se ha puesto en pie junto a Venus, que le pone el brazo en el hombro. Ambos miran el pueblo de hoy, la danza de hoy, que se confunden con el pueblo y la danza de ayer. Una pausa. La melodia se hace suave, voluptuosa. Un aura de amor estremece el pinar. La flauta de la cobla es la flauta de Pan bicornes. Venus, con una suave presión del brazo, hace que Berto se vuelva completamente a ella, le echa el otro brazo al cuello se inclina hacia él y le besa largamente en la boca, Berto desfallece. Venus y el adolescente, con las bocas unidas, caen arrodillados sobre el cespèd epitalàmico.
 Un ruiseñor rompe a cantar.
 Todo es azul de crepúsculo

Y así
 termina
 el primer
 acto

ACTO SEGUNDO
+++++

Cuadro I

El jardin en casa del alcalde. Claveles, rosales, una palmera. Un muro al fondo oculto por los jazmines y las madreselvas. Unas sillas al pie del muro alineadas cara al público. Media tarde de un dia de Junio.

Al levantarse el telón no hay nadie en ~~el~~ el jardin. A poco se oye, en el interior la voz del tendero monterilla.

La voz de Fuenmayor, muy meliflua: Pase usted, pase usted, señor cura.
-Y entran Fuenmayor, que se ha vestido su traje de cuando repican gordo, y El señor cura, un viejecito muy simpático y no muy listo, un alma de Dios, que es como la gente denomina a los cortos de alcances.

El señor cura: ¿Como? ¿Pero todavia no estan aqui?
Fuenmayor: Usted es el primero
El señor cura: ¿Y el señor ese tan sabio, ha ~~venido~~ llegado?
Fuenmayor: Pues claro. Y se ve a la lrgua que es muy entendido en todo cuanto atañe a la mitologia. ~~2)~~
El señor cura: ¿De veras?
Fuenmayor: ¡Y tan de veras! ¿Sabe usted lo que ha hecho en la fonda?
El señor cura: ¿Como quiere usted que lo sepa?
Fuenmayor: Pues despues del arroz, del que ha repetido, ha pedido una ensalada de pétalos de rosa
El señor cura, extrañadisimo: ¡Que barbaridad! ¿Para que queria las rosas en ensalada?
Fuenmayor: Para comerselas. Ha dicho, doctoralmente, que los antiguos griegos las comian. Y él, como helenista, se ve en deber de imitarles.
El señor cura: La dichosa ensalada le habrá senttado como un tiro.
Fuenmayor: No lo crea usted. Se ha quedado fresco como una lechuga.
El señor cura: ¡Que rarezas tienen los sabios! ¿Y donde está ese portento, esa ~~lumb~~ lumbrera? Ardo en deseos de conocerle.
Fuenmayor: En casa de Aurelia, entreviando a Venus.
El señor cura: ¿Se trata, a pesar de esa mania de comerse las rosas, de un auténtico sabio, de un hombre importante?
Fuenmayor, que, claro está, es un badulaque: ¡Importantísimo!
El señor cura: ¿Usted, señor alcalde, le ha visto? ¿Habló con él?
Fuenmayor: Comimos juntos en la fonda. Estaban tambien el médico, Domingo, y don Pedro Martir.
El señor cura: ¿Tiene aspecto, fachada, presencia imponente y docta?
Fuenmayor: ¡Cah! No, señor. Se le puede confundir con un viajante de comercio. Es pequeñito, gordo, insignificante. Al verle, como de un tiempo a esta parte, desde ~~que~~ la llegada de Venus, mi imaginación se ha desarrollado mucho, pensaba: "Parece un chorizo de la Rioja con ga-

fas y sombrero hongo".

El señor cura, asombrado: ¿Es que anda vestido de rojo?

Fuenmayor, tan sombrado como el cura: ¿De rojo? ¡Que barbaridad! ¿Porque lo dice usted?

El señor cura: Como lo comparo usted con un chorizo de la Rioja. Aunque, claro, siendo usted tendero...

Fuenmayor: Con un chorizo vestido de luto.

El señor cura: Menos mal. Porque de los intelectuales, que son el mismo demonio, se pueden esperar las mayores locuras y extravagancias.

Fuenmayor: Puede que los helenistas sean una excepción de la regla. Y ese, el que hoy tenemos de huesped, el que se ha dignado venir para averiguar la autenticidad o supercheria de Venus, es un señor muy formal y sensato.

-El cura se sienta, lia un pitillo, fuma. Fuenmayor, con mucho misterio, le dice:

Me alegro infinito que haya sido usted el primero en llegar. Precisamente tenia el propósito de ir por su casa.

El señor cura: Supongo que no ~~quería~~ usted confesarse.

Fuenmayor: No, por Dios! Los tenderos y los alcaldes no se confiesan.

El señor cura: Hacen mal. Debieran dar ejemplo.

Fuenmayor: No podemos. Nos falta tiempo. El mostrador y la alcaldia nos acaparan.

El señor cura: Eso es otra cosa.

Fuenmayor: Quería hablarle a usted de Venus.

El señor cura: Hable usted, señor alcalde.

Fuenmayor: Pero le ruego el mas absoluto secreto. Se reirian de mi, sabe usted? Y es peligroso que la gente se ría de los tenderos y los alcaldes, puntales de la sociedad.

El señor cura: Diga usted.

Fuenmayor: Tengo el propósito de casarme con Venus.

El señor cura, pegando un salto en la silla: ¡Hombre, señor alcalde!

Fuenmayor: Ya sé lo que usted va a decirme, que es lo mismo que me digo yo: que ya no soy joven, que no soy lo que se dice un guapo mozo, un conquistador. Pero soy rico, comprende usted, señor cura? muy rico, más de lo que la gente se figura, y eso siempre es una compensación. Soy el amo del pueblo. Y una mujer como Venus debe ser para el amo.

El señor cura, perplejo: No sé. No entiendo en cosas de amos y mujeres. ¿Pero porque quiere casarse precisamente con esa y no con otra?

Fuenmayor: Porque las otras no me interesan, no son mujeres para un amo. Y porque detras del mostrador estaria como una reina en un trono. ¡Que magnifico reclamo para mi tienda poder sentar a Venus entre las balanzas y la caja automática!

El señor cura, perplejo: Si, claro, si es por eso...

Fuenmayor: Y porque me gusta.

El señor cura: Pero tal vez a ella no le guste usted.

Fuenmayor, con desden: ¿Y eso que tiene que ver? Los amos no gustan a nadie, pero todo el mundo los aguanta.

El señor cura: Si, pero la Iglesia no da amos a las mujeres sino esposas.

Fuenmayor: Eso es lo que usted se figura cada vez que unce una pareja al yugo matrimonial. Pero usted es un infeliz, señor cura; un bendito de Dios que no ve más allá de sus narices.

El señor cura: Gracias por su galanteria, señor alcalde.

Fuenmayor: No vaya usted a enfadarse conmigo.

El señor cura: No, hombre.

Fuenmayor: Yo soy tambien, en el fondo, un infeliz. Como usted.

-Con una transición-

¿Qué le parece mi proyecto? ¿Qué me aconseja usted?

El señor cura, cada vez más apurado: Pues, la verdad, no se qué aconsejarle, señor Fuenmayor...

Fuenmayor: ¿Es que sabe usted algo malo acerca de ella y teme decírmelo? ¿Es que su honor...?

El señor cura: A mi no me preocupan tales triquiñuelas. Allá ustedes, los que, a pesar de la pata de gallo y los alifafes, quieren casar con mujer joven y bonita.

-Cambiando de tono-

No. No tengo nada que decir de la que aquí en el pueblo llaman Venus. Es muy buena cristiana, oye misa con mucha devoción, comulga y confiesa regularmente...

Fuenmayor, más tendero y más alcalde que nunca: ¿Lo está usted viendo? Es la esposa que me conviene, la mujer ideal.

El señor cura: ...pero no sé qué decirle... No me la imagino casada. Hay en ella un algo raro y misterioso que no acierto a explicarme, y no consigo imaginarla casada y detrás de un mostrador. Olvide usted por un momento sus aficiones de futuro marido y reaccione únicamente como alcalde. ¿Es usted un alcalde de veras?

Fuenmayor: ¡Y tan de veras! Alcalde con los unos y con los otros, con los liberales y los conservadores. Yo no suelto la vara ni a tres torones

El señor cura: Muy bien. Soltera, Venus pertenece al pueblo y es al pueblo entero a quien beneficia: a los pescadores, a los campesinos, a todos. Venus le ha dado nombre y fama a la playa; los forasteros afluyen que es un gusto; se han inaugurado tres tabernas y dos hoteles; se construyen unos chalets que son una verdadera monada; la gente rica, que ha venido atraída por Venus, frecuenta la iglesia a la que antes solo iban los pobres y da dinero para restaurar imágenes y altares. Venus, señor alcalde, es una auténtica y poderosa fuente de riqueza para el pueblo.

Fuenmayor: Si, señor. Y de ello me congratulo.

El señor cura: Pues fíjese usted bien: si se casa con usted dejará de ser Venus para convertirse en la mujer del tendero y perder todo su fantástico prestigio, que es lo que atrae a los forasteros. Y entonces, adios colonia veraniega, hoteles, chalets, dinero para mis pobrecitos santos. Si usted, Fuenmayor, se sale con la suya y logra casarse con Venus, habrá hecho traición a su vara de alcalde. No le digo más.

Fuenmayor, apabullado: No, no: no diga me diga más. ¡Me ha chafado usted!

-Viendo a Domingo el periodista-

¡Por Dios, señor cura! De lo hablado ni una palabra.

El señor cura: No tema usted: ni una palabra.

Domingo: Buenas tardes, señores.

-Se sienta, jadeante-

¿Que? ¿Se sabe algo?

Fuenmayor: Todavía no. Supongo que no tardarán.

Domingo, intentando tranquilizarse vanamente: ¿Y si ese sabio declara que no se trata de Venus?

Fuenmayor, ceñudo, de mal talante: Pues no le haremos caso. No quiero, ya que lo he sido de su prosperidad, ser causante de la ruina del pueblo.

Domingo: Aunque, claro, si ese sabio lo es de veras, si no es un impostor, tendrá que rendirse a la evidencia y proclamar a la faz del mundo que tenemos en casa a la diosa Venus.

El señor cura, que le mira lleno de pasmo al periodista: Pero hombre, Domingo, no diga usted majaderías. ¿Es que no es usted católico?

Domingo: ¡Vaya si lo soy! Católico y somatenista.

El señor cura: Pues siendo católico y no ignorando que solo hay un Dios verdadero ¿como cree usted posible la existencia de otros dioses? ¿como acepta usted a esa Venus que, según los libros, fué una señora muy lógera de cascos?

Domingo, que no quiere dar su brazo a torcer: Pero es que el Olimpo es anterior

al Cielo y Venus anterior a Jesucristo.

El señor cura, enfadado: ¡Paparruchas! ¡Paparruchas muy peligrosas e indignas de un buen catolico y de una persona decente!

Fuenmayor, con socarroneria de tendero: No olvide usted, señor cura, que gracias a Venus puede usted restaurar los altares y las imágenes del templo.

-El cura se calla amoscado y confundido-

Domingo: Tiene razón el señor alcalde.

El señor cura: Tiene razón el señor alcalde, en efecto, aunque yo, callando, no protestando de tamañas heregias, me condeno irremisiblemente. Pero la casa de Dios es tan pobre y mis santos, despues de sus años de servicio, se hallan en tan lamentable estado!

Domingo: No se apure usted, señor cura. Los designios de la Providencia son inextricables. Y no le quepa duda: es el cielo quien nos manda a Venus. Yo he compuesto un poema en su honor cuyas premicias voy a ofrecerles.

-Saca unas cuartillas y blandiéndolas amenazadoramente declama:

Oh! Venus Astartea, diosa de los amores, surgida de las ondas bajo un rayo de sol, mi senda de poeta se ha cubierto de flores...

Fuenmayor: Mire usted, Domingo, me los leerà otro dia. Hoy, con la zozobra, no me entero. Estoy con el alma en un hilo.

Domingo, mustio: Como usted quiera.

-Entra don Valentin, el médico. Hombre malhumorado, tosco. Domingo, al verle, saca de nuevo las ~~xxx~~ cuartillas.

Se lo voy a leer al doctor.

Don Valentin, escamado: ¿A mi? ¿De qué se trata?

Domingo: De unos versos compuestos en honor de Venus.

Don Valentin: ¡Ah, no! ¡A mi, no! ¡Vaya mania peligrosa!

Domingo, turulato: ¿Mania peligrosa?

Don Valentin: Me refiero a la de usted, atracando alevosamente a todo el mundo, al primero que llega, aunque se trate de un analfabeto, para leerle sus versos.

-Mirandole muy serio-

Usted no es un hombre normal. Domingo.

Domingo: ¿Como que no?

Don Valentin: Como que no. Usted es un enfermo: un enfermo que padece de incontinencia poética.

Domingo, enfurruñado: Usted se lo pierde.

Don Valentin, con gran indignación: ¡Vaya con el poeta! ¡Poetas a mi! ¡A mi! ¡Como le pille a usted enfermo me voy a vengar ferozmente!

Domingo: Pero, hombre, doctor, no se ponga usted así... y tenga un poco de benevolencia con su amigo Domingo.

Don Valentin: ¿Domingo? ¡Lunes y gracias!

-Mirandole-

Un lunes de invierno y con lluvia.

Domingo, que intenta tomarlo a broma: Creo que exagera usted.

Don Valentin: ¡Yo que voy a exagerar! ¿Es que no se ha mirado usted nunca al espejo para darse cuenta de lo lunes que es usted? Anda usted hecho un Adan. Acerquese que le arregle la corbata, calamidad.

-Le coge de un zarpazo y le arregla la corbata a tirones-

¡Hay que ver lo desastrado que es usted!

Domingo: Gracias don Valentin. No, si en el fondo sé que me aprecia usted..

-Con una sonrisita torpe, de infeliz-

¿Que? ¿Le leo los versos?

Don Valentin, de nuevo furioso, abriendo un pequeño estuche y blandiendo un bisturi:
¿Que? ¿Le opero a usted el higado?

Domingo, dando un paso atrás despavorido: ¡Hombre, no! ¡Que bárbaro!
-Don Valentin se sienta riéndose como se reiria un ogro-

El señor cura: ¡Calma, calma, señores!

Fuenmayor, sentandose al lado del medico: Diga usted don Valentin: ¿usted cree que se trata efectivamente de Venus?

Don Valentin: Yo creo que se trata de una real moza, la mujer más guapa que vieron mis ojos.

Fuenmayor: ¿Pero es Venus?

Don Valentin, otra vez amoscado: Pero, hombre, Fuenmayor, no sea usted memo. Un medico, o sea un hombre que tiene ciertas nociones de biologia, no puede creer en la resurrección de la carne. Ni en la ~~xxx~~ existencia de los dioses, con perdón del señor cura.

El cura: No, si a mi la existencia de los dioses me tiene sin cuidado. La que me interesa es la existencia de Dios.

-Llegan El helenista, que es un ~~hombre~~ tipo como lo ha descrito Fuenmayor, y don Pedro Martir. Todos van, ~~xxx~~ anhelantes, o deferentes, a su encuentro-

El helenista: Buenas tardes, señores.

Fuenmayor: ¡Al fin!

Domingo: ¿Que? Que? ¿Que?

El helenista, por Domingo: ¿El señor es tartamudo?

Domingo: No, no señor. ¿Tartamudo yo? ¡Ni soñarlo! Es la emocion, ~~xxx~~ sabe usted?

Fuenmayor: ¿El resultado de la entrevista?

El helenista, que no se rie nunca porque está convencido de que la risa no cuadra con la sabiduria: Sentemonos, señores.

El cura: Setémonos.

-Se sientan. En lo alto del muro, para acentuar lo grotesco del guignol, asoma ~~la~~ El señor Canario que, muy serio, atiende a la conferencia-

Fuenmyor, al helenista: ¡Hable usted, por Dios!

El helenista: Calma. Serenidad, maxima virtud de los antiguos helenos

Fuenmayor: ¿La vio usted?

Domingo: ¿Habló usted con ella?

-Entra sofocado, jadeante, Don Dimas-

Don Dimas: ¿Puedo felicitarles? ¿Podemos felicitarnos?

Fuenmayor: Lo vamos a saber dentro de un instante.

-Al Helenista-

El señor es don Dimas Fajardo, muy interesado en lo de Venus.

El helenista: ¿Acaso es tambien helenista?

Fuenmayor: No, señor: es jefe de estación.

-El helenista le mira extrañado a Don Dimas pensando, sin duda: "¿Qué tendrá Venus que ver con el tráfico ferroviario?". El monterilla, le dice a Don dimas refiriéndose al Helenista.

Es el sabio de quien le hablamos a usted, el que tiene la exclusiva de todo lo griego.

Don Dimas: Mucho gusto...

-El helenista, olímpico, corresponde con una leve y desdeñosa inclinación de cabeza-

El helenista: Fui a la casa y a pesar de que se trata de pobre gente inculta

que desconoce los valores intelectuales me recibieron ~~xxxxxxx~~ bastante bien. Vi a Venus.

-Un suspiro de satisfacción en los oyentes-
Hablé con ella.

-Nuevo suspiro de satisfacción-
Es, como ustedes me ~~ix~~ aseguraron una mujer muy guapa, físicamente casi perfecta.

-Sonrisas de triunfo, de orgullo-
Aunque su belleza se aparta no poco de los cánones de la belleza clásica.

-Los rostros de los oyentes se mustian-
Lo que si puedo asegurar es que no es española.

Don Dimas: Ya lo sabíamos.

Fuenmayor: Es un dato.

El helenista: Si, señor: es un dato que no tiene importancia.

Fuenmayor: ¿Como que no?

El helenista: Pues claro. Puede ser italiana, austriaca, francesa.

Domingo: O griega.

Fuenmayor, al helenista, por Domingo: Aquí el amigo es casi un cofrade de usted: poeta.

El helenista: ¡Ah! Yo también lo soy... a ratos perdidos.

-A Domingo-

Si, señor: también puede ser griega. Pero da la casualidad de que no habla el griego antiguo, el de Platon, ni el latín de Lucrecio. Pudo haberlo olvidado. ¡Olvidamos tantas cosas!

Don Dimas:

El helenista: Los hombres, si, pero no los dioses. Los dioses no olvidan nunca nada.

El cura: ¿Cómo lo sabe usted?

Fuenmayor: Los sabios tan sabios como el señor lo, saben todo.

El helenista: Me dijo que había nacido en Chipre

Don Dimas: Como Venus.

El helenista: Pero no pudo probarlo.

Fuenmayor: Pues claro. Venus no tiene cédula ni pasaporte.

El helenista: La hablé de Hefestos, de Hermes, de Zeus, de Juno. Prestó gran atención.

Domingo: ¿Lo ve usted?

Don Dimas: Reconocía a la familia.

El helenista: No, señor. Me escuchó como los niños escuchan los cuentos de hadas.

Fuenmayor: ¿En conclusión?

El helenista: No puedo certificar, como ustedes quisieran, la autenticidad de Venus. Perdería mi crédito de helenista número I. Se trata de una simple criatura mortal, de una vulgarísima mujer de carne y hueso.

Fuenmayor: ¿Está usted seguro?

El helenista, ofendido: Nadie puede estarlo como yo.

Los cofrades, exceptuando el médico:

¡Que calamidad!

¡Que atroz desengaño!

¡Es la ruina del pueblo!

¡La ruina de la estación!

¡Adios, chalets, playa de moda, alegría, dinero para las tabernas y para el templo!

Fuenmayor, funebre: A propósito de dinero, tenga usted señor sabio: sus honorarios.

-Le entrega un sobre que el helenista se guarda-
No me quedamos que dos soluciones: soltar la vara de alcalde o pegarme un tiro.

Don Dimas: Y a mi colgarme de la campana

Domingo, al helenista: ¡Menuda faena nos ha hecho usted!

El helenista: La que me pidieron:decirles la verdad.

Fuenmayor,de pronto,llevándose aparte al sabio mientras los cofrades siguen con grandes gestos de desolación:¿Y no podria usted engañarnos?

El helenista: ~~No comprendo~~ ¿Engañarles?

Fuenmayor: O engañar a los demás

El helenista: La ciencia no engaña

Fuenmayor: ¡Bah! Tonterias De engañar viven el sabio y el ignorante. ¿La verdad? Camandulas

El helenista: ¿Porqué me llamaron,pues,ustedes,sino para decirles la verdad?

Fuenmayor: Porque esperábamos que su verdad de usted coincidiria con la nuestra

Domingo, en el fondo, a D.P. Martir: ¿Y que hago yo ahora con mis versos?

Don Pedro Martir: Dedíquelos a la Virgen y mándelos a los juegos florales.

Don Valentin: O léanoslos a todos los del pueblo para castigarnos de haber creído en Venus

Fuenmayor: ¿Y callar,podria usted? ¡Callar no es difícil!

El helenista: Para un intelectual, si.

Fuenmayor: ¡Cállese usted, por favor! ¡Cállese o nos arruina! ¡Pida lo que quiera pero cállese!

-Y el sabio se calla,perpáejo.Y el monterilla advirtiéndolo,le coge del brazo y se reúne al grupo-

¡Albricias, señores! El gran sabio, gloria de la intelectualidad de la patria, se ha compadecido de ~~xxxxxxx~~ nuestra situación lamentable, casi trágica, y está dispuesto a salvarnos, a sacarnos del atolladero!

El helenista: Pero si es que yo....

Todos: ¡Hurra!

¡Viva!

¡Vivan los hombres flamencos!

¡Gracias en nombre del trafico ferroviario!

¡Que el Señor le bendiga!

Fuenmayor: Habrá que demostrar nuestro agradecimiento con algo más que con gritos.

Todos: ¡Con lo que sea! ¡Con lo que sea!

Fuenmayor, con voz y gesto tribunicio: Como soy hombre práctico, hombre que va a lo suyo, y como además soy vuestro alcalde y sé que obras son amores y no buenas razones, creo que para honrar a ese faro de la sabiduria debemos regalarle una casa por suscripcion nacional.

Todos: ¡Se la regalaremos! ¡Se la regelaremos! ¡Viva Venus! ¡Viva el alcalde del pueblo!

-Mucho barullo.Gran algazara.Se abrazan, le abrazan al Helenista.

El señor Canario: ¡ Mentecatos! ¡ Sandios!

El helenista, lleno de pasmo: ¿ Quien es ese hombre?

El señor Canario: ¿ Y tu? ¿ Quien eres tu?

El helenista: Un sabio.

El señor Canario: Un tonto. Yo soy un loco.

Fuenmayor: Vamos, señor Canario, un poco de formalidad.

El señor Canario: Los locos no tenemos formalidad.La formalidad se queda para vosotros los tenderos, los alcaldes, los granujas, los mercachifles que comerciáis con todo y arrambáis con todo y a todo le ponéis etiquetas. ¡Gorrones! ¡Fantoches siniestros y ridiculos que estais matando la vida! Porque la vida, tenedlo entendido, no es la formalidad, ni el hacer leyes, ni el hacer dinero.La vida es la inconsecuencia, la generosidad, la imprevisión, lo absurdo, la locura. Convertís la luz en tinieblas, la alegría en algarabía torpe, el amor

en matrimonio ¡ Queriais convertir a doña Venus en una mujer cual quiere! ¡ Cretinos! ¡ Mamarrachos que vivis de la mentira!

El helenista, azorado: Vine en nombre de la verdad, para descubrir la verdad.

El señor Canario, cada vez más furioso, más Quijote: ¡ Tu que vas a descubrir, fantasmón! Tu verdad es la mas burda y fea de las mentiras.

Sois un rebaño de animales dañinos y desagradables a los que hay que exterminar. Sois una recua infecta de señores formales.

¡ Muera la formalidad! ¡ Viva la locura!

-Desaparece El señor Canario-

El helenista, apabullado: ¡ Que tio! Es un revolucionario, un iconoclasta.

Domingo: Al pobre no le funciona bien la cabeza.

Don Dimas: No le haga usted caso. Es un infeliz!

El helenista: Puede que sea, en efecto, un infeliz, pero nos ha insultado. Ha insultado a la autoridad y al intelecto, dos cosas sumamente respetables, flor de la civilizacion.

Don Valentin: El incidente no tiene importancia.

El helenista: Puede que no la tenga, puede que se trate de un infeliz. A mi no me gusta el trato con infelices, sino con sabios. En el Ateneo y en la Universidad le prohibirian la entrada.

-Con una transicion-

En fin, señores, no quisiera perder el tren...

Fuenmayor: Le acompañamos a la estación. Pero lo dicho, dicho.

-Comparece una chica con un gran ramo de rosas que ofrece al Helenista. Fuenmayor grita apartando a la chica:

¡ No, por Dios! ¡ Rosas, no!

Cuadro II

En el blanco zaguán de la casa de Aurelia. Es por la mañana. Aurelia y Venus, sentadas en una sillita y con la almohadilla apoyada en otra silla, hacen encaje de bolillos.

Aurelia: ¿Estuvo muy pesado, Maria?
Venus: Muy pesado, si... Como le he contado a usted ya, me parece haber vivido una primera vida.
Aurelia: Si, hija. Pero eso son quimeras, fantasias. Nadie vive más de una vida.
Venus: ¡Quién sabe!

-Una brevísima pausa, una leve transición-

Pues bien: en mi primera vida los sabios no eran tan feos ni engorrosos como los de hoy.

Aurelia: Todo degenera.
Venus: Me quiso convencer de que yo no era yo, cosa que, claro está, me llenó de pasmo.
Aurelia, sonriendo bonachonamente: ¿Y tú quien eres?

Venus: Pues no sé.
Aurelia: ¿Lo estas viendo? Nadie sabe quien es, nadie se conoce a si mismo.
Venus: Pero es que el sabio tampoco lo sabia.
Aurelia: Tiene razon el señor Canario: los sabios son unos tontos. Eres Maria y sanseacabó.
Venus: Como usted quiera.
Aurelia: ¿No te importa?
Venus: No, porque el nombre que quiere usted darme no me transformará en otra mujer. Maria o Venus, todo es uno y lo mismo.

-Una pausa. Las dos mujeres trabajan silenciosamente-

Aurelia: Venus o Maria, eres un personaje importante y no te dejarán tranquila. Me dijo el alcalde...
Venus: ¿Mercurio?
Aurelia: ¿Porqué le has puesto ese remoquete?
Venus: No es un remoquete: es el nombre de un dios protector de los comerciantes y los ladrones.
Aurelia, riendo: Pues entonces le sienta que ni pintado al alcalde, que es mas ladrón que Caco. ¿Como se te ocurrió aplicárselo?
Venus: Porque se le parece a Mercurio

-Ya Recordando las palabras de Jupiter-

Ya me lo advirtieron.

Aurelia, contemplandola un instante con supersticioso pasmo: Bueno, pues ese: el alcalde, me dijo que habian llamado a otros sabios del extranjero.
Venus: ¿Para que?
Aurelia: Para que nos digan quien eres.
Venus: ¿Si no lo sé yo, como van a saberlo ellos?
Aurelia: Los sabios lo saben todo.
Venus: ¡Que pena!
Aurelia: ¿Porque?
Venus: Porque lo que se sabe carece de atractivo. Solo interesa lo desconocido, lo que se ignora
Aurelia: Cuando lleguen esos ~~extranjeros~~ extranjeros habrá que encerrarle al señor Canario, no vaya a repetir el escándalo del otro dia.
Venus: El señor Canario cree en mi.
Aurelia: Tal vez por que está loco.
Venus: Tal vez. Pero los tontos no pueden creer. Ni en mi ni en nadie.
Aurelia: En Dios, que es muy misericordioso.

Venus: Los tontos no tienen Dios.

Aurelia: ¿Y tu?

Venus: Tengo el que usted ha querido darme.

Aurelia, con recelo: ¿Pero le amas y le respetas?

Venus: Porque le ama y le respeta usted.

Aurelia: A pesar de tus rarezas, eres una ~~buena~~ buena chica, Maria; una chica excelente.

-Venus, agradecida, sonrie-

Y todos debemos congratularnos de tu presencia. Desde tu llegada, reinan en el pueblo, la simpatía, el amor; desaparecieron los odios, se esfumaron como el humo las rencillas; se han despertado en todos sentimientos de cordialidad, de benevolencia, de respeto; todo el mundo se quiere... Los solteros se enamoran; los casados, que habían olvidado hasta el tiempo el amor, o que lo creían una palabra vana, invención de los poetas, sienten que renace en su corazón como un rosal viejecito que da sus últimas rosas. Los pobres seres humanos se aman de nuevo y han aprendido cuanta ternura, cuanta bondad puede haber en una sonrisa.

Venus, sonriendo misteriosamente pero quitándole importancia al hecho: Será porque ya son buenos de sí.

Aurelia: Seguramente: quien tuvo, retuvo... ¿Te has fijado en que entre los que vivimos a la vera del mar no abundan los seres de instinto torpe y atrevido, como ocurre entre los montañeses? Será que ese gran aire y esa gran claridad ahuyentan todas las tinieblas del alma del hombre. Si es lo que yo digo: con un aire tan puro, con una luz tan limpia aquí no puede haber gente mala.

-Con una transición-

Porque Alacran no cuenta.

Venus: No cuenta porque no es malo.

Aurelia: ¿Como que no?

Venus: Como que no: es desgraciado. No le mire ~~con~~ usted con rencor, no le ~~mira~~ trate con desprecio y con asco. Trátele con cariño, apiádense usted, déle usted un día un beso...

Aurelia, escandalizada: ¿A ese bicharraco?

Venus: A ese bicharraco, sí... y se fundirá su maldad como el sol, que también sabe besar, funde la nieve.

Aurelia, después de transcurrido un instante: ¿Lo estás viendo como si es cierto que obras milagros? Ya no le odio a tu protegido Alacran; ya me inspira compasión.

Venus: No es que obre yo milagros: es que es usted muy buena.

Aurelia: Como todos los de por acá.

Venus, pensativa: Puede que tenga usted razón. Aquí no habrá gente mala, como usted asegura, pero hay, en cambio, mucha gente enferma. ¿Porque habrá tantos enfermos en las orillas del mar?

Aurelia: Pues te diré: porque este aire es muy recio y come mucho, sabes? Y los hombres, los pobres, comen muy poco.

Venus: ¿Es que no tienen apetito?

Aurelia: Es que no tienen dinero. El oficio cada día está peor. A veces no comen porque pescaron poco, y otras porque la pesca es tan abundante que hay que tirarla.

Venus: No me lo expliques. ¡Que extrafalarios son los hombres!

Aurelia: En tu tierra no son así?

Venus: No. En mi tierra no eran así. En mi tierra no había enfermos, no existía la enfermedad.

Aurelia, exceptica: ¡Vamos, Maria, no digas tontadas! ¿Es que la gente no se moría?

Venus: Sí.

Aurelia: ¿Pues entonces?

Venus:

Venus: Pero no de enfermedad: morian guerreando. La enfermedad es fea, repugnante. Es cruel, es inhumano ver sufrir a una pobre criatura y sentirse impotente ante la fuerza atroz de su sufrimiento.

Aurelia: Dios lo ha querido asi.

Venus: No lo creo. No puedo, no quiero creerlo.

Aurelia: ¡Hija! ¿Porque?

Venus: Porque usted me ha dicho que Dios es bueno.

Aurelia: Y lo es, tenlo por seguro.

-Con fé ingenua de pobre mujer-

Nos carga de miserias y penelidades para que nos hagamos dignos del Paraiso

Venus: ¿Qué es el Paraiso?

Aurelia: El cielo, la morada de Dios.

Venus: Comprendido: el Olimpo. ¿Entonces, tienen ustedes entrada en el Olimpo?

Aurelia: En el cielo, los que fueron buenos cristianos en la tierra.

Venus: En mi pais lo que usted llama cielo está reservado a los dioses y los mortales no tienen acceso a él.

Aurelia: Porque, por lo visto, no sois tan demócratas como nosotros. La religion catolica es muy democrática.

Venus, pensativa: ¿Que raro que ustedes, criaturas de barro mortal, tengan tambien otra vida!

Aurelia, muy convencida: ¡Una vida eterna!

Venus: ¿Que raro!

Aurelia, picada: Todo lo que quieras, pero es la verdad.

Venus, conciliadora: Si no ^{lo} dudo, Pero los humanos son dignos de vida eterna.

la vida eterna? ¡Y para que querran los humanos la vida eterna?

Aurelia: Mira, hija, será mejor dejarlo porque no sé qué decirte y se me pone la cabeza como una grillera. Tus preguntas son tan dificiles de contestar como las de los niños, que la dejan a una llena de pasmo.

Venus: No haga usted caso. Hablar por hablar.

-Las dos mujeres trabajan silenciosamente. En la calle, bajo el cielo de estio, brota el lento y quejumbroso pregón de un vendedor ambulante-

Un vendedor ambulante, invisible: ¡Botijos! ¡Para conservar el agua fresquita como la nieve!... ¡Botijos!

Venus: ¿Y a la enfermedad sigue la muerte?

Aurelia: Algunas veces. No siempre.

Venus: La muerte, por más limpia y franca, me parece preferible a la enfermedad.

Aurelia: ¡Hija, Maria, no digas barbaridades!

Venus: ¿Se asusta usted? ¡Claro! Ustedes han hecho de la muerte una cosa fea y horrenda, una cosa odiosa. Antaño yo la veia en la figura de un adolescente desnudo y coronado de anémonas que apagaba una antorcha -la vida humana- con el pie. Para ustedes, en cambio, es una calavera, unos trapos negros muy feos, un coche negro, unos cantos que dan frio, unas gentes llorosas y vestidas de negro. ¿Por qué, para llorar, se visten ustedes de negro?

Aurelia: Por respeto al difunto.

Venus: No comprendo.

Aurelia: La muerte de un ser querido es una cosa muy seria, una cosa muy triste que nos llena los ojos de lágrimas.

Venus: No sé qué son las lágrimas. No sabria llorar.

Aurelia: ¿Que no sabes llorar?

-La contempla absorta, pasmada-

Venus: A veces, hija, me das miedo.

Aurelia: ¿Yo?

Aurelia: Tú, si: por las cosas raras que dices. ¡No saber llorar! Todo el mundo sabe.

¡Desgraciadamente!

-Suspira-

-En la calle, ante la puerta de la casa se detiene El señor Canario, que lleva en la mano, apretándolo sobre el pecho-llamada de oro en el mísero atuendo- un gran ramo de retama.

El señor Canario: Buenos dias, doña Venus.

Venus, sonriendo: Buenos dias, mi caballero andante.

El señor Canario: Tu Caballero de la Triste Figura.

-A Aurelia-

¿Entro?

-Y, sin aguardar respuesta, entra, diciendo:

Entro.

Aurelia: ¿Por qué pides permiso si ya estás dentro?

El señor Canario: No pedia permiso. No lo pido nunca. ¿Para qué? Piden los pordioseros, pero no nosotros. Sencillamente: preguntaba.

-Se sienta. Le tiende el ramo a Venus-

Para ti.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Coge el ramo y lo deja en su regazo. El señor Canario la contempla absorto, muy serio-

¿Que me mira usted?

El señor Canario: Tienes el regazo lleno de sol. Resplandeces como la luz. ¿Te gustan las flores?

Venus: Sí me gustan.

-Hundiendo el rostro en el mazo dorado-

La retama huele a tarde de estio.

El señor Canario: No te faltarán flores, doña Venus. Te traeré espliego, que huele a mujer limpia y bonita; romero, que tiene unas florecillas azules en cada una de las cuales se prende una abeja de oro. Y te traeré albahaca, que huele a noche de San Juan.

Venus: Gracias, señor Canario.

-Se abstrae, silenciosa, apenada, en su labor. Música leda de los bolillos en el silencio. Más lejano, el pregón.

El señor Canario, que la observa atentamente: ¿Qué te pasa, doña Venus? ¿Te han hecho alguna barrabasada los cuerdos del pueblo? ¿Te han ofendido?

Venus: No, señor Canario.

El señor Canario: ¿Voy en busca de Alacran?

Venus: ¿Para que?

Aurelia: ¡Ese nos faltaba!

El señor Canario: Juró defenderte. Dice que al que te falte al respeto, lo mata!

Aurelia: ¡Jesus, que horror!

Venus: No, señor Canario: nadie me ha molestado, nadie me ha ofendido.

El señor Canario: ¿Entonces porque estás triste?

Aurelia: Bobadas. Hablabamos de la muerte.

El señor Canario, severamente: No se debe hablar nunca de la muerte. La muerte no

existe.

Venus, como resucitando al conjuro del loco: ¡Verdad que no?

Aurelia: ¿Como que no?

El señor Canario, a Aurelia, con desden: Pues claro que no. Pero tu, Aurelia, eres demasiado sensata y no te has enterado.

-A Venus-

No: la muerte no existe y somos nosotros los mortales quienes la matamos. Solo existe el olvido, ¡y ese si que es muerte verdadera y definitiva! Pero cuando no se olvida no se muere. La vida eterna somos nosotros los locos y no los dioses quienes la damos o la negamos. La vida eterna es el recuerdo que los que amamos un dia encendieron en nuestro corazón. Para que te des cuenta: tu, doña Venus, vivirás eternamente porque ~~perdurarás~~ en nuestro recuerdo... Hace ya tiempo te hablé de un amigo mio de papel, un caballero muy cabal y afortunadamente, muy loco.

Venus Si, si lo recuerdo. Me dijo usted que me lo presentaria.

El señor Canario, sacando un libro del bolsillo y dandoselo a Venus: Aqui lo tienes. Se llama Alonso Quijano el bueno y es hijo de otro loco llamado Miguel. Pues bien: don Alonso, o don Quijote, como quieras, vive, comprendes? vive mucho más real y efectivamente que los fantoches que has conocido aqui en el pueblo: el cura, el alcalde, el jefe de estación, el sargento de la Guardia Civil. Esos andan, comen, eructan sobre todo lo ~~xxxix~~ noble y lo bello, pero están muertos: porque son demasiado cuerdos y los cuerdos no saben amar. A esos nadie les recordará, nadie les dará vida eterna gracias al milagro del recuerdo. No, de la vida eterna no gozarán los cuerdos sino los locos.

Aurelia: ¡Cuanto desatino, señor!

Venus: No son desatinos.

Aurelia, escandalizada: ¡Como que no? ¡Pero, Maria, por Dios!

El señor Canario, melancolicamente: El mundo está perdido porque las gentes son demasiado sensatas.

-Poniendose en pie-

¡Muera la muerte!

Venus, muy alegre: ¡Si, señor Canario, si! ¡Muera la muerte!

Alacrán, asomando por el fondo: Berto está muy ~~xxxix~~ enfermo y la llama a usted, señora.

=====

Cuadro III

Una blanca estancia. Una ancha ventana abierta al mar.

Una camita junto a la ventana, y en ella, enfermo, muy enfermo, Berto: la faz chupada; afilada la nariz; los ojos, que tienen una mirada febril, hundidos en las cuencas; pálidas, huesudas, las manos.

-Venus -que se halla, como todos los días, a la cabecera de la cama- había hecho de Berto un hombre. La enfermedad, a zarpazos brutales, lo ha devuelto a su condición de ~~hombre~~ niño. También Venus, en su contacto con el amor y el dolor humanos, es más mujer y su vida olímpica se ha transformado en ese puñadito de arcilla que es la vida de las humanas criaturas sujetas al mal físico, al metafísico y al moral. Va mediada la tarde, una tarde de Julio, y la claridad deslumbrante del cielo y del mar danle a la blanca estancia irreales tonalidades de agua marina.

Venus, mostrándole una brazada de retama que dejó encima del lecho: Te he traído flores.

Berto: Antes te las traía yo a ti. No quería ser menos que el señor Canario.

Venus, riendo: ¿Tenías celos?

Berto, con ingenuo orgullo: ¿Yo? ¿De nadie!

-Por las flores, con supersticioso temor-

Quitálas de ahí. Las flores en la cama de un enfermo son de mal agüero.

-Venus coge las flores y sale con ellas. Un momento para dar tiempo a que ~~xxxxxx~~ Venus regresase.

Venus: Hoy tienes mejor aspecto.

Berto: Gracias por tu buena intención.

Venus: ¿Como?

Berto: O por tu mentira.

Venus: ¿Por qué voy a mentirte?

Berto: Porque a los enfermos se les miente siempre. Cuando gozan de buena salud las gentes se mienten unas a otras con gran desfachatez o con una absoluta tontería. Y todos aceptan, o fingen aceptar la moneda falsa de la mentira como si fuera oro de ley. Los enfermos no nos tragamos la mentira así como así.

Venus: No te miento.

Berto: Pero te engañas, y el engaño, torpe o piadoso, es siempre inútil. A pesar de mi aspecto tan rozagante...

Venus: Yo no he dicho tan rozagante. Pero estás mucho mejor que ayer. ¿Quieres mirarte al espejo?

Berto, con miedo: ¡No, no! No...

Venus: Te has propuesto hacerme rabiar; hundirme de nuevo en la inquietud, en la angustia.

Berto: No, mujer. Me he propuesto, simplemente, abrirte los ojos a la realidad.

-Tristemente-

Me he propuesto decirte que no te hagas muchas ilusiones. El desengaño sería peor.

Venus: Te veo muy resignado.

Berto: ¿Que remedio me queda? No se puede luchar contra lo inevitable.

Venus: Pero lo inevitable es perderme.

Berto, lívido, con un estremecimiento de horror: Lo sé. Pero no debes decirme lo.

-Una pausa breve, densa, preñada de malos presagios-

Venus: ¿Ha venido el médico?

Berto: Como todos los días.

Venus: ¿Qué ha dicho?

Berto: Lo de todos los días: nada. Puede que no confie salvarme.

Venus: ¿Sabe qué es lo que tienes?

Berto: Sí. Físico, como tantos otros, como casi todos. Los pescadores no podemos elegir: o ahogados en alta mar o tuberculosos.

Venus: ¿Los médicos no se equivocan nunca?

Berto: Algunas veces, cuando confían en salvar al enfermo.

Venus: La Esfinge no se equivoca nunca. Y el médico no es la Esfinge.

Berto: (Una mirada de extrañeza)

Venus: Pero esta vez se equivocará si cree no poder salvarte. ¡Lo quiero!

Berto: También lo quiero yo. Pero ni tú ni yo podemos nada contra la muerte.

Venus, con la angustia infinita del que se dispone a luchar contra un fantasma: La muerte no existe, Berto.

Berto, sorprendido: Me has llamado Berto por primera vez, y no Adonis, como antes.

¿Porque?

Venus, extrañada, no explicándose el cambio de nombre: Pues no sé. Tal vez porque es Berto y no Adonis, el hombre real y no el mito, quien está en peligro, y quiero salvarle para salvarme yo.

Berto: ¿Por qué dices que la muerte no existe?

Venus: Porque quiero que no exista.

Berto: Querer o no querer...

Venus: Y porque lo dice el señor Canario.

Berto: Pero el señor Canario está loco.

Venus: ¿Y la muerte no será una locura?

Berto: Una locura siniestra que llega y nos agarra cuando la vida nos ofrecía su sonrisa más placentera. Mi sonrisa, María, la que me tocó en suerte, eres tú.

Venus: Te he llamado Berto y no Adonis. Me has llamado María y no Venus. ¿Porque? ¿Lo sabes?

Berto: Porque en la hora de la muerte no se sabe, no se puede mentir.

Venus: Ni en la de la vida, cuando la vida es verdadera y no ficción. Tiene razón el loco: la muerte no existe. Yo no la vi nunca.

Berto: La verás en mi rostro: en mis ojos, que ya no podrán mirarte nunca más; en mi boca, que ya nunca más podrá besarte. Pero mis ojos se llevarán, como un espejo embrujado, la imagen de tu rostro, que ya no será para nadie lo que fue para mí. Y tu boca ya no podrá besar a nadie como me besó a mí.

Venus: Lo sé. Y quiero que así sea.

Berto: ¿Te acuerdas de las tardes en el pinar? ¡Fue maravilloso!

Venus, sonriendo tenuemente: Sí, pequeño: fue maravilloso.

Berto: ¿Qué de mejor podía darme la vida que el don magnífico de tu cuerpo que me convertía, a mí, tan pobre! en el más grande, en el más rico de los hombres! No, no quisiera morir porque no quisiera perderte.

Venus: No temas: no morirás. No me perderás. No se matan así como así la mirada y el beso. Olvida tu presente triste. El presente tampoco existe, sabes? Se vive por el pasado y por el futuro, por el ayer y por el mañana.

Berto: Mi presente eres tú.

Venus: Y yo vivo por el pasado y para el futuro. Mañana, no te quepa duda, volverán a amanecer el beso y la mirada, la sonrisa y el cántico de resurrección.

Berto: Por los que han vivido una vida triste y tediosa morir no tiene importancia. Pero para mi, para mi, Venus, Maria, amor, que he besado tu boca, que he pasado de niño a hombre besando tu boca, que triste, que amargo es morir! Yo quisiera vivir para ti, para acurrucarme a tus pies y mirarte arrodillado, para tocar con mis pobrecitas manos tu carne cálida que parece de seda y huele a triguillo maduro, para dormirme en tu regazo al arrullo de tu voz y soñar contigo.

-Conteniendo un sollozo-

Y me dormiré para siempre sin ti y sin poder soñar contigo. Y mi boca, que tu boca besó, la besará la tierra.

Venus: ¡No! La tierra no da besos: da flores para los que se besan.

Berto: Ya no volveremos al pinar que ocultó nuestro amor a los ojos rapaces de los que no saben amar. Ya no aparecerá en la playa la barca de tu pequeño Adonis que te traía en sus velas la última estrella de la noche y el primer rayo de sol de la mañana. Ya no subiré al monte a coger la retama de oro que despues te prendias en el pecho. Ya no descenderé al fondo del mar, palacio de las sirenas que velan el sueño eterno de los naufragos, en busca del arbolillo rojo que te prometí. Pero no temas: no moriré del todo y te hablarán de mi la retama, los pinos, los luceros cuando se funden con el alba, el sol recién nacido y las olas del mar.

Venus, con una gran ternura: ¡Que sarta de disparates y mentiras! ¿No sería mejor que te callaras?

Berto: Déjame hablar. ¡Le temo tanto al silencio! ¿No sabes que pronto me callaré para siempre? ¿No sabes que ha de llegar el momento en que me llamarás y yo no ~~te~~ estaré?

Venus, que intenta vanamente ocultar su angustia: ¿Que atroces desatinos estas diciendo? ¿O quieres asustarme? Pues es inutil, sabes? Yo no me asusto así como así. Soy una mujer de temple, de mucho mas temple que tu. ¡Habrase visto!

Berto, sumiso, con una pàlida sonrisa: Bueno, bueno. Me callaré, no temas.

-Ya no hay sol y el cielo que se vislumbra por la gran ventana al pasado del azul cobalto al rosa, un rosa que lentamente se difumina en malva. Una pausa-

Venus: ¿Que hacen los hombres cuando un ser amado va a morir?

Berto, mirándola extrañado: ¿No lo sabes? Lloran

Venus: ¡Ah, si!

Berto: Y le piden a Dios que salve la pobre vida que naufraga.

Venus, arrodillándose junto a la cama: ¿Y Dios les oye?

Berto: Dios está lejos, demasiado lejos. *de*

Venus: Mis dioses compartieron la vida *de* las humanas criaturas.

Berto: El nuestro tambien, pero lo crucificamos. Y agoniza eternamente en la cruz.

Venus: Yo pediré tu vida a los míos. Y no me la negarán. Morir es incomprendible.

Berto: Es espantoso. Sobre todo cuando se ama, cuando uno despierta a la vida del amor. Antes de llegar tú, tenia poco apego a la vida. Vivir era habitar una casa muy pobre, comer muy parcamente, trabajar como los hombres sin haberme reido como los niños, entregar cada sábado un puñadito de monedas a la madre ~~ve~~deja y triste. ¡Era entonces cuando debí morir y no ahora!

Venus: Y tu madre? ~~Has pensado en ~~me~~ ~~ver~~ ella?~~

¿Que habria sido de

Berto: Viviamos tan pobremente! Podia darle tan pocas alegrías!... 44
Madre hubiera ido en mi busca. Estoy seguro. Las mujeres saben quedarse sin el hombre. Las madres no saben vivir sin el hijo.

-Despues de un breve silencio-

¡Que difícil resulta morir despues de saber que la vida es algo más que el trábajo duro en el mar y la casa mísera en tierra!

-En la calle cantan los niños y chillan en el aire los vengejos-

Porque cuando se es pobre, sabes?, cuando se padece hambre y se tiene una casa fea, y se anda mal vestido, y a nuestro paso sólo hallamos la indiferencia o la brutalidad, morir es cosa facil. Pero tú me habias enriquecido y habias hecho mi vida bella como un cuento de hadas, alegre como una canción muy alegre. ¡Que tesoro me diste, Venus, Maria, Amor!

Venus: ¡Y tú crees que, poseedor de semejante tesoro, puede uno morir?

Berto: Cuentan que el amor es ciego...

Venus: No lo creas. El amor tiene cien ojos, como Argos.

Berto: No lo creo. Pero creo que debe ser ciega la muerte que, en vez de llamar a las puertas del corazón de un viejo, llama a las del corazón de un mozo que se lanza, ébrio de ímpetu, al encuentro de la vida.

Venus: Cuando el ímpetu es verdadero, se vence a la muerte. Y tú eres un muchacho valeroso.

Berto, tristemente: Temo que estés en un error. Lo fui: ya no lo soy.

Venus: Pues hay que reaccionar y volver a serlo.

Berto: Hay que poder.

Venus: Podrás. Se puede cuando se quiere.

Berto: A veces, no.

Venus: Siempre. ¡Has pensado en cómo sufriría yo viéndote morir? ¡Has pensado en tu madre, esa ancianita tan buena, tan noble, tan santa, que sospecha lo que hay entre tú y yo y lo perdona? Tú eres su luz y su cántico, su razón de vivir, su báculo florido.

Berto: Sufriría mucho, lo sé. Pero no tienes idea de lo espantosamente que debe sufrirse viendo morir a la madre.

-Una pausa-

¡Que sola se quedaria sin mi!

Venus: No.

Berto: ¡Que no?

Venus: Vendría yo a verla todos los días. Me tendría a mí, le quedaria yo, que le hablaria de ti siempre, siempre. Y en mí seguirias viviendo para ella. ¡Lo estás viendo, tontaina, querido, como la muerte no existe?

-Y rompe a reir y los ojos se le cuajan de lágrimas que dan más luz a su mirada.

Berto la contempla extrañado, extasiado-

Berto: ¡Qué te pasa? ¡Qué hay en tu mirada que hace de ti otra mujer, que te hace más mujer? Ven. Acércate.

-Venus acerca su rostro al de Berto, que exclama con apasionada ternura, con apasionado asombro-

¡Pero si estás llorando!

Venus: ¡Y yo que no sabia llorar! Mis primeras lágrimas de mujer han sido para ti.

Berto, muy atribulado: Anda, no llores. ¡No llores!

-Tose desgarradamente. Se lleva un pañuelo a la boca. Lo mira, despues de toser, y lleno de pánico, lo esconde debajo la almohada para que ella no lo vea. Des-

pues, febrilmente, añade:

Me siento mejor, sabes?... Me siento mejor... Tenias razon: la muerte no existe... Volveremos al pinar, volverás a esperar en la playa el regreso de la barca de tu pequeño enamorado... Pronto abandonaré el lecho, pronto saldré a la calle. Las gentes diran al verme: "Berto ha resucitado. Parece cosa de milagro. Con lo enfermo que estaba". Y no sabrán que el milagro lo has hecho tú con tu amor, no, sabran que no he querido morirme porque tú vivias...

-La estancia se sume en la penumbra azulada del crepusculo-

Volveremos a nuestra vida de ayer, resucitaremos nuestra buena vida de ayer... ¡La muerte no existe!... Y por la fiesta mayor... ¡Tu no sabes lo que es la fiesta mayor?

Venus: No, Berto.

Berto: Es un gran cantar de campanas lanzadas al vuelo, todas las calles del pueblo engalanadas, función en el teatro, el castillo de fuegos artificiales en la playa con sus bengalas multicolores, el baile en el entoldado...
¿No sabes lo que es un entoldado?

Venus: No lo sé, no.

Berto: Es un palacio que brota a la orilla del mar como ~~xxx~~ por arte de birlibirloque... Un palacio lleno de cortinas de colores gayos, lleno de luces, de músicas... ¿En tu tierra no los hay, verdad?

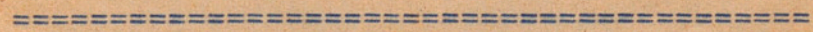
Venus: No. Pero puesto que los hay aquí...

Berto: Pues claro! Bailarás conmigo en el entoldado para que todo el mundo rabie de envidia... Y al día siguiente, para darle el adiós a la fiesta mayor, se celebra al anochecer una procesión de barcas en el mar. Las barcas se adornan con flores y papeles de colorines, sabes? se visten de fiesta. Y las gentes que las tripulan, vestidas con sus ropas mas elegantes, blanden cirios encendidos que ponen, al reflejarse en ellas, estrias doradas en las olas azules coronadas de espuma... Las mujeres con sus mantillas de blonda, los pescadores con su camisa blanca y su barretina encarnada.. Y en una barca van los músicos, que tocan sin cesar. Y en otra, bajo palio, con su manto de pedreria, la santa, la patrona del pueblo. Nosotros iremos tambien: yo remando; tu de pie a proa, como una Virgen, mi Virgen del amor hermoso. Venus y Adonis -se acabaron Berto y Maria- y en el cielo de la noche de Agosto las estrellas, pasmadas de tantas luces en el mar, echaran a volar persiguiéndose una a otras...

-Ha caido la noche. Ya no se ve a Berto ni a Venus y solo se oye la voz febril del moribundo, que corta, de pronto, un golpe de tos. Por la ventana se divide un cielo cuajado de ~~xxxxxxx~~ ~~xxxx~~ luceros.

En la oscuridad el enfermo tose desgarradamente mientras descende el telon y termina el

segundo
acto



A C T O T E R C E R O

+++++

Cuadro primero

El jardin en casa del alcalde. Fuenmayor está poniendo las sillas en fila, al pie del muro, como en el primer cuadro del segundo acto.

El Helenista le contempla distraidamente. Una vez terminado su trabajo, Fuenmayor, con cara de pascuas, se acerca al Helenista.

Fuenmayor: Me da pena ver^{le} tan cariacontecido.

El helenista, grave como un funeral: No querrá usted que me ponga a bailar.

Fuenmayor: No, señor. No me parecería nada bien en un helenista como usted. Tengo la vaga sospecha de que los helenistas no saben bailar.

El helenista: Acierta usted.

Fuenmayor: Además, los del pueblo le tomarían a usted por un cofrade del señor Canario.

El helenista: ¿Quién es el señor Canario? ¿Otro helenista?

Fuenmayor: No: es un loco.

El helenista: ¿El del otro día?

Fuenmayor: Si, señor.

El helenista: ¿Supongo lo habrán encerrado ustedes?

Fuenmayor: No pudimos dar con él. Pero no tema usted: es inofensivo. El sargento de la Guardia Civil anda en su busca y a estas horas estará batiendo el monte.

El helenista: ¿Pues no acaba usted de decirme que se trata de un ser inofensivo?

Fuenmayor: Si, señor: de un ser completamente inofensivo que a usted le es muy antipático

-Con una transición-

Además, como aquí no hay robos ni asesinatos, la caza del loco es una diversión

El helenista: Diversión excelente. Me tranquilizo. Tengo fe en la Guardia Civil

Fuenmayor: También yo. ¿Qué sería de nosotros, pobres alcaldes, sin la Guardia Civil?

El helenista, malhumorado: No me interesan los alcaldes. No son helenicos.

Fuenmayor: Ya se: a usted le interesan, y le preocupan, esos sabios extranjeros que han venido a dictaminar acerca de Venus. Pero no tema: podrá usted con ellos, los convencerá. Me lo dice el corazón. Donde esté un sabio español, que son los mas largos, los mas pillines, que se quiten todos los sabios del mundo. ¡Hay que ser patriota, señor helenista!

-En tono campanudo y mitinesco-

Va usted hoy a librar una batalla por España. Y tiene usted la obligación de vencer. No lo olvide. Por lo demás, no le preocupen a usted sus colegas extranjeros. Si usted no logra convencerles les convenceré yo. Ya sabe usted que tengo buena mano.

-El helenista, de epidermis muy dura, no se sonroja-

Es mucho más difícil ganar unas elecciones. ¡Y yo las gano siempre!

-Con una transición-

Diga usted: ¿esos sabios extranjeros tienen, como usted, la manía de comerse las rosas?

El helenista: Lo ignoro.

Fuenmayor: Mandaré poner un gran ramo en la mesa por si les apetece.

-Transición-

¿Que? ¿Nos vamos a tomar una copita de jerez?

-Lo coge familiarmente del brazo y se lo lleva. A poco, en lo alto del muro aparecen El señor Canario y El poeta-

El señor Canario: Es aquí.

El poeta: ¿No se puede entrar por la puerta?

El señor Canario: No.

El poeta, que no se extraña de nada de lo que dice el loco: ¿Por qué?

El señor Canario: Porque por la puerta pasa todo el mundo.

El poeta, riendo: Tiene usted razón que le sobra: no podemos pasar por donde pasa todo el mundo.

El señor Canario: Sobre todo, yo. El alcalde, que no tiene la suerte de estar loco, me prohibiría la entrada.

El poeta: ¡Eso, jamás! Le necesito a usted.

-Saltan el muro. Se sientan. El poeta es francés, muy simpático, viste correctamente -ni uniforme de poeta ni cabellos largos- y tendrá unos ~~xx~~ treinta años.

El señor Canario, mirándole muy atentamente al poeta: ¿Me has dicho que eres ~~poeta~~ poeta?

El poeta: Sí.

El señor Canario: ¿Y francés?

El poeta: Sí.

El señor Canario: ¿Los poetas son también sabios?

El poeta: Los hombres más sabios del mundo.

El señor Canario: ¿Y locos? ¿Son también un poquitin locos?

El poeta: Los más locos del mundo.

El señor Canario, muy contento: ¡Magnífico!

El poeta: Por lo visto, siente usted gran simpatía por los poetas.

El señor Canario: Pues claro.

El poeta: ¿Puede saberse por qué?

El señor Canario: Por afinidad. Dime: ¿tus paisanos los franceses son todos poetas?

El poeta, tristemente: ¡Oh, no! Son, por el contrario, muy sensatos.

El señor Canario: Como aquí.

El poeta: Como en todas partes.

El señor Canario: El mundo está perdido. O sea: lleno de alcaldes y sargentos de la Guardia Civil. Porque supongo que en Francia también tendréis alcaldes y sargentos de la Guardia Civil.

El poeta, tristemente: También.

El señor Canario: ¡Que calamidad!

-Reaccionando valerosamente-

Demos de lado a los alcaldes y a los sargentos.

El poeta: Como usted quiera. Usted manda.

El señor Canario: ¿Has visto a Venus?

El poeta: Si.

El señor Canario: ¿Le has hablado?

El poeta: Si.

El señor Canario, con gran ansiedad: ¿Es Ella?

El poeta, con gran entusiasmo: ¡Es Ella!

El señor Canario, casi emocionado: Dios te bendiga, poeta.

El poeta: Y a ti, loco.

El señor Canario: Los otros, los cuerdos, los que le llaman al pan, pan, y vino al vino, los enemigos del ensueño y la fantasía, dicen que hay que estar loco para suponer que una mujer de carne mortal pueda ser Venus.

-Con santa indignación.

¿Pero saben ellos, imbéciles, si se trata de una mujer de carne mortal?

El poeta: No les haga usted caso.

El señor Canario: Otros, como el granuja del alcalde, que es un tipo de caletre corto y uña larga, la explotan, comercian con ella y la convierten, para forrarse de billetes, en atracción de forasteros. ¡Venus, ente de ficción, flor de leyenda! ¡Canallas! No saben que la ficción es más fuerte y auténtica que la realidad. No saben que la leyenda es más verídica que la historia.

El poeta: No se acalore usted: no vale la pena. *¡Venus en Venus.*

El señor Canario: Solo tú y yo, dos locos, es muy hermosa, verdad?

El poeta: Muy hermosa. Diríase que tiene resplandor.

El señor Canario, convencidísimo: ¡Pues claro que lo tiene! ¿Y cuando habla? ¿Te has fijado en cuando habla? Diríase que canta.

El poeta: Si, amigo loco: diríase que canta.

El señor Canario: Y cuando anda parece que está danzando.

El poeta: Danza de friso antiguo, de escultura de Tanagra o de Delos.

El señor Canario: Y todo cuanto dice, lo más humilde, lo más vulgar se embellece al pasar por sus labios.

-De pronto, apesadumbrado-

Pero de un tiempo a esta parte me dá mucha lástima.

El poeta: ¿Por qué? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

El señor Canario: Si, pero no tiene importancia: ha visto a la muerte de cerca. Lo ~~que~~ verdaderamente ~~tiene~~ importante, y engorroso, es que los sabios no la dejan en paz.

El poeta: No tema usted: lucharemos por ella y por su verdad, que no es la verdad de todo el mundo; la defenderemos contra los sabios.

El señor Canario: Eso, si: la defenderemos. ¿Quieres que llame a Alacrán?

El poeta: ¿Quién es Alacrán?

El señor Canario: Uno muy bruto que acabará con los sabios en un santiamén.

El poeta: No, no lo llame usted. La colaboración de la brutalidad suele ser siempre peligrosa y pagarse cara.

El señor Canario: Como quieras.

-Entran Fuenmayor, El Helenista, El sabio alemán -alto, grueso, cuadrado, cara de dogo- y El sabio inglés, magro, frío, desdeñoso-

Fuenmayor, al ver al señor Canario: ¿Cómo es eso? ¿Qué haces tú aquí?

El señor Canario: Lo que tú: estorbar.

Fuenmayor: ¡Largo de ahí!

El poeta: Déjele usted, señor alcalde. Vino conmigo y es muy simpático, muy interesante. No molestará, se lo prometo.

-Al señor Canario-

Siéntese usted, señor Canario y no haga usted caso de nada de lo

que digamos.

-El señor Canario se sienta en una silla que aparta de las demás y le guiña el ojo, sonriendo, al poeta.

Fuenmayor: En fin...

-A los sabios-

Yo les dejo a ustedes. No quiero que mi presencia les cohiba. Hasta pronto, señores

-Los sabios se miran hoscamente, hostilmente, y se presentan

El sabio alemán: Friedrich Hartmann, de la Universidad de Gotinga.

El sabio inglés: Harry Smiles, de la Universidad de Oxford.

El poeta: Marcel Tillon, parisien que no pertenece a la Universidad.

El sabio alemán, indignado: ¿Cómo? ¿No es usted universitario?

El poeta, sonriendo: No, señor: soy poeta.

El sabio alemán, cada vez más indignado: / Pero es inconcebible que al gobierno francés se le haya ocurrido mandarnos un poeta en vez de un helenista!

El poeta: Los helenistas franceses se habian declarado en huelga

El helenista, horrorizado: ¿En huelga? ¿Los helenistas?

El sabio alemán: ¡Que falta de seriedad!

El sabio inglés: ¡Que falta de responsabilidad científica! En Inglaterra, que es un país serio, solo se permite la huelga a los descargadores del muelle. Y eso unicamente cuando los laboristas estan en el poder.

El helenista: Me permito observar a usted que los descargadores ingleses, por no ser helénicos, no nos interesan.

El sabio alemán: Tiene razón el colega español. Sentémonos.

-Se sientan, muy graves y ceremoniosos-

El poeta: ¿Han visto ustedes a Venus?

El señor Canario: / Eso! / Eso es lo que interesa y no los descargadores del muelle!

-El helenista le lanza una mirada fulminante.

El poeta se levanta y le dice al oído:

El poeta: / Cállese usted o nos hechan!

El señor Canario: Me callo.

El sabio inglés: Hemos visto a esa muchacha que se hace llamar Venus.

El helenista, tembloroso: ¿Usted cree que se trata de una supercheria?

El sabio inglés: Y usted tambien, si no es usted un mentecato.

El helenista, corrido: Hombre, yo...yo creo que no lo soy.

El sabio inglés: Suponer factible la existencia de Venus, hoy, me parece una sola lemme majaderia.

El sabio alemán: Los métodos científicos no permiten dar crédito a lo que rebasa las leyes biológicas. Por lo tanto los sabios debemos negar la actual existencia de Venus. No se trata, pues, de la diosa, ya que ello es inconcebible, sino de una mitómana y su estudio pertenece a los psicoanalistas pero no a nosotros.

El poeta: ¿Goethe no resucitó a Helena de Troya?

El sabio alemán: Si, señor, pero Goethe era alemán.

El helenista, timidamente: Sin embargo, la intervención de lo fantástico en lo real...

El sabio alemán, tajante: La ciencia no admite tales intervenciones.

El sabio inglés: Por lo que a mi hace, sólo puedo aceptar a Venus si se halla bien guardada en el Museo Británico.

El sabio alemán: Y yo si se halla en la Pinacoteca de Munich.

El poeta: No olviden ustedes El Louvre!, señores.

El sabio inglés, con desden: / El Louvre!

El sabio alemán, más ogro que nunca: ¡Bah! / El Louvre!

El poeta: No olviden ustedes que Venus no pertenece ni a los museos ni a las bibliotecas

El sabio alemán, dando un respingo: ¿Cómo que no?

El sabio inglés, con desprecio: ¡Infeliz!

El poeta: Ni pertenece a los sabios.

El sabio inglés: ¡Oh!

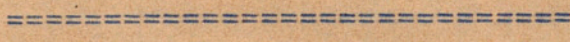
El sabio alemán: ¡Ah!

El helenista: ¡Dios nos coja confesados!

El poeta: Venus se reiria de los sabios y huiria de museos y bibliotecas. Venus, señores, pertenece a los poetas y a la vida, a la vida palpitante de cada dia, que es la que nosotros convertimos en poema. Venus, aunque ustedes lo duden, renace en cada mujer muy bella para poner una aura de amor y una ráfaga de luz deslumbrante en nuestro mundo tan sórdido y odioso que solo se salva por los que aman y los que cantan y no por los que, como ustedes, destruyen; por los que creen, aunque crean en la mentira, y no por los que niegan. La mentira de los poetas es superior a la verdad de los sabios. La mentira de los que creen es superior a la verdad de los que niegan. Venus existe, pues claro que existe. Y está en Madrid y se llama Paloma, y en Berlin y se llama Seppel, y en Londres y se llama Emily, y en Paris y se llama Nenette. Hoy está aqui en este pueblecito a la orilla del mar, bajo este cielo que obra milagros, y se llama Maria. Pero ustedes no supieron, no pudieron verla: se lo impidieron las antiparras de la sabiduria. Ustedes sólo pueden, sólo saben ver a Venus en los museos. Venus no es para los sabios, sépanlo ustdes: Venus es para los poetas y los enamorados.

-El sabio alemán y el sabio inglés le contemplan asombrados, turulatos; El helenista murmura: "Pues, si, señor." Y el señor Canario se levanta y, muy conmovido, le abraza al poeta y le dice:

El señor Canario: / Bendito de Dios! / Bendito! / Eres casi tan loco como yo!



SEGUNDO

Cuadro ~~tercero~~

En casa de Aurelia. Una mañana de Septiembre.

Venus, sentada en una silla, lejos de la puerta de entrada, en el fondo del ~~blanco~~ blanco zaguán, los codos apoyados en las rodillas, el rostro oculto en las manos. De pié ante ella, El señor Canario la contempla, entristecido.

El señor Canario: Ha llegado Septiembre. Pasó la Fiesta Mayor con sus bengalas, sus comilonas, sus bailes y su procesión marina. Anochece pronto y el aire del anochecer huele de nuevo a jazmines y madreselvas. Pronto no habrá ya rosas en los jardines. Pronto se marcharán los de la colonia veraniega, que son tan memos y parecen tan cabales. Pronto nos dejarán tranquilos, doña Venus. Pronto nos dejarán solos.

Venus: Si, señor Canario: pronto nos dejarán solos.

El señor Canario: Tanto mejor. Llegarán las primeras lluvias. Soplará la tramontana y se pondrá bravío y encrespado el mar.

Venus: Y usted tendrá frio, se sentirá transido de frio.

El señor Canario: No lo creas. Nosotros los locos somos seres de excepción y vivimos en un mundo maravilloso que ha privado la entrada al calor y al frio. Además, a la orilla del mar no hace nunca mucho frio. Yo me baño en invierno, desnudo cómo san Juan Bautista, el que no tenia cabeza.

-Venus levanta un momento los ojos y le mira extrañada al loco, que aclara:

Si, verás: se decapitaron por culpa de una mujer. Por no haber sabido evitarlo es por lo que digo que no tenia cabeza. Los santos son gente rara y fantástica. ¿No estarán tambien un poco locos?

-Y como Venus no responde, prosigue:

Por lo demás, en mi casa del cementerio se pasa muy bien en invierno.

Venus, estremeciéndose: Cállese, por piedad.

El señor Canario: ¿Te da miedo el cementerio?

Venus: Me da horror.

El señor Canario: Pero vas con frecuencia. Te veo alli todas las mañanas a primera hora. A veces te acompaña la madre de Berto, que parece ya, como su hijo, un fantasma. Pronto se reunirá con él. Le lleváis flores, las últimas flores del verano último, y las esparcís sobre su tumba.

Venus, con un sollozo: ¡Mi pequeño Adonis!

El señor Canario: Sé fuerte, doña Venus. Sé fuerte contra el recuerdo.

Venus: Es lo único que me queda de él: su recuerdo. ¿Y quiere usted que lo eche a la basura del olvido?

El señor Canario, protestando: ¡Oh, no! ¡De ninguna manera!... Lo decia por aliviar tu pena, a pesar de saber que las palabras no alivian la pena...

-Alarmado-

¿Me estaré volviendo cuerdo?

Venus, con un suspiro: ¡Mi pequeño Adonis!

El señor Canario: ¿Tú crees que ha muerto de veras? Pues te engañas. Acuérdate, doña Venus: la muerte no existe. Cuando se ama, el amor es más fuerte que la muerte. Pero eso no lo sabéis ni tú, tan bella y rozagante, ni su madre, tan viejecita y debil. Eso sólo lo sé yo, tan loco, que tambien le amaba. Le veo y hablo con él todas las noches.

Venus: ¡Señor Canario! ¿Es que quiere usted asustarme?

El señor Canario: ¿Asustarte, por qué? ¿Porque te hablo de un fantasma? ¡Bah! Nuestra vida del corazón está poblada de fantasmas. Y por ellos vivimos, comprendes?, y no por los idiotas y los granujas que nos topamos por ahí. Cuando duermen aquí en el pueblo los sensatos, el loco vela en el cementerio blanco y habla con sus amigos los fantasmas. Pero no creas: la ca-

tegoria de fantasma no la adquiere todo el mundo. Los tontos, los muy⁵² cuerdos, se mueren de veras y el olvido acaba con ellos. Tú y yo no le olvidamos a Berto, a tu pequeño Adonis: por lo tanto, tu pequeño Adonis, tu enamorado, sigue viviendo gracias a nosotros y para nosotros

Venus: ¡Si supiera usted como nos destroza esa segunda vida que damos a los seres queridos!

-Tristemente-

Se fueron las risas y los cánticos, el hechizo del mundo se ha desvanecido, vivir ya no es una dicha. Me siento cada día más ~~triste~~ sola y la soledad dá frio. Ya no me quedan sino Aurelia, que me quiere bien pero que no sabe ver en mi, y usted, que no es un enamorado.

El señor Canario: Si, doña Venus: soy tambien un enamorado. Pero ya no te llamaré Venus: te llamaré, para darte mayor prestigio a mi locura, Dulcinea.

Venus: ¡Pobre señor Canario!

El señor Canario, para si: A Venus se la logra en todas las mujeres. A Dulcinea, en ninguna.

-En la puerta se detiene Alacrán-

Alacrán: Buenos dias.

El señor Canario: Entra, Alacrán.

Alacrán, a Venus: ¿Usted me permite que entre?

Venus: Pues claro.

Alacrán, entrando: Gracias, señora.

-Se queda de pié ante Venus, sin atreverse a mirarla-

El señor Canario, a Venus: Alacrán tambien lleva flores a la tumba de Berto. ¿Lo sabias?

-Venus levanta la cabeza y le mira con pasmo y con ternura al monstruo-

Alacrán, furioso: ¿Porqué se lo decía usted? ¿Es que quiere usted que le rompa la cabeza?

El señor Canario, muy tranquilo: No podrias: los locos no tenemos cabeza.

Venus, a Alacrán: ¿Es cierto, Alacrán? ¿Le llevas flores a Berto?

Alacrán, muy confuso, muy azorado: Pues, si...

Venus: ¿Por qué?

Alacrán: Porque no podia traerselas a usted. Usted no las querria de mi.

Venus: Ni de ti ni de nadie. En mi vida ya nunca mas habrá flores.

Alacrán: Ya comprendo...

Venus: Perdoname, Alacrán.

-Una pequeña pausa-

Alacrán: ¡Maldita sea! ¡Si usted supiera la rabia que me dá verla siempre tan triste! Daria, qué sé yo lo que daria! por verla de nuevo como antes, llena de sonrisas y de luz.

Venus: Perdóname, Alacrán.

-Una pausa. En la calle silba el viento que arremolina las primeras hojas del otoño-

Alacrán, con gran ansiedad, mirando a Venus en los ojos: Por el pueblo se dice que va usted a casarse con el alcalde.

El señor Canario, con enorme pasmo: ¿Es cierto?

Venus, lejana, ausente de si misma: No sé.

El señor Canario: No, no puede ser cierto. No puedes casarte con ese monigote. Tú, doña Venus, perteneces a los locos.

Alacrán, con un odio feroz: ¡Le mataré al alcalde!

Venus: Te condenarian.

Alacrán: ¿Es que no me han condenado ya?

El señor Canario: Le mataremos los dos. Exijo mi participacion en la hazaña. Tengo mis derechos.

Venus: ¡Vamos, señor Canario! ¡No sea usted loco!

El señor Canario: ¿Pues si no soy loco qué voy a ser?

Venus: ¡En vez de apaciguarle al pobre!

El señor Canario: ¿Cómo quieres que un loco le apacigüe a otro loco? No, no: no de bo apaciguarle, sinó darle ánimos.

Venus: ¡Pero, señor Canario!

El señor Canario: Ló dicho: no queremos que el alacalde se case contigo.

Alacrán, torvo: No se casará.

El señor Canario: ¡Mueran los alcaldes!

Venus, a Alacrán: ¡Pero no seas bárbaro!

Alacrán, receloso: ¿Le defiende usted?

Venus: Siento lástima de ti. Te llevarán a presidio, como a tu padre.

El señor Canario: Y los sensatos, muy orondos, diran que "de tal palo tal astilla"

Alacrán: No me importa lo que digan. En presidio no estaré peor que aquí.

Venus: Puede que te maten.

Alacrán: Tanto mejor si es llevándome al otro por delante. ¡Si supiera usted como pesa la vida!

La voz de Aurelia, desde el interior de la casa: ¡Maria!

Venus: ¡Voy!

-Sale. Una pausa breve.

El señor Canario: Has tenido la gran idea.

Alacrán: ¿Verdad?

El señor Canario: Pues claro. ¿Pero es de veras que ese monterilla pretende casarse con doña Venus?

Alacrán: Así parece.

El señor Canario: Ella nos ha dicho que no lo sabia. Y debemos creerla.

Alacrán: ¿Por qué?

El señor Canario: Porque doña Venus no puede mentirnos ni a ti, que eres la fuerza, ni a mi, que soy la locura.

-Con una transición-

Por lo que veo, te complaces en mi compañía.

Alacrán: Porque es usted el único en el pueblo que no me rechaza.

El señor Canario: ¿Y doña Venus?

Alacrán: Se fué de nuestra vida, se fué con Berto.

El señor Canario: Puede que aciertes.

Alacrán: Seguro: No te rechazo porque estoy loco. Tú debes estarlo también.

Alacrán: No sé. Solo sé que soy feo.

El señor Canario: La locura te vengará de tu fealdad.

Alacrán: No me la recuerde. ¡Si viera usted que odio les tengo a los espejos!

¿Quien inventaria ese tormento de los espejos? ¿Un hombre muy guapo?

El señor Canario: O un hombre muy necio, vé tú a saber.

-Aparecen Aurelia y Salvador. Al verlos, El señor Canario le coge del brazo a Alacrán y le

dice
Vámonos, Alacrán: llegan los sensatos.

Alacrán: A mi no me dan miedo.

El señor Canario, tirando de Alacrán: A mi, si.

Salvador, riendo: Tienes visitas de postin.

Aurelia: No vienen por mi: vienen por Maria. La pobre es tan buena que le dá pena hecharlos.

-De mal talante:

¡Largo de ahí! No queremos locos.

El señor Canario: Calma tus impetus. Nos íbamos ya. Y que Dios te perdone la sensatez.

-Vanse El señor Canario y Alacrán-

Aurelia: Siéntate un momento. Es temprano.

Salvador: No. Tengo trabajo.

Aurelia: Como quieras.

Salvador: Para Maria es una gran suerte, un negocio redondo, el premio gordo de la

loteria.

Aurelia: Pues, claro.

Salvador: ¿Pero le aceptará?

Aurelia: Le aceptará, no temas. Maria no es tonta.

Salvador: No es tonta, pero no te fies mucho .

Aurelia, intrigada: ¿Por qué?

Salvador: Porque no es una mujer como las otras.

Aurelia: ¡Bah! Figuraciones que nos hacemos. Novelerias.

Salvador: No, no: no son figuraciones. No son novelerias. La rodea un aire de misterio, diríase que vive una vida aparte. A poco de estar con nosotros pareció adaptarse, compartir nuestra vida, hacerla suya, convertirse en una mujer como ~~como~~ todas. Pero de un tiempo a esta parte vuelve a sus mutismos inquietantes, se aparta, se aleja de nosotros.

Aurelia: ¡Figuraciones!

Salvador: Temo no engañarme.

Aurelia: Lo que pasa es que las mujeres, todas las mujeres, somos siempre más complicadas que vosotros los hombres. Pero no te apures: la convenceré.

Salvador: Adios, Aurelia.

Aurelia: Adios, Salvador

--Una pequeña pausa. Aurelia llama:

¡Maria!

-Comparece Venus-

Venus: ¿Me llamaba usted?

Aurelia, con aire inquieto y preocupado: Si. Tenemos que hablar.

Venus, mirando a su ~~lado~~ alrededor, como buscando proteccion: ¿Y su hermano? ¿Se ha marchado?

Aurelia: En este preciso instante.

-Una breve pausa. Aurelia, que no sabe como empezar, está visiblemente preocupada.

Venus: ¿Qué le pasa a usted? ¿Está enfadada conmigo?

Aurelia: No, hija.

Venus: ¿Pues, entonces?

Aurelia: Que tengo que hablar contigo y no sé como empezar.

-Venus calla-

Se trata de una cosa muy grave.

Venus: ¿Una cosa muy grave es una cosa mala?

Aurelia: No siempre. Puede tambien a veces ser una cosa muy buena.

Venus: Más vale así.

Aurelia: Siéntate.

-Se sienta-

¿Y a ti? ¿Que te pasa a ti?

Venus: Nada.

Aurelia: ¿Conque nada, eh? A mi no me la das. No eres la de antes.

Venus: Puede.

Aurelia: ¿Por qué?

Venus: No lo sé.

Aurelia: ¿Como que no lo sabes?/Vamos, hija! No se está triste y mustia sin más ni más. Antes te reias, cantabas, te encandilaba todo cuanto veias: las barcas en el mar y las gaviotas en el aire, las flores en el campo y en un jarro de loza encima de la mesa, el canto de los niños, los luceros, la luna y el sol.

Venus: La vida se oscurece a mi entorno. Los colores tan claros, tan radiantes, del mar, del cielo, de las blancas paredes, de la arena rubia de sol, de los campos verdes se funden en gris opaco de dia lluvia. Y los sonos se apagan y las músicas y las voces humanas y el canto de los pájaros se alejan...o tal vez quien se aleja soy yo.

Aurelia: ¿Estás enferma?

Venus: No.

Venus: No.

Aurelia: ¿Pues a qué esa tristeza y esa desgana?

Venus: No sé.

Aurelia: Yo sí lo sé.

-Venus la mira, interrogandola con la mirada-

A ti te conviene casarte.

Venus, muy asombrada: ¿Casarme? ¿Casarme como las otras mujeres?

Aurelia: Pues claro. Como todo el mundo.

Venus: No puedo casarme como todo el mundo.

Aurelia: Vamos, no digas bobadas ni me vengas una vez más con tus misterios. Yo ya soy vieja, Maria, y los años pesan y su peso me dobla. Puedo faltar. Puedo morirme.

Venus: ¿Otra vez la muerte?

Aurelia: Pues, claro: es nuestro destino.

Venus: La muerte es sufrir.

Aurelia, resignadamente: No: la muerte es dormir, descansar para siempre.

Venus: No comprendo.

Aurelia: Porque eres muy joven. Con los años comprenderás. No sabes nada de tu pasado, de tu tierra, de tus padres. Sólo me tienes a mí.

Venus: Por lo tanto, usted no puede morir.

Aurelia, con ternura: ¡Criatura!... ¿Cuándo yo falte, qué va a ser de ti?

Venus: No sé.

Aurelia: ¿Lo estas viendo? Siempre con tu muletilla del "no sé". Y no sabes, no. Ni puedes valerte contra las asechanzas de la vida y los torpes apetitos de los hombres. ¿Quién sabe, Dios no lo permita, lo que harían de ti! ¿Te imaginas lo grande, lo inmensa que sería mi pena al dejarte sola, indefensa? No quieras amargarme los pocos años que me quedan de vida.

Venus: ¡Yo? Que disparate!

Aurelia: Únicamente sabiéndote bien casada, casada con Dios manda, podré morir tranquila.

Venus: Siendo así...

Aurelia: Necesitas casarte, Maria.

Venus, indiferente: Bueno.

Aurelia, muy contenta, creyendo haber hecho un gran bien: ¡Si ya sabía yo que accederías! ¡Una muchacha buena y razonable cómo tú! ¡Gracias, Maria, hija!

-La besa con transporte-

Te tengo ya el novio, sabes?

Venus: Bueno.

Aurelia: No es muy guapo ni muy joven.

Venus: Me es indiferente.

Aurelia: Se ve a la legua que eres una mujer de buen sentido.

-Venus sonríe levemente. Aurelia prosigue, cada vez con mayor entusiasmo-

No, no es ni muy guapo ni muy joven, pero es rico y formal. Y todo un personaje. Me ha pedido tu mano y le dije que consultaría contigo. Es Fuenmayor, el alcalde.

Venus: ¿El alcalde? No me gusta.

Aurelia: ¡Hija, Maria! Lo importante en un marido no es que guste o no guste: es que convenga.

Venus, con una chispa de ironía: ¿Y usted cree que el alcalde me conviene como marido?

Aurelia: ¡Pues claro!

Venus, lejana, indiferente: Haré lo que usted quiera.

Cuadro tercero

En el pinar, donde los pinos siguen conservando su verde profundo pero en el que las carrascas y las encinas se visten de fuego.

El señor Canario sentado en el suelo. Alacrán de pie ante él.

El señor Canario: ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Tendrán razón los sabios, a pesar de que no la tienen nunca? ¿Se tratará de una falsa Venus, de una Venus de bazar?

Alacrán, ofendido: ¡Pero, señor Canario! ¿Es que también usted va a dudar de ella? ¿Usted, que se creía tan loco?

El señor Canario: Dudo de ella y de mí. Y dudo incluso de la locura. Me estoy convenciendo de que soy un infeliz, un desdichado que tiene la candidez de creer en la locura de los demás. He creído de muchos: "Esos también estarían locos".

-Con aceda melancolía-

¡Y no lo estaban, no! ¡Cuanta cordura, cuanta sensatez hay en el mundo, Señor! En nombre de la sensatez no ~~se~~ pueden cometerse bellas locuras. En nombre de la sensatez solo se cometen sucias y feas tonterías. Y lo de doña Venus no me negarás que es una tontería. Por eso dudo de ella.

Alacrán: No dude usted. Doña Venus, cómo usted la llama, no es culpable.

El señor Canario, con una chispa de esperanza: ¿Estás seguro de lo que afirmas?

Alacrán: Segurísimo. Usted, como no anda bien de la cabeza, no sabe de la misa la media.

-El señor Canario le mira sin comprender-

Usted no sabe de ^{qué} villanías, engaños y combinas son capaces los cuerdos.

El señor Canario, airado: ¿Habrá comido una tropelia con doña Venus?

Alacrán: Una tropelia mayúscula, una infamia que no tiene perdón: la han envenenado con su cordura, sus buenas intenciones, su sentido práctico, bebedizo de los sensatos, sortilegio de los prudentes, embrujamiento de los razonables.

El señor Canario, levantándose de un salto: ¡Vamos a vengarla!

Alacrán: ¡Calma! ¡No se alborote usted, señor Canario! Deje que termine la fiesta.

El señor Canario: ¡Pero, hermano Alacrán, si es que nos han robado nuestra doña Venus, nos la han escamoteado como por arte de magia convirtiéndola en una mujer cualquiera, casada como Dios manda!

Alacrán, torvo: A Alacrán no se le roba así como así. ¿Vió usted la boda?

El señor Canario: No. Huí del pueblo, me escondí, muerto de pena.

Alacrán: Yo, como no me escondo, sí estuve en la boda. Ha sido un día de holgorio en el pueblo, una fiesta de muchas campanillas. El alcalde ha ~~hecho~~ echado la casa por la ventana. Banquete popular en la Cooperativa, baile en la plaza, y, esta noche, castillo de fuegos artificiales... Y si hubiera visto la iglesia, llena de luces y flores, y con músicos y cantantes como en el teatro. ¡Asquerosos farsantes! La señora iba vestida de blanco, como una fantasma y estaba pálida como las fantasmas. Llevaba una corona de blancas flores y una cola muy larga que arrastraba por los suelos. El granuja del alcalde, muy currutaco, estaba hecho un adefesio con su chaquet, su sombrero de copa y sus guantes de soldado en día de gala. Iba muy serio, rígido como un huso y dándose gran importancia. El cura, que es un bendito, le miraba con pasmo y casi no se atrevía a casarlo. Asistieron, claro está, todos sus amigotes, todas las notabilidades del pueblo, récua de badulaques, de cerdos híbridos de raposa: el juez, que sabe que su mujer le pone los cuernos y lo consiente; el secretario, que con

su amo Fuenmayor ha convertido el Ayuntamiento en el Puerto de Arrebatacapas; el jefe de estacion; el maestro de escuela; ese sabio al que el alcalde, pagando el pueblo, regaló una casa y que, como los asnos, no se ríe nunca; Domingo, ese idiota de colmillo retorcido que se las dá de poeta; Salvador y Aurelia, que actuaban de parientes pobres y que con su tontería y buena intención son los culpables del estropicio.

El señor Canario, desolado: ¡Que calamidad! ¡Que calamidad!

Alacrán: Se fueron luego al hotel ese que han construido en la playa a que les echasen de comer. ¡Comida magnífica y succulenta! ¡Banquete de bodas con pollo, langosta, helados y champaña! Reinó una alegría insolente y estrepitosa. Reían a grandes ~~vóces~~ carcajadas, decían groserías. Yo creo que estaban todos un poco borrachos.

El señor Canario: ¿Borrachos? ¿Doña Venus también?

Alacrán: No. La señora no les hacia caso. Apenas probó bocadp. Parecia no verles. Parecia estar muy lejos.

El señor Canario, muy contento: Me lo explico perfectamente.
-Melancolicamente-

¡Pero nos ha dejado solos porqué ya tiene marido, porqué ya tiene amo!

Alacrán, con un grito ronco: ¡No!

El señor Canario: Si, Alacrán. ¿Sabes como le llamaba doña Venus al tendero?

Alacrán: ¿Al alcalde?

El señor Canario: Si. Le llamaba Mercurio, que es dios de los comerciantes y los ladrones. Venus se rie siempre de Mercurio, pero Mercurio acaba siempre por comprar a Venus.

Alacrán: A la nuestra... porqué era nuestra verdad?...

El señor Canario, tristemente: Si lo era, hermano Alacrán.

Alacrán: A la nuestra, a la señora, no la compraré.

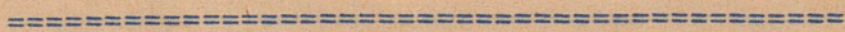
El señor Canario: Ya es suya. Y podrá contemplarla desnuda. Y podrá besarla porqué la iglesia y la Ley le amparan. Y podrá babearla con su lujuria asquerosa.

Alacrán, livido, espantoso, con una chispa homicida en la mirada: ¡No!

El señor Canario: ¿No? ¿Porqué?

Alacrán, con la voz extrangulada por el odio: Porqué le mataré, ¡le mataré!

-Oyese, hace ya rato, un bailable cualquiera, depravado y ramplón-.



Cuadro Cuarto

Un salon en el piso del alcalde, que comunica con la tienda. Un salon puesto con lujo abominable y grosero, lujo de bazar. Todo es aqui antipático y cursi, de una cursileria odiosa y fúnebre.

Una lámpara, una mesita de centro, unas sillas, una enorme radio-gramola, una radio grande de alcalde, de nuevo rico. A la derecha, en primer término, una puerta abierta a la escalera que baja a la tienda. A la izquierda, en segundo término, la puerta de la alcoba. Al fondo un gran balcon que se abre a la playa.

Continua el baile oído al final del cuadro anterior: lo eructa el armatoste de la radio. En el salon, los recién casados y sus intimos -El sargento de la Guardia Civil, Don Dimas, Don Pedro Martir, El médico, Domingo- prolongan la sobremesa bebiendose unas botellas de champaña. Entre ellos, Salvador y Aurelia. Los pobres se hallan como gallina en corral ajeno.

Venus, sentada en primer término.

Fuenmayor, un poco achispado: ¡Beban ustedes, señores! Quiero que todos sean partícipes de mi felicidad.

El médico: ¿Todos? ¡Y todos bebiendo?

Fuenmayor, con paternal entusiasmo de beodo: ¡Absolutamente todos! ¡Por algo soy su alcalde!

-Con risa cínica y grosera-

En cuanto al champaña, ya veremos quien lo paga.

Don Dimas: El pueblo, como siempre.

Aurelia, cerrando la radio: ¡Se acabó la murga!

El médico: ¿Entonces, como no les invitó usted a Alacrán y al señor Canario?

Fuenmayor: ¡Toma! Porque esos no cuentan. No nadan en la abundancia y las gentes de su laya es peligroso que vean de cerca nuestro lujo, nuestras comodidades.

Don Dimas: Al señor Canario no se le ha visto el pelo. Lo ha tragado la tierra.

-Riendo-

¡Que mal ha quedado con la que él llamaba doña Venus!

El sargento: Alacrán ha sido más galante y no se ha dejado perder un solo número del programa.

Don Pedro Martir: Vile hace un momento rondando la casa.

El sargento, con risa grosera de borracho: Es un galán de fidelidad ejemplar.

Fuenmayor: Me rio yo de todos los galanes. Les pude. Acabé con ellos. Aqui no hay más galán que Fuenmayor, bienhechor alcalde del pueblo y marido feliz de Venus. ¡Las Venus, señores, son para los alcaldes!

-Acercándose muy zalamero a Venus-

¿Verdad, preciosa? Verdad que le querrás mucho a tu maridito?

Venus, altiva y fria: Déjame. Estás borracho.

Fuenmayor, corrido, reuniéndose de nuevo con sus amigotes: ¿La han oído ustedes?

¡Que estoy borracho! ¡Vamos, hombre! ¡Es que los alcaldes pueden emborracharse?

El sargento, muy serio: Tiene usted razón que le sobra. No pueden emborracharse, no, señor.

El médico: Lo que pasa es que la señora ha tenido poco trato con alcaldes.

Don Pedro Martir, a Fuenmayor: No se enfade con ella. Hágase usted cargo: timidez de recién casada.

Fuenmayor: ¿Enfadarme con ella? ¡Ni soñarlo! ¡Con lo bien que estará detrás del mostrador!... Además, no podría enfadarme... ¡Creerán ustedes que me da cierto... como diría yo?... cierto miedo?

-Domingo, el poetastro, se acerca a Venus-

Domingo, que tambien, como los demas, está algo bebido: La han dejado a usted muy sola.

Venus: Tanto mejor.

Domingo: ¡Pero en un dia tan alegre como el de hoy, señora alcaldesa!

Venus: No me llame usted señora alcaldesa.

Domingo: ¿Quiere usted que le lea otra vez los versos?

Venus: No, muchas gracias.

Domingo, ofendido: ¿Es que no le han gustado a usted?

Venus: Son muy bonitos

-El poetastro sonrie, complacido -
pero me los leera otro dia

Aurelia: Déjenos usted, Domingo. Vayase con los hombres y siga emborrachandose con ellos. El alcalde podria sentir celos de usted y tiene malas pulgas.

Domingo, asombradísimo: ¿Celos de mi?

¿Celos de mi?

-Y se reune con los hombres, repitiendo:

-Se atiza al coletp una copa de champaña, se mete unas galletas en el bolsillo. Aurelia coge una silla y se sienta a la vera de Venus-

Aurelia: ¿Que?

Venus: Nada.

Aurelia: Te veo muy mustia.

XXXXXXXXXX

Fuenmayor, a sus amigotes: Vengan, vengan ustedes. Les voy a enseñar la alcoba, el sancta sanctorum!

-Se entran todos riendo con lúbrica risa en la alcoba-

Aurelia: Pareces triste.

Venus: Lo estoy.

Aurelia: ¿Por qué?

Venus: No lo sé.

Aurelia: Estar triste el dia de la boda es un pecado. Dios podria castigarte.

Venus: ¿Tan importante es el dia de la boda?

Aurelia: El más importante de nuestra vida. Sobre todo cuando se trata de una buena boda.

Venus: ¿Usted cree que he hecho una buena boda?

Aurelia: Pues claro. Has pescado al hombre más rico del pueblo. Todas las chicas te envidiarán. Seguro.

Venus: ¡Pobrecillas! ¡Que tontas son!

Aurelia: ¿Tontas? ¿Por qué?

Venus: Porque casarse con el tendero no es una cosa muy alegre.

Aurelia: Ser tendero no es ~~una~~ ~~cosa~~ deshonroso.

Venus: Pero es triste.

Aurelia: No para el tendero.

Venus: Pero si para su mujer

Aurelia: ¡Que novelera eres, Maria!

Venus: Puede.

Aurelia: No temas: esto pasara.

Venus, en voz muy baja: No.

Aurelia: El matrimonio es una cosa muy seria.

Venus: Ya sé, si. Me lo ha dicho usted muchas veces.

Aurelia: Por tu bien lo decia.

Venus: Asi lo creo.

Aurelia: ¿Pues entonces?

Venus: Me parece imposible poder ~~vixix~~ convivir con un hombre tan grosero, tan insignificante.

Aurelia: ¡Maria! Ese hombre es tu marido.

Venus: Porqué usted lo quiso asi.

Aurelia: Porqué lo quiso Dios.

Venus: No diga usted bobadas.

Aurelia,escandalizada: ¿ Como bobadas?/Hija! /Maria!

Venus: No hay que mezclar a los dioses en nuestros asuntos personales.
-Una pequeña pausa.Se oye reir a los amigos en la alcoba.Se oye silbar al viento,furioso,en la calle-

Aurelia: ¿ No me guardas rencor por tu boda?

Venus: No. ¿ Porqué?

Aurelia: Porqué tu boda ha sido obra mia.

Venus: Usted queria mi bien.

Aurelia: Pero el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Venus: Y el infierno es la vida con ese hombre tan grosero,tan feo,tan insignificante.
Aurelia: Te acostumarás a él,le soportarás.El matrimonio consiste en acostumbrarse a la vida en comun con un desconocido.

Venus: ¿ Y el amor?

Aurelia: El amor es cosa de novelas,el bello fantasma de un mundo inexistente. Deja que pasen unos años y me darás las gracias por tu matrimonio.Ten drás hijos,engordarás,se habrán desvanecido para siempre las imagina- ciones y fantasias que hoy llenan de nubes tormentosas tu frente...
-Entran de nuevo Fuenmayor y los invitados.Sal- vador acude al lado de Aurelia y Venus-

Salvador: ¡ Que lujo! ¡ Que derroche de lujo!

Aurelia: ¿ Verdad?

Salvador,por Venus: Va a estar como una reina.

Don Pedro Martir,admirado,casi escandalizado: ¡ Pero eso, señor alcalde,le habra costado una porrada de duros!

Fuenmayor,con vanidad de titere: Si, señor: una porrada de duros. ¡ A mi no me due- len prendas! ¡ A mi me gusta hacer las cosas en grande!

Don Pedro Martir: Con lo que vale ese dormitorio se podria construir una nueva escuela.

Fuenmayor: ¿ Para que queremos una nueva escuela?

Don Peero Martir,humildemente: ¡ La que tenemos es tan pobre,tan triste!

Fuenmayor: ¡ Tonterias!

-Descorchando una botella-

Señores: ¡ bebamos para olvidar las tonterias de don Pedro Martir!

Don Dimas: ¡ Vivan los novios!

El médico: ¡ Vivan los futuros papás!

Domingo: ¡ Viva la diosa Venus,bienhechora del pueblo!

El sargento,con deferencia de subordinado: Beba usted, señor alcalde, beba usted.

Se necesita mucho valor para afrontar una noche como la de hoy.

Fuenmayor,conmovido: Gracias,Fernandez.Es usted un buen amigo,un amigo leal.No le olvidaré a usted.Pediré su ascenso al diputado.

-Bebe-

El sargento,a Fuenmayor: Usted es mi padre.

-A grito pelado-

¡ Viva el alcalde,padre de la Guardia Civil!

Salvador,timidamente: Es ya muy tarde...

Don Dimas: Si,es ya muy tarde.

Fuenmayor,acobardado: ¿ Pero quieren ustedes marcharse?

Don Pedro Martir: Pues claro.

El sargento: ¡ Valor, señor alcalde!

Aurelia, levantándose: Adios, hija, María.

-Sonriendo-

Y no temas: en el fondo los hombres son muy poquita cosa.

-Los amigotes, con solemnidad de beodos, desfilan ante Venus y le dan la mano-

Don Dimas: Felicidades.

Domingo: ¡Que Himeneo bendiga a la feliz pareja!

Don Pedro Martir: ¡Dichas mil!

El médico: ¡Déle usted muchos hijos a ese tunante!

El sargento: La Guardia Civil presenta sus respetos a la señora alcaldesa!

-Cuadrándose-

¡A la orden, señora alcaldesa!

-Y da un traspiés-

Fuenmayor: Les acompaño a ustedes.

-Les engulle a todos el negro caracol de la escalera. Se alejan sus risas groseras, sus bayas procaces. Una pausa larga. El viento ruge en las calles solitarias del pueblo. Y a su voz silbante, desgarrada, unese la bronca voz del mar.

Venus se acerca al balcón del fondo, contempla a través de los cristales el mar bravio, y murmura, con desprecio de si misma:

¡Señora alcaldesa!

-Por la puerta de la escalera asoma, sigiloso, Alacrán. Livido, desencajado, lanza una mirada a su alrededor y, sin que Venus haya advertido su presencia, se refugia en la alcoba. A poco entra Fuenmayor, que se detiene, perplejo, un momento en el umbral. Al oírle, Venus se aparta del balcón y se sienta de nuevo-

Fuenmayor, que, visiblemente, pasa un mal momento: Ya estamos solos.

-Venus no contesta-

Solos, frente a frente.

Venus: Como en un combate.

Fuenmayor, tragando saliva: Marido y mujer:

Venus: Dos enemigos.

Fuenmayor: ¡Dos enemigos? ¡Que barbaridad!

-Intentando reír y no consiguiendolo-

¡Con lo que vamos a querernos!

-Ella le mira fria, altiva. El pobre hombre, perdidas todas sus agallas de monterilla, añade:

¡Que calor hce aqui!

-Se quita la americana sin advertir que en mangas de camisa y con tirantes su facha es mucho mas grotesca y lamentable.

Voy a dejar la americana ahi en la alcoba.

-Se dirige a la alcoba y de pronto retrocede para preguntarle a Venus:

¡Y tu? ¡No sientes calor? ¡No quieres aligerarte de ropa?

Venus, secamente, sin mirarle: No.

Fuenmayor, humildemente: Como quieras.

-Se entra en el dormitorio, que se ilumina un instante. Invisible, exclama-

La verdad es que esto está precioso.

-Y vuelve de nuevo y se sienta en una silla al lado de Venus-

Seguro que en toda la provincia no hay quien tenga un dormitorio tan

lujoso como el nuestro. Dormitorio de rico. Porqué soy muy rico ¿sabes? mucho más rico de lo que puedas soñar. Mira si lo seré que puedo, si me da por ahí, empapelar y alfombrar la casa con billetes de los grandes. Y todo mi dinero es ya tuyo, puedes disponer de él, entrar en él a saco, tirarlo, derrocharlo...

-Cautamente-

Aunque, claro está, tirarlo y derrocharlo prudentemente, sin exceso, con mucho tiento.

Venus: No temas por tu dinero.

Fuenmayor: Ya sé que eres una mujer de buen sentido, una chica que no se deja deslumbrar por la riqueza. Tanto mejor. Al fin y al cabo, el dinero no es lo más importante para ser feliz. Lo más importante es quererse como Dios manda. Y nosotros vamos a querernos mucho, mucho.

-Venus le mira, impasible y no contesta. El fantoche añade, con babosa admiración.

/ Con lo guapa que estas, Maria, mi Venus!

-Alarga, iniciando una caricia, la mano torpe

Venus: No me llames Venus.

Fuenmayor: ¿Porqué? ¿No te gusta ese nombre?

Venus: En tu boca, no.

Fuenmayor: Así te llama el señor Canario.

Venus: Pero el señor Canario está loco. Tú, no.

Fuenmayor, riendo: Afortunadamente.

Venus: Quien sabe.

Fuenmayor: El mundo estaría perdido ~~si los~~ si los alcaldes y los maridos enloquecieran.

Venus: No temas. Los maridos como tu no pueden enloquecer.

Fuenmayor, riendo: Menos, mal.

-Con una transición, con voz pastosa, espesa por el vino y la lascivia.

Anda, Maria, querida. Es ya muy tarde.

Venus: ¿Y qué?

Fuenmayor: Como "y que"? Pues que hay que acostarse.

Venus: ¿Contigo?

Fuenmayor: Pues claro.

Venus: No tengo sueño.

Fuenmayor, con una risita rijosa: Tanto mejor.

Venus: No quiero acostarme contigo.

Fuenmayor: ¿Como es eso? Soy tu marido.

Venus: Me lo ha repetido todo el mundo durante todo el día.

Fuenmayor: Y la mujer le debe obediencia al ~~xxxxxx~~ marido

Venus: Las mujeres como yo no les deben obediencia a los maridos como tu.

Fuenmayor: ¿Pues que clase de mujer eres tú?

Venus: La que los frívolos no saben amar.

Fuenmayor: Pero yo no soy un hombre frívolo. Yo te quiero.

Venus: Tu que vas a quererme.

Fuenmayor: ¿Dudas de mi cariño?

Venus: No. Pero sé que eres tan badulaque que necesitas, en este trance difícil de tu vida, mentirte, engañarte.

-Levantándose de la silla, le coge del brazo y le lleva ante ~~el~~ un gran espejo que hay en la pared, encima del sofá: *te*

Mírate. Mira a ese pobre monigote feo y grotesco que *te* contempla desde el espejo.

Fuenmayor, muy azorado, sintiéndose, en efecto, grotesco, feo, y, por añadidura, desvalido: ¡Pero, mujer!

Venus: Mirale: es el alcalde, el tendero. ¿Y el hombre? ¿Donde está el hombre,

el hombre verdadero que piensa, sufre y ama? No lo busques en ti, pues lo buscarías en vano. Tú, a pesar de todo tu dinero, eres el más pobre de los hombres porque eres el menos hombre. En ti, desgraciado, el alcalde y el tendero han matado al hombre. Y Venus no es, aunque creas lo contrario, ni para los alcaldes ni para los tenderos.

-Le vuelve la espalda con absoluto y total desprecio-

~~Fuenmayor, en voz baja, como si temiera oírse: Has acabado conmigo. Me has convertido en un malaventurado. / Yo, que era el amo del pueblo!~~

~~Venus: Por vanidad de amor, no por amor de hombre, quisiste casarte conmigo. Y la vanidad, lujo de los tontos, se paga.~~

Fuenmayor, ~~dejándose~~ muy atribulado, desvanecidos por completo los vapores del vino: **¡Pero**, entonces, porqué te casaste conmigo?

Venus: Porque no sabia que casarse era venderse. Dar es mas noble que vender... Y porque Aurelia me lo pidió, me lo rogó insistentemente. Y la pobre ha sido tan buena conmigo que no quise, negándome, darle un disgusto.

Fuenmayor: Y me lo das a mi. / Maldita sea! / Con lo contentas y orgullosas que estarían las chicas ~~de~~ mas guapas del pueblo si pudieran ocupar tu lugar!

Venus: ¿Porque, pues, no escogias una de ellas?

Fuenmayor: Porque no son como tú.

Venus: / Tú qué sabes como soy! No lo sabrás nunca.

Fuenmayor: Por lo que veo una mujer mas rara de lo que me figuraba.

Venus: Todas las mujeres, absolutamente todas, son más raras de lo que los hombres os figuráis.

Fuenmayor, con un ~~arranque~~ primer arranque, muy debil, de hombría: Los maridos acaban con todas las rarezas de las mujeres. Y no olvides que soy tu marido.

Venus: No olvides tú que no seré nunca tu mujer.

-Fuenmayor, que intuye que toda lucha es imposible, la mira con doloroso pasmo. Ya no es el títere que fué hasta ahora. En el títere carie caturesco y fanfarrón está naciendo el hombre el otro hombre, el doble, el interior, que esta acabando a zarpazos con el títere. Ello era fatal, ya que la sóla presencia de Venus puede hacer que en el hombre más grosero nazca el amor. El amor que no es tan solo apetito fisico, sino algo mucho más complicado. Téngase en cuenta, sin embargo, que Fuenmayor no se convierte de golpe y porrazo en un tipo sublime, ni, mucho menos, en un héroe romántico, declamatorio y sentimental. No, no: se convierte simplemente, en un hombre que, por primera vez en su vida, se halla bajo el azote tempestuoso del amor.

Fuenmayor, en voz baja, como si temiera oírse: Has acabado conmigo. Me has convertido en un malaventurado. / Yo, que era el amo del pueblo!

Venus: Por vanidad de amor, no por amor de hombre, quisiste casarte conmigo. Y la vanidad, lujo de los tontos, se paga.

Fuenmayor, anonadado, de bruces en el respaldo de la silla: Demasiado cara.

Venus: / Bah!... Sé que no sufre tu corazon de hombre: sufre tu vanidad de fanteche, de rico que, por su dinero, creia poderlo todo.

Fuenmayor: Sospecho que te equivoques.

Venus, sin hacerle caso: Pero no temas: tu vanidad quedara a salvo. Seguiré a tu

249-13(2)
besa el borde de su vestido y murmura
ternura infinita:

Alacran: Gracias, señora.

-Y vase, saltando por los hierros del bal
la calle. El viento. El mar.

Y
el
telón

=====
my paper

Ax-les-Thermes 21 de Marzo
Poitiers 26 de Abril. 1949